

JARA SANTAMARÍA

LOS  
HÉROES  
DEL TIEMPO

UNA TRAICIÓN INESPERADA

Por la autora de  
*LOS DIOS DEL NORTE.*

JARA SANTAMARÍA,  
más de 200.000  
LECTORES

se

Lectulandia

Después de su primer viaje, Pablo, Daniela y Claudio están de vuelta a su época. Pero la tranquilidad no dura demasiado: un trozo de La Runa del Tiempo, custodiado por Daniela, empieza a brillar en mitad de la noche. Los tres deciden reunirse para averiguar lo que está pasando y entonces...

¡Vuelven a viajar en el tiempo! Esta vez están en pleno corazón del Londres victoriano, rodeados de caballeros con sombreros de copa y de damas con elegantes vestidos. Y por si eso fuera poco, Claudio ha desaparecido llevándose consigo el fragmento de la Runa del Tiempo.

Solos y atrapados en una época que no es la suya, Daniela y Pablo emprenderán una fascinante aventura junto a James, un excéntrico relojero, y un niño cuyo rostro jurarían haber visto antes.

¿Conseguirán sobrevivir a la aventura, a los rastreadores y... a la traición?

**¿Te atreves a unirte al viaje?**

Jara Santamaría

# **Una traición inesperada**

**Los Héroes del Tiempo - 2**

ePub r1.0

Titivillus 28.04.2026

Título original: *Una traición inesperada*  
Jara Santamaría, 2025

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

# Más libros, más libres

13.º Aniversario

  
epublibre



Un libro es una llave que abre mundos inexplorados.  
Cada página, una nueva aventura por descubrir.

## Prólogo Daniela

Sus labios no se movían, pero su voz lo envolvía todo a mi alrededor.

«Nos encontraremos de nuevo. No importa cuándo. No hay un lugar en el tiempo en que podáis esconderos de nuestro señor. Los tentáculos del Cronarca os encontrarán y seréis siervos de su reinado eterno».

Un destello de color verde me hizo despertar. Lo hice de golpe, clavando mis dedos en el colchón como si agarrándome pudiera salvarme de no sé muy bien qué. Miré a mi alrededor y repasé cada rincón de mi habitación intentando tranquilizarme.

Era una pesadilla.

«Una pesadilla, Daniela».

Aunque no, eso no era del todo cierto. Puede que el destello verde fuese mi imaginación, pero aquellas palabras pertenecían a un recuerdo no muy lejano. Eran de Capa Escarlata, igual que sus labios inmóviles, sus ojos... Lo peor eran sus ojos.

El recuerdo era tan intenso que a veces no conseguía despegarme de ellos en toda la noche. Me miraban con un odio que no conseguía comprender. «Nos hemos conocido muchas veces, Daniela», me había dicho, y eso tampoco había logrado entenderlo, por mucho que pasaran los meses. Pero su amenaza me había quedado bien clara. ¿Sería verdad lo que decía? ¿El Cronarca podía encontrarnos?

Eché una ojeada al despertador. Eran las 3:33.

Me froté el ojo derecho.

«Duérmete otra vez, Daniela», me dije. Estaba todo bien. Si realmente Kairos fuera tan todopoderoso como decía Beltrán, ya nos habría encontrado. Cerré los ojos y respiré profundamente, tratando de relajarme. Pero de pronto una luz verde intensa volvió a resplandecer a través de mis párpados.

Abrí los ojos de nuevo, pero esta vez lo que vi me paralizó en la cama. Esta vez no era un sueño. No me lo estaba imaginando. Toda mi habitación estaba iluminada de color verde, como si hubiera una lámpara encendida en algún lugar.

No necesité mirar más. Mi instinto lo supo.

La Runa.

Había prometido esconderla en un sitio muy absurdo, y vaya si lo había hecho. Me alcé hasta la estantería y cogí un conejito de peluche que había conseguido en un puesto de feria cuando era pequeña. Estaba hecho una pena, le faltaba un ojo y tenía una mancha marrón en la tripa. Pero aun así nunca lo había tirado. Ese peluche era mío, llevaba conmigo toda la vida y nadie se atrevería nunca a tocarlo sin mi consentimiento. Por eso era un escondite perfecto.

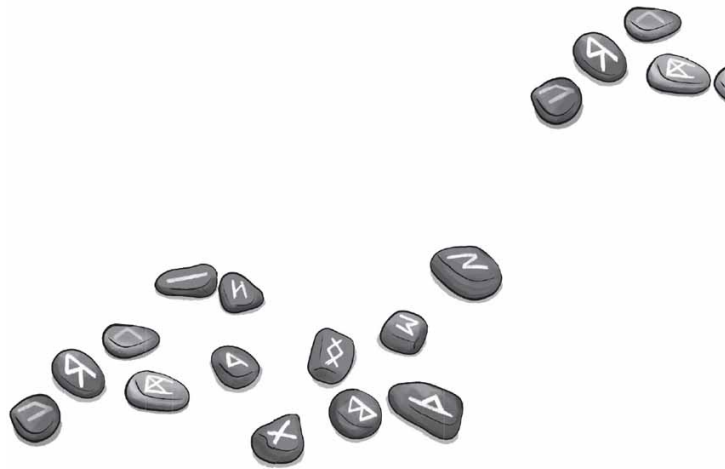
Lo tomé con ambas manos. El brillo verde le salía de la tripa y era tan intenso que me cegaba la vista, así que tuve que entrecerrar los ojos para deshacer el hilo con el que le había cosido la espalda. Allí, resguardado entre el relleno, estaba el fragmento de Runa del Tiempo que había custodiado durante meses.

Lo sostuve entre mis dedos temblorosos, observando su dibujo más nítido que nunca, de un verde tan intenso que sería imposible esconderlo en ningún lado.

No hacía falta tener demasiados conocimientos en Cronomancia: se avecinaban problemas.

# 1

## Daniela



—Entonces dices que la Runa brilla.

—¡Shhh! —Mi mano tapó la boca de Claudio y miré a mi alrededor asegurándome de que no nos vieran, como si no nos hubiésemos asegurado ya por lo menos siete veces.

Estábamos en el almacén donde se guardaban los balones de baloncesto desinflados, las combas raídas por el uso y otros artilugios de gimnasia demasiado viejos como para ser utilizados, pero que por algún motivo el profesor se empeñaba en mantener. Nadie se pasaba por ese almacén desde hacía siglos y muchísimo menos a esas horas, justo en medio de las clases, de las que nos habíamos escabullido pidiendo ir al baño (yo) y fingiendo un incontrolable ataque de tos (él).

Sin embargo, todas las precauciones eran pocas para hablar de la Runa del Tiempo en medio del instituto.

Claudio me miró como si estuviera exagerando, pero bajó la voz.

—Brilla —repitió, parafraseando mis palabras. Yo asentí, nerviosa—. De color... ¿verde? ¿Y es la primera vez que pasa?

—Claro —respondí rápidamente—. Te lo habría contado.

Lo miré, dolida por la duda. Se lo habría contado, ¿cómo podía pensar lo contrario? A él sí. En los últimos tres meses, desde que habíamos viajado en el tiempo, Claudio había sido literalmente la única persona a la que podía contarle todo. Y eso, de alguna forma extraña, le había hecho ocupar un lugar en mi vida que siempre había pertenecido a Elena.

Todavía no sabía cómo sentirme al respecto.

Pero a ella no podía contárselo; eso me lo habían dejado bien claro. Por su seguridad, y la mía, y la de la Runa, y..., en fin, supongo que por la seguridad de la Humanidad entera, si me apuras. Y todas las razones por las que no debía contárselo tenían mucho sentido, ¡por supuesto que sí!, aunque yo no estaba preparada para mentir a Elena. Ni para mentir ni para responder con evasivas a por qué había desaparecido en el museo ni por qué de repente me llevaba tan bien con «el nuevo».

Me había esforzado por fingir normalidad, por seguir quedando con ella y ver películas y todo eso. Pero yo ya no era la misma Daniela de antes. Me habían pasado cosas. Cosas muy importantes. Cosas tan locas que no podía meterlas en un cajoncito y seguir adelante con mi vida. Así que, allá donde debería estar Elena, ahora estaba Claudio. Él era la única persona con la que podía hablar de verdad. ¿Cómo no iba a contárselo?

—Bueno, entonces, ¿dónde está la Runa?

La pregunta de Claudio me sacó de mis pensamientos. Iba a responder, pero de repente reculé.

—Aunque Aldara dijo... ¿no se suponía que no tenemos que contarnos dónde está? —dije, confusa—. Por seguridad y eso.

Claudio meneó la cabeza hacia los lados.

—Sí, bueno, eso lo dijo antes de empezar a hacer cosas raras.

—Ya, pero...

—¿Para qué me lo has contado si no? —me cortó—. Tengo que verla. Si quiero saber qué está pasando, tendré que verla.

Abrí la boca con intención de decir algo, pero no conseguí articular ninguna explicación coherente. Solté un resoplido.

—Igual es una tontería y no tendría que habértelo dicho —reflexioné—. Pero es que tú imagínate que son mis padres los que la encuentran, ¿qué les digo? Es que brilla que flipas. No es como si pudiera ponerle un cojín encima y fingir que no pasa nada.

—¿Está en tu habitación entonces? —adivinó.

Solté un gruñido, frustrada.

—Bueno —se defendió—. Lo digo porque no parece el sitio más seguro del mundo. Es literalmente el primer sitio donde buscaría si supiera que la estás escondiendo tú. ¿Cómo no la llevaste a algún sitio raro, a un pueblo o...?

—¡Y yo qué sé! Perdón por no ser una experta escondiendo Runas del Tiempo, no es como si me dedicase a esto todos los días.

Claudio respiró despacio.

—Tienes razón, perdona —dijo—. No nos pongamos nerviosos. Lo que importa es que ahora ya lo sé, ¿no? Ya me has contado dónde está, así que lo que le dijimos a Aldara..., bueno, que habrá que pensar en un plan B. ¿Se lo has contado a alguien más?

Negué con la cabeza, muy segura, agradeciendo más que nunca que la Daniela del pasado fuese lo suficientemente fuerte como para ocultárselo a todo el mundo.

—Bien, eso es lo importante —continuó, algo más calmado—. Pero tendremos que verla. Si está brillando es por algo. Te está llamando. Y debemos entender por qué. Hay que ir a tu casa.

—¿Tú y yo? ¿Ahora?

Claudio estaba delirando si creía que yo podía meter a un chico en casa tan fácilmente.

Él frunció el ceño.

—No, tú y yo no —dijo—. Tú, yo y Pablo.

Solté una carcajada.

—¿Qué es tan gracioso? —espetó, muy serio.

—Pablo Gutiérrez en mi casa. —Reí de nuevo, esta vez más alto, y ahora fue él quien me hizo un gesto para que bajase la voz—. Claro que sí. Seguro que a mi madre le parece una idea estupenda. ¿La voy avisando? Para que os prepare los sándwiches, digo.

—Invéntate algo —respondió, ignorando mi sarcasmo—. Un trabajo conjunto, un proyecto de ciencias...

—¡Pero si ni siquiera va a nuestra clase! —me quejé.

—Daniela —me interrumpió muy serio—. No conozco a tu madre, pero te aseguro que la alternativa es mucho peor. No deberías sacar la Runa de casa, y mucho menos si está brillando como una bola de discoteca. Llamaríamos demasiado la atención. Si hay Rastreadores por ahí... si hubiera algún Rastreador en nuestro tiempo...

—Pero ¿por qué tiene que venir Pablo también? ¿No podemos encargarnos de esto tú y yo?

Claudio negó con la cabeza.

—Pablo tiene algo que necesitamos —dijo, y aunque yo abrí la boca para preguntarle a qué se refería, no me dejó terminar—. Esta misma tarde, después de clase. No te preocupes por nada, se me dan bien las madres. Tú ocúpate de Pablo.

Me quedé con la boca entreabierta mientras él salía por la puerta del almacén.

—¿Qué estamos haciendo?

La voz de Elena se perdió entre el griterío del patio a la salida de clase.

—¿Mmh? —murmuré.

A nuestro alrededor, los estudiantes se apelotonaban y correteaban eufóricos de libertad, algunos marchándose directamente a casa, otros alargando la despedida con sus grupos de amigos y otros, como Pablo, Martín, Álvaro y los demás, aprovechaban la salida de clase para jugar un partido de baloncesto en la cancha principal. Mi vista recorría distraídamente a los chicos, los analizaba como si se tratase de un documental de La 2: sus saltos, sus alaridos, la manera pretendidamente heroica con la que se limpiaban el sudor con sus antebrazos. Pablo llevaba una cinta ridícula justo en medio de la frente, supuse que para evitar que su pelo rubio se manchase, aunque estaba segura de que se lo habría copiado a algún futbolista. Su nuevo *look*, sin embargo, no parecía importarle a su club de fans; al contrario. Sentadas en las gradas, un grupito de chicas desenvolvían sus bocadillos y los miraban como si fuera un partido de la NBA, jaleando y aplaudiendo cada vez que alguien conseguía encestar, sobre todo si ese alguien era Pablo con su cintita ridícula. Era alucinante. Incomprensible, por otro lado, pero verdaderamente alucinante.

A mi lado, la voz de Elena volvió a sonar.

—No, que si hay algún tipo de explicación a por qué estamos viendo jugar aquí al Equipo Maravilla —murmuró—. Que igual nos hemos aficionado al baloncesto y no me había dado cuenta.

Volví la cabeza y la miré como si acabase de darme cuenta de que estaba ahí.

Elena tenía la mochila colgada en un solo hombro y me dedicaba una mirada de impaciencia. Me estaba esperando para caminar juntas hacia la parada del autobús, como siempre, claro. Cerré los ojos, consciente de que debía inventarme una excusa plausible y que no la hiciera sospechar ni un poquito.

—Tengo que hablar con Pablo —dije.

Fantástico.

Los ojos de Elena, como era de esperar, se abrieron como platos.

—¿Que tienes que qué? ¿Qué? —Parpadeó deprisa, exageradamente. No podía culparla—. Con Pablo Gutiérrez. Ese Pablo. ¿Puedo saber por qué? ¿Te ha hecho algo? ¿Estás en una secta? ¿Es eso? ¿Estás bien? Parpadea si necesitas ayuda.

—Solo un momento. O en realidad... ve yendo. ¡No me esperes! —dije muy rápidamente, y empecé a caminar hacia atrás, esperando librarme de tener que mentir—. ¡Te prometo que te lo cuento mañana, es una chorrada, en serio!

Y ahí iba otra mentira, volando directa hacia los ojos confusos de Elena. Me giré sobre mis talones, con los ojos bien cerrados, odiando profundamente la Runa, las ideas de Claudio y todas las cosas que impedían que saliera corriendo hacia Elena y me fuese a su casa a hacer una maratón de películas con un bol enorme de palomitas.

Cuando me sentí preparada, abrí los ojos y di un par de pasos hacia delante.

Bien, pues ahí estábamos. La pista de baloncesto, los populares de la clase y yo. Tenía una misión y cualquiera que me conociera sabría que era la misión más complicada que se me había encomendado nunca. Más incluso que evitar la muerte de mi antepasado en el siglo XVII.

Respiré hondo y me crucé de brazos.

«¿Por qué, Señor, por qué?», murmuré para mis adentros.

—Pablo —dije con solemnidad.

Mi intervención sorprendió a todos los presentes, e incluso provocó que el balón rebotara sobre el pie de Martín y saliese rodando fuera de la cancha. El aludido tardó en darse cuenta de lo que estaba sucediendo y miró a todos sus compañeros antes que a mí. Cuando lo hizo, le cambió la cara.

Y lo peor de todo es que lo entendía muy bien.

Que yo me acercara a la salida de clase y pronunciase su nombre delante de todas esas personas solo podía significar dos cosas:

Había pasado algo relacionado con los viajes en el tiempo.

Y..., bueno, no se me ocurría una opción dos, así que estaba segura de que a él tampoco. Sus ojos marrones me observaron, cargados de preguntas que evidentemente no podía decir en voz alta, ni muchísimo menos delante de todo el mundo.

Pablo vaciló unos instantes. Después se limpió la frente con el antebrazo (para variar) y empezó a caminar en mi dirección, fingiendo una naturalidad que desde luego no sentía.

Álvaro me miró de arriba abajo, puso los brazos en jarras y soltó una risa burlona.

—¿Qué hace esta? —Hablaba de mí, claro, pero como no tuvo la decencia de preguntármelo directamente, decidí ignorarlo. Eso lo irritó aún más. Giró la vista hacia Pablo, pero él no solo no le respondió sino que siguió con la vista clavada en mí. Eso fue demasiado—. ¿Es tu novia o qué?

Ah, el típico ataque de la novia. ¡Un clásico! Risas a mi alrededor. La risa estridente de Martín alzándose entre todas ellas, clavándose en mis sienes. No pude ni quise evitar poner los ojos en blanco. El comentario no solo tenía la falta de originalidad que podías esperar del parvulario, sino que además demostraba que le importaba un pimiento ridiculizar a su amigo.

Pablo no dijo nada, pero no hizo falta. Sonrió ligeramente, aceptando el vacile con templanza, aunque sus orejas estaban enrojeciendo. ¿Esta era la tan ansiada popularidad? ¿Para esto servía? ¿Para que tus amigos se rieran de ti delante de la gente y tú tuvieras que fingir que también te hacía gracia?

Suspiré con fuerza y clavé mi mirada en Álvaro.

—Qué gracioso —dije—. ¿Se te ha ocurrido a ti solito o te han ayudado?

—Anda, la friki, ¡pero si habla! —comentó Álvaro, y exageró un sobresalto hasta abrazar a Martín, quien por supuesto empezó a gritar también, como si hubieran encontrado una rata parlante en la cocina.

Me esforcé por apartar la vista y fijarme en Pablo, que había avanzado a pesar del espectáculo y había quedado bastante cerca de mí. Se detuvo.

—Espero que sea importante —me dijo muy muy bajito.

Algo en la forma en que me lo dijo, en ese deje de vergüenza contenida en sus palabras, me cabreó mucho más que todas las tonterías de sus coleguitas.

Lo miré tranquila, deseando que no se me notara.

—En veinte minutos en la parada de autobús —dije sin más. Asintió. Arrugué la nariz, eso sí—: Y dúchate, anda.

## 2 Pablo



Puede que haya algo más surrealista que viajar en el tiempo: estar en casa de Daniela.

Subo la apuesta: estar en casa de Daniela, con Claudio, con la madre de Daniela pululando por los pasillos y con la Runa del Tiempo escondida dentro de un puñetero peluche con cara de rata.

Los tres conteníamos el aliento.

En silencio.

Esperando la señal.

—¡Vuelvo en nada, chicos! Si necesitáis algo más me llamáis, ¿eh?, tenéis mi número en la nevera.

—¡Adiós, mamá! —gritó Daniela hacia la pared, aunque no se relajó hasta que escuchó el ruido de la puerta de la entrada. Entonces sí, suspiró y miró a Claudio—. Aún no sé cómo lo has conseguido.

—Te lo he dicho, las madres se me dan bien —respondió, con una sonrisa que me resultó de lo más irritante.

¿Madres? ¿Cuánta experiencia tenía con madres? Luego era yo el que se flipaba.

Torcí el morro, pero no me pareció que estuviera muy en la posición de decir nada. Para empezar, porque era cierto que había sido un poco impresionante el farol que había conseguido inventarse sobre la marcha (un *collage* para la clase de historia, que necesitábamos pegamento de cola, ¡que justo no había en casa, vaya, hombre, teníamos que salir a comprarlo!, pero con todo lo que teníamos que hacer perderíamos demasiado tiempo si íbamos nosotros), y para seguir, porque Daniela llevaba toda la tarde mirándome como si oliese mal.

Y eso que me había duchado.

Algo me decía que tenía que ser por otra cosa, pero ahora mismo no parecía importante. Porque delante de los tres había un peluche feísimo con una costura deshilachada y Daniela estaba metiendo sus dedos sobre la abertura para sacar algo que conocíamos muy bien.

La Runa del Tiempo.

Tragué saliva.

—Os prometo que esta noche brillaba —dijo Daniela.

—Pero ¿brillaba cómo? —pregunté.

—Pues brillaba, Pablo —espetó, molesta—. ¿Cómo quieres que brille?

Rodé la mirada, tratando de armarme de paciencia. ¿Para qué me llamaba si no quería hablar conmigo? No había quien la entendiera.

Claudio inclinó su cabeza de manera exagerada hacia la Runa, curvando tanto su espalda que parecía que se la fuese a comer. La observó con la cabeza ladeada, y luego hacia el otro lado, y en todas y cada una de las direcciones. Yo alcé una ceja.

—¿Y bien? —dijo Daniela.

—Es curioso —murmuró Claudio, aunque de alguna forma no parecía que estuviese hablando con ella.

—¿Qué es curioso? —pregunté.

Pero Claudio también ignoró mi pregunta. En su lugar, se irguió de nuevo.

—Creo que la Runa te estaba llamando —dijo al fin—. Que brille tiene que significar algo, es como si fuera una forma de captar tu atención. Creo que deberíamos ver qué nos tiene que decir.

Entreabrí los labios, pero no dije nada. No quería reconocer que no había entendido ni una palabra.

—¿Y cómo podemos hacer eso? —preguntó Daniela, para mi alivio.  
Esta vez nos miró a los dos.

—Creo que necesitamos invocar el Aquelarre.

Llevé la mano involuntariamente hacia mi cuello, donde todavía reposaba el amuleto de la Orden de Cronomantes que me había dado Aldara.

—Ah —dijo Daniela, como si comprendiera algo que hasta entonces le hubiera parecido inexplicable—. Por eso lo de llamar a Pablo, ¿no? Tiene el amuleto de la Orden.

Me crucé de brazos, ofendido.

—¿No ibais a llamarme? —dije.

—Bueno, no es como si hablásemos mucho en clase, ¿no? —respondió Daniela, cortante.

—Es distinto —repliqué.

—¿Ah, sí? —Su mirada estaba cargada de ironía.

Fruncí el ceño, sin entender cómo era posible que no fuese capaz de entender la diferencia. Puede que en el instituto nouviésemos nada que ver, y nuestros caminos no tenían por qué cruzarse allí. Pero la Cronomancia era otra cosa. Si la Runa brillaba, yo tenía derecho a saberlo. Exactamente el mismo derecho que ella.

—Chicos —nos cortó Claudio—. Tenemos que ser tres, ¿os acordáis? El amuleto solo invoca al Aquelarre si hay tres Cronomantes. Por eso teníamos que estar los tres hoy. Si la Runa está haciendo cosas raras, creo que es más seguro que la examinemos dentro del Aquelarre. No sabemos cómo puede reaccionar ni qué va a hacer. Además, así podemos estar todo el tiempo que queramos. Si nos quedamos aquí, tu madre no estará fuera más de... ¿diez minutos?

—Cinco, como mucho —dijo Daniela, alzando las cejas—. No creo que le haga muy feliz dejarme sola con vosotros en casa.

—Pues... —continuó Claudio.

—Sí, puede que tengas razón —terminó ella.

Saqué el amuleto de mi cuello, vacilando sin saber por qué. Las palabras de Claudio tenían sentido y, por supuesto, si la Runa había empezado a brillar por la noche yo quería saber por qué. Pero, de alguna forma, algo en mí me decía que todo esto era una mala idea.

Miré a Daniela. Daniela miró a Claudio. Claudio asintió. Y Daniela asintió también.

Y yo me acerqué a ellos, permitiendo que sus manos se acercasen a mi amuleto.

Ninguno de nosotros teníamos ni idea de cómo invocar el Aquelarre, así que supongo que me imaginaba que nos costaría mucho esfuerzo o que no conseguiríamos hacerlo a la primera. Lo cierto es que, cuando nuestros dedos se juntaron en torno a la piedra, la habitación desapareció y a nuestro alrededor se formó una cúpula cristalina.

—¡Guau! —exclamé, sin poder evitarlo. No importaba que ya hubiésemos estado en el Aquelarre. La impresión, esa sensación de flotar en medio de la nada en un tiempo que no existía, era algo sencillamente indescriptible.

Quise mirar, pero no tuve ni tiempo de hacerlo. Ninguno de nosotros pudo reaccionar. Súbitamente, un fuerte temblor me hizo trastabillar y caí al suelo sin entender nada. Oí gritar a Daniela.

—¡La Runa! —chillaba.

Me incorporé como pude, convencido de que iba a descubrir que se le había caído la piedra o incluso que se había roto, pero lo que vi en su lugar fue una luz de un intenso color verde saliendo de la palma de Daniela.

—¡Está... está verde! —grité yo también.

—¡Es lo que os decía! —farfulló Daniela, antes de perder de nuevo el equilibrio.

Claudio dio un par de zancadas hacia ella y cogió la Runa entre sus manos, mirándola como si estuviera viendo un fantasma. El suelo volvió a temblar.

—¡Agarraos! —advirtió, aunque no había mucho a lo que agarrarse en el Aquelarre, así que acabé cogiendo su codo para evitar salir volando ante esa nueva e inesperada sacudida del suelo.

El tirón en el estómago fue tan intenso que me hizo cerrar los ojos con fuerza. Sabía lo que estaba pasando, porque no hacía demasiado tiempo que lo había vivido, pero eso no significaba que me hubiera acostumbrado: estábamos viajando en el tiempo. Y estábamos demasiado ocupados soportando la sacudida como para darnos cuenta de que esta vez no había ningún artefacto llevándonos a un atajo temporal. Que en esta ocasión había algo, concretamente un algo que brillaba de un intenso color verde, que estaba haciendo con nosotros lo que le daba la gana.

Cuando abrí los ojos, la cúpula del Aquelarre se había esfumado y sus destellos dorados se disolvían en el aire como pompas de jabón.

Parpadeé un par de veces.

—¿Hemos...? —No me atreví a terminar la pregunta.

Claudio asintió. Daniela miraba hacia los lados, tan aturdida como yo. Bien, ya empezábamos otra vez. No me lo podía creer. Yo juraba, ¡juraba!, que este iba a ser un día tranquilo. Yo estaba jugando al baloncesto y de repente, bam, ya me lo habían liado. Sabía que no era una buena idea. ¿Por qué había tenido que aceptar e ir a casa de Daniela a ver la Runa? Una sensación de *déjà vu* me recorrió el cuerpo. ¿Iba a tener que retomar mis clases de espada?

—¿Habéis perdido la cabeza? ¡Estáis justo en medio! —bramó una voz grave—. ¡Moveos!

Alcé la cabeza lo justo como para ver a un hombre grande mirándonos con desdén. Tuve que parpadear unos segundos antes de darme cuenta de que, efectivamente, estábamos en medio de una... ¿carretera? Daniela me puso una mano en el pecho, obligándome a retroceder, justo a tiempo de evitar que un coche de caballos nos atropellara. Aunque no nos libramos de que nos salpicase con agua sucia.

¿Dónde demonios estábamos?

Había un bullicio enorme. Mucho más que en nuestro anterior viaje en el tiempo.

—E-ese hombre —balbuceó Daniela de pronto.

—¿Quién?

—El que nos ha hablado. Juraría que... juraría que estaba hablando en inglés.

—Qué va —dije, como si fuera una tremenda tontería—. ¿Cómo va a estar hablando en inglés?

—Te prometo que sí.

—Pero si lo he entendido —dije, enfatizando muchísimo cada palabra y esperando que fueran conscientes de lo absurdo que era algo así—. Llevo sin aprobar inglés desde cuarto de primaria, te quiero decir que... es imposible, es... es...

Yo todavía tenía la boca abierta, preparado para darle una lista completísima de razones por las que lo que acababa de decir era una tremenda tontería, pero me quedé con los labios separados sin pronunciar una mísera palabra. Porque, antes de que pudiera hacerlo, un chico que

estaba parado en medio de una esquina comenzó a gritar, con un fajo de periódicos en la mano:

—¡Es hoy! ¡Es hoy! Comienza la Gran Exposición, ¡la Exposición más grande de Londres y de todo el globo terráqueo!

Un hombre estirado que llevaba un sombrero alto y muy elegante le dio una moneda, cogió uno de los periódicos y siguió su camino como si nada, como si el chiquillo no acabase de decir algo obviamente ridículo e imposible.

—Londres —repitió Daniela—. ¿Lo ves? ¡Estamos en Londres!

Sentí que la voz me salía flojita y aguda:

—Pero ¿cómo vamos a estar en Londres?

Mientras tanto, el chiquillo seguía gritando a pleno pulmón, hinchando los tirantes que llevaba y que sujetaban unos pantalones que se le habían quedado demasiado cortos.

—¡Gentes que parecen venidas directamente desde el futuro! —exclamaba—. Los últimos inventos, ¡maquinarias traídas de todas las partes del mundo!, ¡experimentos que han sorprendido a la reina Victoria! ¡Todo en el periódico de hoy!

Miré a mi alrededor. Estábamos de pie sobre adoquines mojados, con edificios grises y alargados a nuestro alrededor, y un ligero olor a carbón mezclado con lluvia. ¿Podía ser verdad? ¿Podíamos haber viajado a Inglaterra?

—Reina Victoria —murmuró Claudio a mi otro lado. Una vez más, casi había olvidado que estaba cerca—. Eso nos coloca... juraría que en el siglo XIX.

—Madre mía, ¿te sabes todos los reyes del mundo? —me quejé, frustrado.

—Bueno, es una reina importante. Hasta la estación de tren de Londres tiene su nom... —empezó a decir, aunque se detuvo de inmediato.

Me giré hacia él. Estaba encorvado. Su mano izquierda todavía aferraba con fuerza la Runa, pero la derecha estaba en su costado, como si le costase respirar. Daniela le tocó el brazo con cuidado.

—¿Claudio? —le dijo—. ¿Estás bien?

—N-no... sé... —balbuceó él, cerrando los ojos.

—¿Estás mareado? Dame la... —La frase de Daniela se cortó cuando Claudio soltó un gemido, como si un calambre le recorriese el cuerpo.

Y entonces pasó.

En cuestión de segundos, los contornos de su figura se hicieron borrosos y, mientras Daniela y yo nos limitábamos a mirarlo, anonadados e impotentes, Claudio desapareció.

Delante de nuestras narices.

—¡Claudio! —gritó de nuevo Daniela, intentando aferrarse en vano a un brazo que acababa de desvanecerse.

Miré a mi alrededor. Nadie parecía habernos visto. La gente parecía demasiado ocupada, caminaban demasiado deprisa, si acaso alguna señora que pasaba a nuestro lado, ataviada con un vestido voluminoso, nos dedicaba una mirada de desaprobación, como si fuésemos un estorbo en medio de la calle. Un obstáculo en la perfecta coreografía de la gente de la ciudad.

—¿Ha desaparecido? —dije, mirando a Daniela—. ¿En serio se ha esfumado?

—No... no puede ser —respondió ella, mirando a uno y otro lado con la cara desencajada—. Le dolía algo, lo has visto... Ha debido de... La Runa ha debido de hacerle algo.

Esa idea cayó sobre mí, aplastando mis esperanzas.

—La Runa —murmuré—. Se ha llevado la Runa.

—Sí, ¿y?

—¿Cómo que «y»? —Resoplé—. Se suponía que teníamos que protegerla. La necesitamos. ¿Y si ha caído en manos de los Ras...?

Me callé de golpe, mientras un nuevo pensamiento avanzaba de soslayo dentro de mi cabeza, serpenteando poquito a poco hasta meterse bien dentro. Los ojos se me abrieron por completo. ¿Podía ser? Tenía sentido. Tenía bastante sentido. Aunque era horrible pensarlo, claro, pero... Era como hacer encajar las piezas de un puzle.

—¿Qué ocurre? —dijo Daniela, mirándome con una ceja alzada. Por su expresión, mi cabeza debía de estar echando humo.

—¿Y si...? —empecé a formular, eligiendo bien mis palabras—. Bueno, sabemos que Claudio siempre ha sabido mucho de todo. Mucho, muchísimo, demasiado. ¿Te acuerdas del primer viaje? Luego resultó que no era su primer viaje en el tiempo. Y te acuerdas de que tardó en decírnoslo, ¿no? Que solo nos lo dijo cuando no le quedaba otra.

—Estaba siendo precavido, sí.

—Sí, sí, claro. —Agité una mano. Miré a nuestro alrededor y bajé la voz—. Sin embargo, me acuerdo de algo que me llamó la atención. Algo

que luego decidí pasar por alto, pero que en su momento me dio mal rollo, ¿sabes?, como mala espina.

—¿El qué? —soltó, aunque no parecía tener verdadera curiosidad.

—No tenía amuleto de la Orden —expliqué—. Se lo pidió Aldara, para identificarse, ¿te acuerdas? Cuando nos conocimos. ¡Pero él no lo tenía! Y contó que lo había perdido en un viaje o no sé qué. Aunque a ellas les pareció raro. Y a mí, ahora que lo pienso, también me parece un poco raro.

—Bueno, ya lo dijo, lo perdió en una misión. Lo rompió para evitar que los Rastreadores se lo robaran —respondió muy rápido. Noté que su cuerpo se había ido tensando poco a poco, colocándose en una posición defensiva—. ¿Adónde quieres llegar, Pablo?

—No sé, solo digo... No lo conocemos tanto. Lleva solo unos meses en nuestro instituto, ¿y si...?

—Va, suéltalo.

—¿Y si es uno de ellos? —susurré, ignorando la expresión desafiante de Daniela—. ¿Y si nos la ha liado?

Daniela me miró de arriba abajo, como si acabase de decir algo terrible e injustificable.

—No me lo puedo creer, Pablo.

Me crucé de brazos.

—Al menos reconoce que es una posibilidad —dije—. Se ha llevado la Runa, ¿no? Y nos hemos quedado aquí colgados.

Daniela negó con la cabeza.

—No puedes pensar que lo ha hecho a propósito —dijo.

Una rabia desconocida me explotó en el pecho.

No sé si por la forma en la que me habló o por esa confianza ciega que jamás le había visto tener por..., no sé, por nadie más. Por mí, desde luego, no.

Alcé las cejas.

—Bueno, Daniela, sé que sois amiguísimos del alma y que lleváis unos meses que parecéis... que incluso hay gente que piensa que sois...

—¿Qué? —me espetó, desafiante.

Yo me encogí de hombros.

—Yo qué sé, vosotros sabréis.

—¿Y a ti qué más te da?

—Ah, no, a mí me da igual —dije muy deprisa—. Pero si no fuerais tan amigos al menos me reconocerías que Claudio hace cosas raras.

Piénsalo. ¿De quién ha sido la idea de invocar el Aquelarre? Suya. Para examinar la Runa, supuestamente, ¿no? Pero eras tú la que la tenías. ¿En qué momento te la ha cogido? ¿No te parece como mínimo algo sospechoso?

—¡Pues claro que no! —me respondió, sus mejillas ahora encendidas de rabia—. Es mi amigo, no me haría eso. Y si supieras mínimamente lo que es la amistad lo entenderías. Pero, claro, hablarle de amistad a la gente como tú no tiene mucho sentido, ¿no?

Se me tensó la espalda.

—¿Qué quieres decir con eso? —la enfrenté.

Ella soltó una risa que tenía muy poco de alegre.

Yo me quedé mirándola, debatiéndome entre el enfado y el más absoluto desconcierto. ¿Qué demonios le había hecho yo para que estuviera así conmigo? Si no había hecho nada. ¿Sería por lo que había pasado en la cancha de baloncesto?, se me pasó por la cabeza, aunque eso era ridículo. Álvaro se había metido con ella, sí, pero yo no. ¿Por qué leches lo pagaba conmigo? Encima que no había dicho nada.

—Quizá es mejor que nos separemos. —La voz de Daniela me sonó afilada como un cuchillo.

—Vale. —Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia—. Estaba a punto de decir lo mismo.

Mentía.

—Bien.

—Genial.

—¡Pues perfecto! —zanjó Daniela.

Pero ninguno de los dos se movió.

Nos quedamos unos segundos allí, sobre el suelo empedrado, con aquella lluvia fina mojándonos la ropa y cada uno mirando un extremo de la bulliciosa ciudad. ¿Dónde podía ir de todos modos? Nunca en mi vida había estado en Londres. Ni siquiera en mi tiempo. No sabría orientarme aunque lo intentara, y muchísimo menos en el pasado. ¿Habrían inventado ya el metro? Tragué saliva.

—Esto es absurdo —dijo Daniela con un resoplido, para mi suerte—. Estamos atrapados. Aunque tuvieras razón y Claudio... —Se detuvo unos instantes, agitando la cabeza—. Sea como sea, estamos aquí tú y yo. No tenemos la Runa. Y siendo dos ni siquiera podemos invocar el Aquelarre. Tenemos que encontrarlo.

Suspiré, pero en el fondo sabía que tenía razón. Era lo único que podíamos hacer. Aunque yo estuviera en lo cierto y Claudio fuese un Rastreador, Daniela y yo solos no podríamos llegar a ningún lado. Había que averiguar dónde se había ido, o al menos...

—Igual tenemos que buscar a la Orden de Cronomantes... —dije, esperanzado de pronto ante esta nueva idea—. Tiene que haber alguna en la época, ¿no? Ellos igual nos pueden ayudar a volver a casa.

Daniela estuvo de acuerdo conmigo y echamos a andar. La gente nos miraba. Una vez más, nuestra forma de vestir era demasiado diferente, demasiado ostentosa en comparación con la ropa de los que pasaban por allí. Pero me pareció que ahora la sorpresa entre la gente era menor, como si de alguna forma creyeran que no éramos más que un par de chiquillos con mal gusto.

Londres era tremendamente bulliciosa. El griterío era ensordecedor. Por las aceras paseaban parejas elegantes, hombres con sombreros de copa y bastones, chalecos debajo de sus chaquetas, mujeres con flores ostentosas en sus sombreros. Mientras tanto, los comerciantes anunciaban sus productos a voz en grito: «¡Guantes! ¡Patatas asadas! ¡Perfume de jazmín traído directamente de la India!».

Daniela y yo lo mirábamos todo, anonadados.

Con razón nadie nos miraba. Había demasiado que ver en esas calles. Demasiados carteles anunciando productos que parecían venir de cada rincón del mundo. Demasiados escaparates.

Seguimos avanzando sin rumbo cierto y nuestros pies nos llevaron a la orilla de un río muy grande. El agua gris reflejaba un cielo igual de plomizo.

Nos detuvimos.

—Creo que es el Támesis —dijo Daniela. La observé confuso. Ella negó con la cabeza, con una expresión todavía seria, distante—. Estuve con mi familia el verano pasado. Todo estaba súper distinto, claro, pero... se parece bastante. Juraría que por ahí debería haber un puente. Por ahí estaba el London Eye, creo, pero no lo han construido todavía.

Decidimos seguir el curso del río —a los dos nos pareció la forma más inteligente de evitar perdernos— y caminamos un buen rato, puede que una hora, mientras veíamos como el paisaje cambiaba a nuestro alrededor. La gente rica y los vestidos de terciopelo fueron desapareciendo conforme avanzábamos por el río, y poco a poco los trajes empezaron a parecer cada

vez más remendados, la gente cada vez más pobre. Ya no se anunciaban perfumes caros, ni porcelana del otro lado del Imperio.

—¡Pantalones sin agujeros! —gritaba un chico que debía de tener mi edad. Me miró de arriba abajo—. Dos chelines y son suyos.

Negué con la cabeza muy rápido. El chico insistió y Daniela empezó a caminar más deprisa.

—¡Anguilas en gelatina! ¡Lo mejor para el frío! —gritaba un señor rollizo junto al muelle, extendiendo un envoltorio grasiento.

Puse cara de asco sin poder evitarlo. No tenía ni idea de qué era la anguila, ni muchísimo menos cómo debía de saber eso, pero no tenía ningunas ganas de saberlo: olía fatal. En realidad, pensé entonces, tal vez no era la anguila lo que olía mal. Ahora que me detenía a analizarlo, todo a nuestro alrededor había cambiado.

Sin darnos cuenta, habíamos llegado a una zona del río muy diferente. Y el olor... bueno. Era más denso, más sucio. Una mezcla de pescado, carbón mojado, madera vieja y... algo más. Algo dulzón y podrido que me revolvió un poco el estómago.

Frente a nosotros, los muelles se adentraban en el agua a través de pasarelas largas y estrechas, cubiertas de barro seco y marcas de ruedas. Estaban llenos de cajas, barriles y sacos apilados sin orden. A nuestro alrededor, los hombres cargaban sacos al hombro o gritaban órdenes que se perdían entre silbidos de barcos. Un par de mujeres con un pañuelo en la cabeza limpiaban pescado sobre los tablones mientras los niños, descalzos, con la ropa sucia y los codos pelados, correteaban entre los fardos.

Daniela se cerró la chaqueta, como si de pronto hiciera más frío. Igual era buena idea volver por donde habíamos venido.

Pero antes de que pudiera proponerlo, una vocecilla infantil emergió a nuestras espaldas.

—¡Bien, ya estáis aquí!

Nos giramos, sorprendidos. Detrás de nosotros había un niño vestido con ropas sucias y de gesto resuelto.

—Os estaba esperando —dijo tranquilamente.

Fruncí el ceño, confuso.

—¿Te conozco? —preguntó Daniela, aumentando todavía más mi confusión.

Al principio no lo entendí. Lo miré con más atención y un fugaz escalofrío me recorrió la espalda. Era cierto. Su mirada me resultaba extrañamente familiar. Tenía los ojos negros, muy negros, tanto que la pupila y el iris apenas se distinguían. Su pelo, igualmente oscuro, formaba rizos desordenados sobre su frente, cubierta de lo que parecía hollín.

El niño ladeó la cabeza hacia ambos lados.

—No. Pero sabía que vendrías —respondió con firmeza.

Entreabrí los labios para decir algo, aunque me quedé en blanco. Con una calma inaudita, el chiquillo se limpió la mano derecha en su camisa y se la tendió a Daniela, en un ademán elegante. Luego esbozó una amplia sonrisa.

—Soy Beltrán —dijo, jovial.

### 3

## Daniela



Me quedé paralizada.

«Beltrán».

Ese nombre.

Ese nombre solo tenía un rostro posible en mi cabeza. Unos ojos llenos de odio. Un Ánima que reptaba por su cuello y una capa roja.

Capa Escarlata.

Noté un escalofrío recorrerme la espalda. Llevaba demasiadas noches teniendo pesadillas con ese nombre como para no pensar de inmediato en él. Habría más niños en el mundo que se llamasen Beltrán, por supuesto. Y era evidente que ese niño no tenía nada que ver con el Beltrán que yo recordaba. Frente a mí, unos ojos grandes me miraban con una inocencia infantil que habría sido inconcebible en Capa Escarlata. No tendría más de diez años. Y sin embargo...

Sentí que el aire se me atascaba en los pulmones.

Había algo en él. En la forma de su nariz. En sus ojos negros, algo rasgados. El arco de sus cejas. El parecido era innegable.

Pero ¿de verdad era él? ¿Cómo era posible? ¿Qué hacía aquí? ¿Y por qué nos estaba esperando?

Pablo y yo intercambiamos una mirada cargada de confusión. Mientras tanto, el niño nos observaba con una sonrisa casi tímida, como si no acabara de comprender por qué nos habíamos quedado quietos como estatuas.

—¿Qué pasa? —preguntó, ladeando la cabeza.

Algo en la forma en que lo hizo, esa manera particular de agachar la mirada con curiosidad, acabó por confirmar mis sospechas: era él.

Era Capa Escarlata.

—¿Eres...? —pregunté en un hilo de voz, aunque conociera perfectamente respuesta.

—Beltrán —repitió, alzando un poco los hombros.

Sentí que la cabeza me daba vueltas. El Beltrán que yo conocía, Capa Escarlata, el hombre que nos había secuestrado, que había estado a punto de matarnos, se estaba presentando ante nosotros con una sonrisa inocente y con la ropa hecha jirones.

Era imposible.

Y sin embargo, estaba ocurriendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. La voz me salió más temblorosa de lo que me habría gustado.

El niño arrugó la frente.

—Ya os lo he dicho, os estaba esperando.

—Pero dices que no sabes quiénes somos —insistí—. Entonces, ¿cómo sabías que vendríamos?

—Llevo soñándolo varios días —respondió con naturalidad—. Sabía que sería hoy. Que apareceríais en el muelle y que llevaríais..., bueno, esa ropa tan rara.

Pablo, que hasta ese momento había permanecido callado, soltó un bufido sarcástico.

—Ah, que ahora él sueña con nosotros. Mira tú qué bien.

—Pablo... —le advertí en un susurro.

No necesitábamos esa reacción ahora mismo. A pesar de todo, era solo un niño. O al menos, eso parecía. Y si realmente decía la verdad, si realmente no nos conocía de nada..., contárselo no parecía el movimiento más inteligente por nuestra parte.

No hasta que supiéramos de verdad qué intenciones tenía o si podíamos fiarnos de él.

—Digo la verdad —insistió Beltrán, sin inmutarse por el sarcasmo de Pablo—. Soñé que llegabais. Y que debía venir aquí a esperaros.

—Pero ¿para qué? —pregunté.

Beltrán me miró, sus ojos brillando con algo que no conseguí descifrar. Duda, tal vez. O miedo. Finalmente, respondió con un tono bajo.

—Porque creo que sois como yo.

—¿Como tú? —repetí, confundida.

—Del futuro —susurró.

Me dejó sin palabras.

Era inevitable sentir miedo ante ese niño, por muy niño que fuese. Al mirarlo, no podía evitar un instinto que me llevaba a querer salir corriendo, pero, al mismo tiempo, sentía una punzada de lástima.

Era difícil no ver al niño asustado que teníamos delante. Si no supiera la clase de persona que era, si no lo conociera de verdad, solo vería a un chiquillo muerto de hambre y miedo. Por la manera en la que nos lo había dicho, no parecía que conociera a muchos más Cronomantes.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —murmuré.

—Unos meses —dijo—. Yo vivía... yo... era 1937... un día toqué un objeto y... entonces...

—Ssh —dijo Pablo, mirando a su alrededor.

Tenía razón. Lo último que nos faltaba era llamar la atención de la gente que pasaba por allí y que nos tachasen de locos. Todavía no sabíamos el año en el que nos encontrábamos, pero algo me decía que alguien que afirmase viajar en el tiempo no estaba bien visto en ningún siglo.

—¿Y estás solo? —le pregunté.

El chico asintió, esta vez con mucha vehemencia.

Pablo y yo volvimos a mirarnos.

Eso era raro. Era muy raro. No hacía falta que ninguno de los dos lo dijera en voz alta para preguntarse qué debíamos hacer ahora. ¿Salíamos corriendo, aprovechando que Beltrán no parecía saber quiénes éramos? ¿Lo dejábamos ahí tirado en medio de Londres en el año de vete a saber qué? ¿Y de verdad íbamos a ser capaces de irnos sin más, renunciando a saber qué estaba pasando? Porque estábamos tirados en medio de Londres,

sin Claudio, y esta podía ser la única pista que nos ayudase a saber qué hacer.

—¿Dónde vives? —pregunté con una voz pretendidamente distante. Sus ojos redondos me escudriñaban con curiosidad, pero yo no quería bajar la guardia.

Beltrán pareció dudar, y finalmente señaló con la cabeza hacia los muelles.

—No está lejos. Si queréis, puedo llevaros.

Pablo alzó las cejas, dejándome muy claro que eso era una locura. Pero yo asentí, con la mandíbula tensa.

—Llévanos.

El chiquillo sonrió y dio un saltito de satisfacción antes de comenzar a caminar en la dirección que había señalado. Pablo me cogió del brazo.

—¿Te has vuelto loca? —susurró en mi oído—. ¿Y si es una trampa?

No respondí. Seguí caminando, con la vista fija en el niño, que sorteaba los obstáculos y a la gente con unos zapatos agujereados.

—¿Y si llegamos ahí y nos están esperando todos los Rastreadores, eh? —insistió—. Que es Beltrán. ¡Beltrán!

—Ssh, sí, soy consciente —chisté, dedicándole una cara de pocos amigos—. Pero ¿qué hacemos si no? ¿Lo dejamos aquí?

Pablo lo señaló con la mano abierta, frustrado, como si me hubiera vuelto loca de remate.

—Pero ¿se te ha olvidado quién es? —susurró de nuevo—. ¿Lo que ha hecho? O lo que va a hacer, más bien.

Me detuve de golpe.

—No —dije, muy seria. Beltrán seguía caminando, ajeno a nuestra disputa—. Créeme que no se me ha olvidado. Pero precisamente por eso tenemos que saber qué está pasando.

—Vale, y si es una trampa, ¿qué hacemos?

—Pues ya lo pensaremos —contesté—. Solo quiero escucharle. Solo eso. Si nos da mal rollo, nos vamos. Además, estamos solos, ¿no? Y Claudio se ha... Bueno, no tenemos la Runa, así que tampoco podemos irnos a ningún lado. ¿Qué perdemos por escucharle?

Pablo suspiró antes de hablar:

—Me parece una idea terrible, que lo sepas.

Me encogí de hombros.

—Estoy acostumbrada —dije, y tiré de él para retomar la caminata.

Seguimos a Beltrán por callejones cada vez más oscuros. El bullicio del muelle fue quedando atrás, ahogado por el crujido húmedo de la madera vieja bajo nuestros pies. Avanzábamos hacia una zona más sombría, donde el olor a río sucio y a pescado se mezclaba con el de la madera mohosa y la basura que se apelmazaba en las esquinas. Las casas eran estrechas, de ladrillo gris ennegrecido por el humo. Muchas estaban inclinadas, como si se empujaran unas a otras para no venirse abajo.

En los portales y callejones, niños descalzos jugaban con piedras o se escondían detrás de cubos oxidados. Algunos hombres fumaban sentados en los escalones, envueltos en mantas sucias.

La pobreza era evidente en cada rincón. Una pobreza que de alguna forma me parecía más cruel que la que habíamos visto en el siglo XVII. Más incomprensible. Más injusta. Puede que por el contraste que me producía haber visto gente tan elegante apenas unas calles atrás. Mujeres con joyas, con vestidos ostentosos, hombres con sombreros de copa. ¿Cómo podían convivir realidades tan distintas a solo un par de calles?

Beltrán no parecía inmutarse. Caminaba deprisa. Conocía perfectamente el camino. Nos llevó por una verja medio abierta, a través de un patio trasero lleno de tablones y cajas rotas, y luego bajó unos peldaños hasta una puerta desvencijada.

—Es aquí —dijo—. No es mucho, pero está seco. Y nadie me molesta.

Pablo y yo intercambiamos una mirada rápida antes de seguirlo al interior. No esperaba lujo, pero aquello era peor de lo que imaginaba. Ese lugar estaba muy lejos de ser una casa.

Era una pequeña salita, si es que se la podía llamar así. El techo estaba tan bajo que Pablo tuvo que agacharse al entrar. Dentro, había un montón de cajas de madera apiladas, algunas rotas, y el único mueble era un viejo barril que hacía las veces de mesa. En una esquina había un montón de harapos que, supuse, debían de ser su cama.

—¿Llevas mucho viviendo aquí? —pregunté, con un nudo en la garganta.

—Qué va, lo encontré hace unos días. Antes estaba en la calle, cerca de las fábricas. Eso era peor. —Se encogió de hombros, restándole importancia—. Un hombre me dijo que me daría comida si trabajaba ayudándolo con las máquinas, pero me echó enseguida. Dijo que tenía las manos torpes.

Abrí mucho los ojos, sin entender cómo era posible que alguien pensara en serio que un niño como él, que no creo que llegara a los diez años, estuviese trabajando en una fábrica. Me fijé en la sucia piel de su cuello, en los restos de lo que parecía humo sucio.

Tragué saliva.

—¿Sabes en qué año estamos? —pregunté.

—1851 —respondió—. Lo vi en un periódico.

—Londres, siglo XIX... —murmuré—, debemos de estar en la Revolución Industrial, ¿no?

El niño me miró con la cabeza ladeada y Pablo, todavía perdido entre las cajas, me dedicó una mirada indiferente y se encogió de hombros. Cerré los ojos, echando de menos a Claudio más que nunca. Él sabría la época en la que estábamos. Sabría qué hacer. Seguro que conocía un montón de datos y sabría...

Traté de ignorar una punzada de dolor al pensar lo que podría estar pasándole ahora.

Pablo se equivocaba.

Claudio jamás nos habría traicionado de esa manera.

No tenía ni idea de qué le había hecho la Runa, ni si lo habría llevado a los Rastreadores, o de vuelta a casa. Pero sabía que lo echaba de menos. Que lo necesitábamos más que nunca.

Abrí los ojos, tratando de volver al presente. Beltrán también me observaba confuso. Tampoco parecía saber de qué estaba hablando.

—No lo sé. Pero sé que estamos en Wapping. Creo que es un barrio o algo así —dijo, como si lamentase no ser de más ayuda. De repente sonrió esperanzado, recordando algo importante—. ¿Vosotros ya habéis viajado en el tiempo antes?

La forma en que Pablo me miró era una advertencia que no necesitaba. «Lo sé, no soy tan tonta como para contárselo todo, ¿por quién me tomas?», quise decirle.

—Sí —respondí vagamente—. Aunque no a Inglaterra.

—Es raro, ¿verdad? —sonrió el chiquillo—. La gente es muy rara.

Sonreí sin poder evitarlo.

—¿Tú de dónde vienes? —pregunté—. ¿Decías que venías de mil novecientos...?

—Mil novecientos treinta y siete —respondió—. De un pueblo en el País Vasco.

1937. ¿De qué me sonaba tanto esa fecha? Repasé mentalmente mi libro de Historia. No era muy buena con las fechas, al menos no como Claudio, aunque desde nuestro primer viaje en el tiempo había empezado a prestar mucha más atención en clase, por la cuenta que me traía.

De pronto, contuve el aliento.

Si no recordaba mal, 1937 caía en medio de la guerra civil.

—Había... aviones. Muchos. Mis padres... no... —Se detuvo, mirándose las manos—. Hacía ya unos días que no sabía nada de ellos. Yo estaba en un refugio cuando... Pasó algo raro. No podíamos salir. Oía las bombas a lo lejos, estaba asustado y... había un juguete roto en el suelo. Lo toqué, por... por distraerme, no lo sé. Pero no era un juguete normal. Y, de repente, aparecí aquí.

Mis ojos se fijaron en su cara. Estaba muy serio, y aunque algo en mí seguía gritando que no me fiara de él, no pude evitar sentir un nudo en el pecho.

El niño había perdido a su familia en la guerra. Se había quedado solo. Y por si fuera poco había acabado viajando a un siglo que no era el suyo, sin nadie que lo ayudase o le explicara lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo sobrevives aquí? —preguntó Pablo, con la posición de su cuerpo todavía a la defensiva.

Estaba claro que no se fiaba un pelo y que creía que alguien lo estaba ayudando. El tono de sus palabras me devolvió a la realidad y volví a tensarme. Tenía razón: podía ser un truco. Un engaño. Una artimaña de lo más efectiva para ablandarnos.

—Robo. Se me da bastante bien —contestó Beltrán, sin un ápice de remordimiento—. A veces también ayudo a los marineros con sus cajas y me dan algo de pan. Pero eso no es tan fácil, porque somos muchos. Aquí todo el mundo tiene hambre. Robar es más fácil.

No pude evitar quedarme ensimismada y algo triste.

Esa imagen, esos niños descalzos y hambrientos obligados a robar, era verdaderamente difícil de digerir. Uno piensa que viajar en el tiempo debería servir para evitar situaciones como estas. ¿En qué estaba pensando la Orden de Cronomantes? ¿Cómo permitíamos que cosas así siguieran sucediendo? Que las guerras siguieran su curso, que los niños siguieran muriéndose de hambre. Menudo poder tan estúpido si no podíamos utilizarlo para cambiar nada.

Agité la cabeza. No era el momento de pensar en esas cosas. Necesitábamos respuestas.

—Tus sueños —pregunté, centrándome de nuevo en lo importante—. Cuéntanos qué viste. ¿Por qué tenías que venir a buscarnos?

Beltrán se rascó la nuca.

—Llevo semanas soñando con vosotros —murmuró—. A veces el sueño cambia, no siempre es lo mismo. Y no consigo recordarlo del todo bien. Pero sé que hay una piedra importante. Una Runa... en el corazón del tiempo, eso es. Y sé que la necesitamos para volver a casa. Y que solo la conseguiremos si estamos los tres.

Pablo soltó un suspiro cargado de escepticismo, y no pude culparle. Todo aquello sonaba demasiado extraño, demasiado conveniente.

Una piedra.

Esa piedra no era una piedra cualquiera, estaba claro. Tenía que ser la Runa del Tiempo, ni más ni menos, la misma que había desaparecido junto a Claudio.

Entendía bien el escepticismo de Pablo. Si era una trampa, estaba perfectamente articulada para que cayéramos como tontos.

Pablo y yo nos miramos unos instantes sin decir nada.

—Creo que sé dónde buscarla —dijo entonces, para nuestra sorpresa.

Parecía bastante orgulloso de su ingenio, como si llevase días esperando ese momento. Tal vez era cierto. Se acercó con sigilo a una de las cajas y sacó un periódico que estaba cuidadosamente guardado, a pesar de la humedad y de la suciedad de alrededor. Lo planchó con las manos antes de enseñárnoslo.

Me acerqué para verlo mejor.

«La Gran Exposición».

Arrugué los ojos y miré a Pablo. Lo habíamos escuchado también por la calle.

—Dicen que aquí hay inventos inexplicables —dijo Beltrán, emocionado—. Inventos que parecen traídos del futuro. Gentes de todas partes del mundo. ¿No lo veis? Si hay algún lugar de Londres donde estén pasando cosas, es aquí.

Entreabrí los labios, sorprendida, esforzándome por leer aquel artículo de periódico, con sus letras diminutas.

—Supongo que no perdemos nada —dije, mirando a Pablo.

La noche cayó de prisa, y la intensa lluvia dio paso a un correteo de niños que buscaban refugiarse como podían. Beltrán no había conseguido comida aquel día, pero, acostumbrado a irse a la cama con el estómago vacío, no tardó en quedarse dormido encima de unos sacos de yute y una pila de papeles de periódico deshechos. Yo, en cambio, no podía pegar ojo.

—No me fío de él.

El susurro de Pablo me provocó un respingo. Llevábamos tanto rato en silencio escuchando la lluvia que me pilló por sorpresa.

—Lo necesitamos —susurré muy bajito, asegurándome de que por nada del mundo Beltrán me escuchase—. Ha soñado con la Runa..., es la única pista que tenemos, ¿no? Debemos encontrarla para volver a casa. Y estoy segura de que cuando la encontremos, hallaremos también a Claudio.

Pablo hizo un gesto de duda antes de asentir con la cabeza.

—Pablo, por favor, no empieces —rogué, cansada.

—No he dicho nada.

—Pero te veo la cara. Claudio no es un traidor.

—No he dicho que lo sea. Solo digo que hay algo que me da mal rollo, ya está.

Respiré hondo. Tenía tan pocas ganas de discutir y tanta hambre que decidí dejarlo pasar.

—¿Y no podemos ir solos a la exposición esa? —propuso.

—No tenemos ni idea de cómo ir, ni de cómo entrar, ni... —rebatí, pero me interrumpí cuando oí un gemido. Una especie de lloriqueo suave, parecido al de un cachorro. Miré hacia Beltrán y lo vi removerse inquieto en su cama improvisada. Murmuraba algo entre dientes, palabras ininteligibles.

Me acerqué despacio, cautelosa, como si estuviera acercándome a un animal salvaje que en cualquier momento podría atacarme. Había poco de Capa Escarlata en ese niño acurrucado. Su cuerpecillo se agitaba, temblando de miedo. Me pareció escuchar que decía «papá».

Algo me decía que estaba soñando con el bombardeo, con el recuerdo de la guerra. Se me revolvieron las tripas al pensarlo. Si decía la verdad, si eso era cierto y le había tocado vivirlo..., no podía siquiera imaginar el horror, las imágenes que tendría grabadas en la cabeza.

En aquel momento, no pensé si era Beltrán o Capa Escarlata ni en todo lo que sabía que iba a hacer. Solo vi a un chiquillo llamando a su padre, envuelto en sudor y miedo. Le coloqué una mano en el pecho, como mi madre hacía conmigo cuando tenía una pesadilla.

—Tranquilo —murmuré, intentando calmarlo mientras movía la mano en círculos—. Ssh... estás bien. Está todo bien.

Sus ojos se entreabrieron apenas unos segundos antes de volver a cerrarse, y su respiración se fue haciendo más lenta, más pausada.

Me quedé mirándolo un instante, comprobando cómo su pecho subía y bajaba despacio y la expresión de su rostro se suavizaba, antes de apartar la mano. Cuando me giré, me encontré con la mirada de Pablo observándome desde su rincón.

Carraspeó, visiblemente incómodo.

—¿Qué? —dije. Lo último que me apetecía era volver a discutir.

—Nada —respondió, girando la cabeza hacia otro lado.

## 4 Pablo



La oscuridad me envolvía, pegajosa, asfixiante. Sabía que estaba soñando, pero no podía despertarme. Algo tiraba de mí, empujándome más hacia dentro, como si me estuviera ahogando.

Al principio, solo oía su voz. Grave, profunda, como el eco de una tormenta resonando en mi cabeza.

—No puedes escapar de los hilos del Tiempo.

Me giré, pero no había nadie. Solo sombras alargadas que se movían, temblorosas, como si estuvieran respirando. Quería irme de allí. Todo mi cuerpo quería irse de allí. Pero no podía moverme, mis pies estaban pegados al suelo.

Era una pesadilla. Lo sabía. ¿O quizá era una Revelación? Podría serlo. Ya las había tenido antes. Era difícil distinguirlas de un sueño, pero supongo que algo en tu estómago lo sabe.

Una imagen comenzó a formarse frente a mí. Primero fueron destellos dorados, suspendidos en el aire como brasas incandescentes, luego

tomaron forma y se convirtieron en... ¿un reloj? Un reloj sin agujas, sin manecillas, girando sobre sí mismo en un vaivén infinito.

—La Fuerza del Tiempo no se pliega ante los débiles como tú.

La voz me provocaba escalofríos, pero de algún modo no fue suficiente para que dejara de mirar ese reloj. Necesitaba tocarlo. Era una necesidad irrefrenable, un impulso que me nacía de las entrañas, aunque una mínima parte de mi cerebro creyera que era una mala idea.

En el preciso instante en que mis dedos lo tocaron, el reloj se fracturó como si hubiera explotado una pompa de jabón y dejó a su alrededor miles de esferas con reflejos. Di un paso hacia atrás del sobresalto.

Cada una de las esferas mostraba una imagen distinta. Mis ojos rebotaron entre una y otra, de aquí para allá, confundido, sin entender qué estaba viendo. Algunos parecían... parecían recuerdos. Episodios que juraría haber vivido, momentos de mi infancia, la cara de mi madre mientras me revolvía el pelo, el día en que toqué el tintero por primera vez, Claudio desapareciendo en Londres, Álvaro invitándome a jugar en mi primer día de colegio.

Sin embargo... algunas de las esferas reflejaban imágenes que juraría no haber visto nunca. Me acerqué a una de ellas, arrugando los párpados, cuando me di cuenta de que estaba yo dentro. Pero no el yo de ahora, sino uno..., bueno, más viejo. ¿Eso que veía era una barba? ¿Así es como me veía yo con barba?

Y entonces lo comprendí.

Era el futuro. Mi futuro. Esos fragmentos mezclaban indistintamente momentos de mi pasado y de mi futuro. Una parte de mí sabía que era mejor no mirar. Desde que había descubierto que tenía el poder de la Anticipación era consciente de que conocer el futuro no era precisamente algo bueno. Pero, por otro lado, ¿cómo no hacerlo? ¿Cómo no echar una ojeada? Sobre todo si en uno de esos fragmentos...

Tragué saliva.

Eran imágenes rotas, inconexas, difíciles de comprender. Un reloj de arena azul. Una mano en el suelo que envejecía a toda velocidad. Y... Daniela. De repente veía a Daniela, en lo alto de lo que parecía una torre, bajo un arco derruido, sus pies rozando el filo del abismo. Estaba cerca, demasiado cerca del precipicio, ¿por qué? Quise avisarla, pero no podía hablar. Entonces me di cuenta de que llevaba algo en las manos, pero

¿qué? Parecía la Runa del Tiempo. En sus ojos, vi el reflejo de una capa roja alzándose entre el humo. Y luego...

Algo la empujó.

Mi corazón se paralizó al instante.

El cuerpo de Daniela caía.

Caía al vacío.

Mi corazón latía a toda velocidad. Quise moverme, hacer algo por evitarlo, pero mis pies seguían clavados al suelo. Intenté alcanzarla, correr hacia aquella torre que cada vez parecía más irreal, pero cuanto más me esforzaba, más lejos parecía encontrarse aquel lugar lleno de sombras.

—¡Daniela! —grité con todas mis fuerzas. Sin embargo, mis gritos eran inútiles.

Su cuerpo acabó por desaparecer en las tinieblas.

—Es cuestión de tiempo, chico —dijo esa voz a lo lejos, mientras mi cuerpo entero temblaba como una hoja—. Los fragmentos de la Runa vendrán a mí, uno a uno. Tú decides si quieres unirme a mí o si prefieres hundirte con la chica.

De golpe, la voz se convirtió en risa. Una risa helada, que me petrificó por dentro. Cuando me di la vuelta y me limpié las lágrimas que me caían por las mejillas, me encontré con su rostro. Un rostro que creía haber visto ya, un rostro nacido de lo más profundo de mis pesadillas. Su piel, surcada por cicatrices, se doblaba en una sonrisa que solo podía describir como terrorífica.

—Kairos —conseguí murmurar.

Me desperté con el corazón latiéndome en las costillas y el nombre de Kairos todavía vibrando en mis labios. El terror seguía desplegándose por mi cuerpo en sacudidas.

—¿Estás bien?

Abrí los ojos de golpe y me encontré con Daniela. La luz tenue del amanecer se filtraba por las grietas del almacén. Tardé unos segundos en recordar dónde estaba.

Beltrán seguía dormido en su rincón, acurrucado entre los harapos, y a lo lejos se escuchaban gritos, el bufido de un gato, los graznidos de las gaviotas.

Cierto. Londres. La versión niño de Beltrán.

Fantástico. ¿Hay algo peor que tener una pesadilla? Aparentemente sí: despertarte, encontrarte con la persona con la que has soñado y ver que te espera otra pesadilla. Una en la que estás atrapado en el tiempo con una versión adorable del villano que intentó matarte hace unos meses.

¿Qué más podía pedirle a la vida?

—Genial —mentí.

Daniela me miró con el ceño fruncido.

—No pareces genial —murmuró—. Estabas moviéndote un montón.

—Bueno, lo de dormir en el suelo está sobrevalorado —respondí, agitando la cabeza.

Evité la mirada de Daniela. Con mi broma no solo estaba intentando convencerla a ella, sino también, quizá, a mí mismo. Pero de momento no parecía que colase con ninguno de los dos. Daniela sabía que mentía, por supuesto. No era precisamente tonta. Muy a mi pesar, en realidad. Intenté relajar los hombros, pero la sensación de agarrotamiento no desaparecía.

—Puedes contármelo, ¿sabes? —murmuró a mis espaldas.

Entonces sí la miré, chasqué la lengua y señalé al niño, que empezaba a desperezarse.

«Sí, hombre, ¿y qué más?», quise decirle. Una cosa es que decidiéramos dormir con Beltrán y otra muy distinta era que compartiésemos toda la información con él como si fuéramos idiotas.

Ah, Daniela y su capacidad de empatizar hasta con un pedrusco. Había visto cómo había ayudado a Beltrán a dormirse por la noche. Se estaba ablandando. De alguna forma iba a tener que explicarle que esa criaturita de ojos grandes que la miraba como si nunca hubiera roto un plato iba a acabar convirtiéndose en un genio del mal. Pero ¿me escucharía? No, señor, no tenía pinta. De la misma forma que no me había escuchado con lo de Claudio. Iba a tener que acostumbrarme. Mi palabra con ella no valía absolutamente de nada.

—Bien. Vale —murmuró Daniela.

Además, ¿cómo iba a contarle que la había visto morir? ¿Que la había visto caer y caer y que estaba muerto de miedo? No podía decirle algo así. En primer lugar, porque no estaba seguro de que fuese una Revelación. Podría tratarse de un simple sueño y la angustiaría para nada. Además, tampoco era necesario que Daniela supiera que había gritado y llorado como un crío por imaginármela cayendo de una torre, ¿no? Seguro que pensaría... bueno, llegaría a conclusiones equivocadas.

Pero, sobre todo, porque si realmente era una Revelación, si lo que había visto era verdad..., ¿tenía que decírselo? ¿Serviría de algo? ¿Conseguiría evitarlo?

Ni siquiera era capaz de entender las imágenes. Eran inconexas. No tenían sentido ni sabía interpretarlas. ¿Todas esas imágenes fragmentadas? ¿La torre en medio de la nada? ¿La mano que envejecía de golpe? Suerte si conseguíamos hacer algo con eso.

¿Francamente? Calladito estaba más guapo.

—La Runa —dije, esperando zanjar la conversación—. Centrémonos en eso. Habrá que encontrar la forma de entrar en la exposición esa. ¿Qué dice el artículo? ¿Sabemos dónde está?

De pronto la vocecita emocionada de Beltrán irrumpió entre los dos.

—¡En Hyde Park! —dijo—. En Crystal Palace. Lo dice el periódico. Vamos, sé el camino. Podemos ir andando. No es tan lejos si sabes por dónde tirar.

Daniela y yo nos miramos. Él se incorporó de un salto y empezó a sacudirse los harapos como si nos esperara desde hacía horas. Mi estómago rugió un poco, pero sabía perfectamente que no íbamos a desayunar.

Salimos del almacén sin hacer ruido. A esas horas, la ciudad parecía aún medio dormida. Las calles estaban cubiertas de niebla baja, de esa que te cala la ropa sin que te des cuenta. Beltrán caminaba por delante con paso rápido y seguro, esquivando los charcos con saltitos.

Este paseo nos devolvió a la zona en la que habíamos aterrizado el día anterior y, a medida que avanzábamos, las aceras empezaron a ensancharse y los escaparates se volvieron más limpios. Volvíamos a la zona rica, estaba claro.

Por el camino no hablábamos. Íbamos cansados, con hambre y con demasiadas preguntas como para llenar el silencio con tonterías. Yo solo quería llegar. Ver el lugar. Ver si, por una vez, algo encajaba.

Cuando por fin llegamos a Hyde Park, la niebla empezó a levantarse.

Abrí la boca sin poder evitarlo.

El parque era gigantesco. Más grande que cualquier otro que hubiera visto. Árboles altísimos por todas partes, caminos de tierra bordeados por vallas negras y un mar de gente moviéndose en todas direcciones. Hombres con sombrero de copa, mujeres con vestidos brillantes, niños

encaramados a los bancos para ver mejor. Carruajes, vendedores ambulantes, soldados, extranjeros con ropas que no había visto nunca.

Y en medio de todo aquello, como salido de un sueño raro o de un mundo distinto, el famoso Crystal Palace que había mencionado Beltrán. Lo supe al instante.

El edificio no parecía real. Era como si alguien hubiese construido una catedral de vidrio y metal, con paredes completamente transparentes que brillaban por la humedad y reflejaban el cielo.

—Vale... —dije en voz baja—. Esto es impresionante.

—¿Veis? —Beltrán sonrió, orgulloso—. Os lo dije.

Y tenía razón.

Fue entonces cuando un pensamiento inquietante se deslizó en mi cabeza.

—Un momento. —Me giré hacia Daniela—. ¿Cómo entramos?

Ella parpadeó.

—Pues...

Una multitud elegante se apiñaba en filas perfectamente formadas. Un guardia con uniforme azul marino inspeccionaba unos papeles antes de dejar pasar a cada grupo. Todo parecía estar controlado hasta el milímetro.

—Genial —bufé—. Hay entradas.

Daniela soltó una maldición en voz baja.

—A ver, no es como si pudiéramos pagarlas —dije, señalando nuestras manos vacías. Se llevó una mano a los bolsillos—. A menos que acepten un billete de cinco euros.

—¿Euros? —preguntó Beltrán confuso, arrugando las cejas.

—Nada, olvídalo —dije yo.

El niño se encogió de hombros.

—Bueno, pues tendremos que colarnos —dijo con naturalidad.

Daniela y yo lo miramos.

—¿Perdón? ¿Aquí? —repetí, señalando en dirección al mar de sombreros de copa y al guardia con su expresión de mal humor—. ¿Colarnos aquí?

Beltrán sonrió con seguridad.

—Es fácil. Lo hago todo el rato —dijo—. Solo hay que fingir naturalidad.

Le dediqué una mirada escéptica.

—Vale, ¿y cuál es tu brillante plan?

—Seguidme.

Beltrán echó a andar con confianza, alejándose de la entrada principal y rodeando el edificio. Le seguimos, no del todo convencidos, esquivando grupos de visitantes, una mujer que vendía dulces en una bandeja colgada del cuello y a un músico callejero que afinaba su violín con expresión concentrada. Llegamos a una zona lateral donde varios hombres descargaban grandes cajas de madera y barriles. Los sirvientes y empleados iban y venían sin prestar demasiada atención a nadie.

—Aquí es por donde entran los que no tienen dinero para pagar una entrada —murmuró Beltrán—. Solo tenemos que... ya sabéis.

—¿Parecer trabajadores? —pregunté, incrédulo—. ¿Y cómo hacemos eso si vamos vestidos como... nosotros?

Beltrán puso los ojos en blanco.

—Hay que aprovechar la confusión. No llaméis la atención y entrad con seguridad. Si nos movemos como si supiéramos adónde vamos, nadie nos detendrá.

No me entusiasmaba la idea de colarme en un evento de la alta sociedad londinense, pero no parecía que tuviéramos alternativa. Estábamos a punto de seguir a Beltrán cuando una conversación nos detuvo en seco.

Un guardia de uniforme oscuro, apoyado contra la pared con los brazos cruzados, dejó escapar un resoplido y le habló en voz baja a un hombre que parecía un supervisor. Llevaba un cuaderno en la mano y ambos observaban el ajetreo con gesto tenso.

—Han vuelto a desaparecer dos esta semana —murmuró, con un tono grave—. Es como si se los tragara la tierra.

El supervisor frunció el entrecejo y miró de reojo a la multitud.

—¿Más? —preguntó en voz baja—. Ya van demasiados. Y nadie dice nada.

—Y esta vez en el mismísimo Covent Garden, delante de todo el mundo.

—Dios santo.

—No hay explicación lógica —continuó el guardia—. Los testigos aseguran que los vieron y, al segundo siguiente, ya no estaban. Como si hubieran... —bajó la voz y chascó los dedos— desaparecido en el aire.

—Londres ya no es un lugar seguro.

Daniela y yo intercambiamos una mirada rápida. Beltrán, en cambio, no pareció prestar atención; estaba concentrado en deslizarse entre los trabajadores con su seguridad natural.

—Ahora —nos indicó, y señaló con la cabeza a su izquierda.

Obedecemos sin rechistar. Nos pegamos a un grupo de empleados que empujaban un cajón enorme sobre una plataforma rodante. Caminamos detrás de ellos como si lleváramos toda la vida haciéndolo, esquivando un carro con botellas, un chico con bandejas y un perro que casi me hace tropezar. Cruzamos la puerta lateral sin que nadie nos mirara dos veces.

¡Lo habíamos conseguido!

Si no hubiera estado tan preocupado por fingir naturalidad, habría gritado.

El interior era aún más alucinante de lo que imaginaba. Filas interminables de inventos extraños se alineaban en las galerías: telescopios que parecían cañones, máquinas de vapor con tubos resplandecientes, artilugios eléctricos que chispeaban con pequeñas descargas azules. Y en medio del edificio, ajeno a todos los cachivaches locos que había a su alrededor, un árbol entero crecía, como si a alguien se le hubiera olvidado cortarlo antes de construir.

Gente de todas partes del mundo paseaba entre los pasillos: científicos con gafas de gruesos cristales, comerciantes con turbantes coloridos, señoras con vestidos de gala y abanicos de plumas. Todo vibraba con una energía frenética, como si el mundo estuviera a punto de cambiar y nadie quisiera perderselo.

—Esto parece una convención de frikis de la ciencia ficción —dije en un susurro.

Daniela se acercó a una de las vitrinas. Dentro, una esfera de cristal llena de un líquido burbujeante reposaba sobre una base de madera decorada con cobre.

—Mira esto —señaló—. ¿No te parece demasiado... moderno?

Se acercó a leer la placa.

—Dice que es un barómetro avanzado —murmuró—. Que analiza la presión atmosférica. Parece que puede predecir la lluvia antes de que ocurra.

Solté una risa.

—A ver, es Inglaterra. —Daniela me miró con cara de pocos amigos y me encogí de hombros—. No sé, no es tan complicado.

Detrás de nosotros, un hombre que observaba la exhibición a lo lejos golpeó suavemente el suelo con su bastón. Resopló con aire dramático.

—Pura charlatanería —refunfuñó el tipo bajo su bigote perfectamente recortado—. No es más que una farsa para impresionar a la reina.

Miré el aparato de nuevo. Por mucho que un cachivache que predecía la lluvia en la ciudad más lluviosa de Europa no me impresionase, ese hombre tenía razón en algo: ese aparato era... raro. Había algo en él que no encajaba. Como si no perteneciera a este tiempo. Como si no tuviera que estar ahí.

Una sensación extraña recorrió mi cuerpo, pero no pude analizarla o tratar de comprender a qué se debía. Porque justo cuando creíamos que ya estábamos a salvo, sentí una mano agarrando mi brazo con fuerza.

—Si vais a viajar en el tiempo, tratad de que no se entere toda Inglaterra —dijo una voz áspera junto a mi oído.

## 5 Daniela



Una mano fuerte me agarró del codo y tiró de mí.

—¡Eh! —exclamé, tratando de zafarme.

Por un momento, pensé que nos habían pillado. Que por mucho que creyéramos que habíamos pasado desapercibidos, un guardia de seguridad nos habría visto colándonos.

Pero ¿lo de viajar en el tiempo? Ah, no. Eso no sonaba a guardia de seguridad. Estábamos en problemas de verdad.

Traté de girarme para ver quién demonios nos estaba arrastrando por la exposición, aunque el hombre que nos llevaba no nos dio oportunidad. Se movía rápido, sorteando grupos de gente con una facilidad asombrosa. Intenté soltarme unas cuantas veces, forcejeando, pero eso solo hizo que su agarre se volviese más firme.

—Dejad de resistiros y caminad —susurró—. Os conviene.

Pablo y yo intercambiamos una mirada de alarma, mientras Beltrán se dejaba llevar, sus ojos redondos abiertos de par en par.

¿Sería un Rastreador? Podría serlo. Podría serlo perfectamente. ¿Cómo si no sabía que estábamos viajando en el tiempo? Por un segundo, me

cruzó por la cabeza la idea de que quizá fuera de la Orden de Cronomantes. A fin de cuentas, Aldara tampoco había sido muy acogedora cuando nos conoció; no hasta que se aseguró de que éramos de fiar.

«Por favor, por favor, que sea de la Orden», supliqué para mis adentros mientras el hombre nos conducía hacia un pasillo lateral, lejos de la multitud. Me pareció que nos estaba llevando a la salida, pero en cuanto doblamos una esquina se detuvo junto a una puerta entreabierta y se volvió hacia nosotros con expresión de fastidio.

Solo entonces tuve la oportunidad de verlo bien.

Era un hombre alto, y tan delgado que el abrigo que llevaba le quedaba grande, con las hombreras fuera de lugar. Su cara tenía los rasgos angulosos, con un mentón afilado y ojeras que le daban un aire desaliñado, como si no durmiera lo suficiente. Su pelo, castaño oscuro, le caía en mechones rebeldes sobre la frente, y cuando clavó en nosotros sus ojos grises, sentí que nos analizaba con rapidez.

Su ropa no era..., bueno, no era nada que hubiera visto antes. Bajo el abrigo llevaba un chaleco con botones de latón de distintos tamaños y colores, y le colgaban un par de correas de cuero con lo que parecían pequeñas... ¿herramientas? En el bolsillo asomaba la cadena de un reloj y en los guantes de cuero negro que cubrían sus manos faltaban las yemas de los dedos.

No parecía un guardia. En realidad, no se parecía a nadie que hubiera conocido nunca.

¿De dónde había salido este tipo?

—Si seguís retorciéndoos como peces fuera del agua, vais a llamar más la atención —susurró—. Y creedme, ahora mismo no queréis eso.

Su tono fue lo bastante seco como para que Pablo dejara de forcejear. Beltrán hacía ya un rato que lo miraba con una profunda curiosidad.

Yo también me quedé quieta, aunque mantuve la mandíbula apretada.

—¿Quién eres? —le solté.

Él se limitó a alzar una ceja y, con la misma calma, llevó un dedo a sus labios. Después miró alrededor y asomó la cabeza por la puerta, vigilando que nadie estuviera pendiente de nosotros.

—Aquí no —dijo en voz baja—. Necesitamos un lugar discreto.

Pablo cruzó los brazos con evidente escepticismo.

—¿Y por qué deberíamos fiarnos de ti?

—Porque ahora mismo tenéis la pinta más sospechosa de todo este edificio, y si os quedáis aquí plantados, acabaréis en el calabozo —replicó el hombre—. Eso si no os encuentra un grupo de Rastreadores, claro.

Pablo y yo nos miramos, evaluando nuestras opciones.

Podía estar mintiéndonos, desde luego, podría ser él mismo un Rastreador y estar jugando con nosotros. Pero pensándolo bien, rara vez mentían. Iban directamente a por nosotros, sin andarse con rodeos.

No teníamos mucho que perder, así que decidí confiar en él.

Asentí con la cabeza, mientras Pablo resoplaba.

—Bien. Seguidme.

Y con un gesto rápido, empujó una puerta lateral y nos hizo entrar en un pasillo estrecho, iluminado por la luz difusa que se filtraba a través de las paredes de cristal del recinto.

Frente a nosotros, una escalera metálica ascendía en espiral hacia la parte superior del edificio. Nos indicó que subiéramos con un leve movimiento de cabeza. Eché una última mirada atrás: los guardias seguían ocupados, afortunadamente.

—Si morimos aquí —dijo Pablo mientras subíamos las escaleras—, que sepas que la culpa es tuya.

Lo ignoré por completo. Estaba demasiado ocupada en no perder el equilibrio.

El último escalón nos condujo a una galería elevada, un pasillo de mantenimiento que corría a lo largo de la estructura de cristal. Desde ahí, podíamos ver la exposición entera: las inmensas salas repletas de inventos brillaban bajo la luz natural, la gente moviéndose como hormiguitas. Sentí que el vértigo hacía temblar mis rodillas.

El hombre se apoyó en la barandilla de metal con aire despreocupado. La estructura crujió levemente bajo su peso.

—Aquí estaremos seguros —dijo con una media sonrisa que no me tranquilizó nada.

Pablo se rascó la nuca y echó una ojeada hacia abajo.

—¿Seguros? A mí esto no me parece muy seguro.

—La altura tiene sus ventajas, chico. Se ve todo con más claridad desde arriba —respondió el hombre, sacando de su abrigo un reloj de bolsillo y jugueteando con él entre los dedos.

—Bueno, pues ya estamos aquí —dije, esforzándome por no mirar abajo—. ¿Quién eres y por qué nos has hecho venir hasta aquí?

—Ya os lo he dicho, estabais llamando demasiado la atención. Y eso no le conviene a nadie. Pero —hizo una pausa para señalarme directamente con el dedo, mirándome con una sonrisa ladeada— aquí soy yo quien hace las preguntas. ¿De qué año venís?

—¿Cómo sabes...? —comenzó a decir Pablo.

Una carcajada del hombre interrumpió su pregunta. Señaló nuestras ropas.

—Bueno, no hace falta ser un genio. Afortunadamente habéis caído en una época en la que la mayoría os tomará por locos, pero a mí no me engañáis. Tenéis suerte de que haya sido el primero en encontraros.

Suspiré, sin saber bien si debía compartir una información como esa con un completo desconocido. Miré a Pablo. Necesitábamos una estrategia. Necesitábamos pensar muy bien qué decir a continuación. Un plan sólido.

—Yo vengo de 1937, es mi primer viaje —dijo Beltrán, jovial—. Pero ellos dos han venido del siglo XXI.

O... podíamos tirar todo el plan por la borda.

Nunca hasta entonces había entendido tan bien eso del exceso de sinceridad de los niños. Quizá deberíamos haberle hecho un breve cursillo a Beltrán de lo que se puede y no se puede ir contando por ahí a gente a la que no conoces de nada.

El hombre sonrió con satisfacción y se guardó el reloj en el bolsillo.

—Vaya, qué interesante.

Miró a Beltrán unos segundos, estudiándolo y ladeando la cabeza. Después, nos miró a Pablo y a mí y, para mi sorpresa, se irguió en su asiento, feliz como un gato con un bol de leche entre las zarpas.

—Así que viajando juntos por el tiempo, ¿eh? —musitó con una sonrisilla—. Me encanta. Tensión, peligros, saltos temporales, emociones a flor de piel. ¡Qué romántico!

—¡¿Qué?! —exclamé, ofendida, al mismo tiempo que Pablo.

—Ah, no me hagáis caso. —Agitó su mano, riendo entre dientes—. Pero no es vuestro primer viaje, ¿me equivoco? Se os nota.

Sentí que las mejillas me ardían, y ni siquiera sabía por qué. ¿Cómo podía pensar...? ¿De verdad había pensado que Pablo y yo...? ¡Si eso era absurdo! Ridículo, vamos, una auténtica película de ciencia ficción. Igual Pablo tenía razón y esta exposición era una convención de frikis, después

de todo. Me crucé de brazos, indignada, la mirada súbitamente clavada en el suelo. ¿Pablo y yo? Madre mía...

No pude ver si Pablo se había sonrojado también. Pero lo escuché hablar a mi lado, su voz cortante:

—Bueno, ¿y tú quién eres?

El hombre inclinó un poco la cabeza.

—Depende de en qué época me preguntes —respondió, con una mirada estudiosamente críptica. Algo me decía que le encantaba presentarse—. Mi madre me llamó Jaime al nacer, en un pueblo de la provincia de Toledo. Pero en esta época, y en Londres, todos me llaman James. Y soy relojero. Un placer.

Le tendió una mano a Pablo, esperando oficializar el saludo.

—James —repitió Pablo con sorna, alzando una ceja.

—La elegancia está en los detalles, chico. ¿Y vosotros?

Se hizo un breve silencio. Pablo no aceptó su saludo y James terminó por chasquear la lengua y alzar las manos.

—Bien. Como queráis.

—Soy Pablo —dijo a regañadientes—. Y ellos son Beltrán y Daniela.

—Maravilloso —respondió James, ensanchando la sonrisa y dejando ver ambas hileras de dientes—. Hechas las presentaciones, ¿qué demonios estáis haciendo aquí?

Iba a contestar, pero, una vez más, Beltrán se adelantó a mis intenciones.

—He tenido un sueño. Creemos que aquí puede estar la Ru...

—Eh, eh, Beltrán —rio Pablo, abrazando al niño por la espalda y dándole un par de palmaditas en la cabeza—. ¿Por qué no dejamos que hable la gente mayor, eh?

Beltrán arrugó la frente, tan frustrado como confundido.

—Buscamos a la Orden de Cronomantes —dije yo.

Era mejor eso que contarle lo de la Runa del Tiempo, desde luego.

Pero, para mi sorpresa, James soltó una carcajada.

—Pues qué mala suerte —dijo.

—¿Por qué?

—Porque la Orden de Cronomantes no está aquí —respondió con una sonrisa burlona—. ¿En Londres? Menudos son. Dios los libre de desplazarse más allá de los Pirineos. ¿Cómo iban a querer vivir algo

remotamente parecido a una aventura si pueden estar encerrados en su biblioteca?

Entreabrí los labios sin comprender nada. ¿De verdad estaba hablando de la Orden de Cronomantes? ¿La misma Orden que nos había acogido en el viaje anterior?

—Sí, lo sé, a mí también me impresionaron la primera vez que viajé —continuó James—. Con sus libros, sus amuletos, el Aquelarre y todo eso. Pamplinas. Habrán leído todos los libros del mundo y todos los manuales de Cronomancia, pero os garantizo que jamás han cogido un barco. No todo en esta vida está en los libros, chicos, cuanto antes comprendáis eso será mucho mejor para vosotros.

Parpadeé un par de veces, tratando de reconciliar mi idea sobre la Orden de Cronomantes con esta nueva faceta rígida y... ¿aburrida? de la que nos hablaba James. Estaba claro que no le caían demasiado en gracia.

Pero ahora mismo era lo de menos. Porque esto era una noticia terrible y torcía todos nuestros planes.

—En-entonces..., ¿estamos solos? —balbuceé.

—Completamente —asintió con vehemencia.

—¿Y tú? —dije. De pronto me tensé. Si James no pertenecía a la Orden, entonces... ¿entonces debía de tratarse de un Rastreador, sin duda!

Leyó la expresión de mi cuerpo y se apresuró a agitar la cabeza.

—No soy un Rastreador. Esos locos de Kairos me dan todavía más pereza, créeme. —Fingió un escalofrío—. ¿Seguir a pies juntillas a un pirado del Medioevo? Nah, no es para mí. No me llevo del todo bien con la autoridad, como podéis comprobar.

—Pero si no eres de la Orden ni tampoco un Rastreador... —dijo Pablo.

Esa reflexión pareció hacer muy feliz a James, que abrió sus brazos de par en par, hinchando su pecho exageradamente.

—¡Soy un viajero! —exclamó.

—Un viajero —repitió Pablo, escéptico.

Beltrán, en cambio, abrió mucho los ojos, visiblemente impresionado.

—Todos lo somos, en realidad, pero la mayoría tenemos demasiado miedo como para admitirlo, y nos aferramos a un poder superior como si fuésemos chiquillos asustados. Buscamos una brújula, una figura de autoridad, qué sé yo. He estado ahí, así que sé de lo que hablo. —Se encogió de hombros—. Pero la realidad es que todos estamos solos.

Nacemos solos y moriremos solos. Y más si eres un Cronomante. Cuando lo comprendes de verdad, descubres que es mejor ir por libre.

—Eso suena muy egoísta —dije, sin poder evitarlo.

James me señaló con un dedo.

—Y pragmático —añadió.

—Entonces no tienes nada que ver con la Orden —repitió Pablo, rascándose la nuca—. ¿Y cómo viajas en el tiempo?

—Bueno, pertenezco a la Orden, por supuesto. Digamos que soy un... Cronomante exiliado —rio, divertido ante su propia ocurrencia—. Sencillamente hemos cortado lazos. Sin dramas. No quiero problemas, eso es todo. ¿Y cómo viajo? Pues a través de los Artefactos, como todo el mundo. Allí donde hay anomalías, hay oportunidades, y yo adoooooro viajar. Aunque os reconozco que llevo en esta época más tiempo del que pensaba. Me fascina.

—¿Anomalías? —pregunté.

James asintió.

—Sí. Está pasando algo muy raro en Londres. Demasiados sucesos anormales, lo cual es mucho decir en una ciudad como esta, en la que suele pasar de todo un martes cualquiera —explicó tranquilamente. Después agudizó la mirada—. Pero ahora... Desapariciones a las que nadie encuentra una explicación, testimonios fuera de lo común, y... esta exposición. Hay algo que no encaja. Llevo meses estudiando en mi taller, tratando de unir los puntos. Intentando resolver el rompecabezas.

Beltrán sonrió, entusiasmado.

—¿Tienes un taller?

James arqueó una ceja y luego sonrió, señalando al niño.

—Me gusta este chico.

Pablo resopló.

—¿Un taller de qué? —pregunté, intrigada.

James giró su reloj entre los dedos.

—Digamos que siento cierta fascinación por los mecanismos del tiempo. No es solo una obsesión, es... una vocación. Trabajé con alguien en el pasado. Una mente brillante. —Su mirada se tornó nostálgica—. Ella hablaba de una pieza única, una que nunca conseguimos encontrar. Pero sé que está aquí. En Londres.

Contuve el aliento.

La Runa.

Podía ser la Runa. Tal vez Beltrán tuviera razón, después de todo, y la Runa seguía aquí, en algún lado. Pero, por supuesto, debíamos mantener la información secreta por ahora, y esperaba de todo corazón que Beltrán pudiera hacer lo mismo.

—¿Sabéis qué? Nunca pensé que un lobo solitario como yo podría decir algo así, pero... —Se detuvo, haciendo una pausa pretendidamente dramática antes de anunciar—: Creo que deberíais acompañarme al taller.

Beltrán no pudo contener un pequeño chillido de emoción. A Pablo, en cambio, no le hizo tanta gracia.

—¿Nosotros? ¿Qué pintamos nosotros en todo esto?

—Eso es precisamente lo que me gustaría averiguar —dijo, risueño—. Porque si estáis aquí, si hoy os habéis topado conmigo en un sitio como este..., no es casualidad. Al Tiempo le gusta hacer este tipo de cosas. Dejar aquí y allá piecitas de rompecabezas para que perdamos el juicio. Y, ¡oh!, a mí me encantan los puzles.

## 6 Pablo



Desde fuera, el taller de James parecía una relojería más en medio de una calle repleta de tiendas parecidas. Clerkenwell, había dicho que se llamaba su barrio, aunque estaba seguro de que lo olvidaría antes de que acabase el día.

Un escaparate mostraba un par de relojes bien colocados y un cartel decía: «Reparaciones de precisión - Encargos personalizados».

No había nada raro. Nada que llamase la atención.

Una campanilla sonó cuando entramos.

Frente a nosotros había una mesa con herramientas bien colocadas, una lupa de relojero, una vitrina llena de relojes y poco más.

—¿Este es tu taller? —pregunté, sin disimular mi decepción.

James alzó las cejas dos veces.

—Este es el escaparate. El taller está detrás.

Atravesó una cortina gruesa de terciopelo desgastado al fondo del local. Dudé un segundo, pero le seguí.

Y entonces sí, el caos se desplegó delante de nosotros. El espacio era más pequeño y mucho más desordenado. Engranajes, resortes, relojes

desarmados, lentes, herramientas, planos amarillentos. En una esquina, una cama sin hacer. En otra, un brasero apagado con una tetera encima.

—Bienvenidos a mi humilde morada —dijo James, haciendo un gesto teatral con los brazos.

Beltrán estaba fascinado. Caminaba con los ojos abiertos como platos, tocándolo todo.

—Esto es increíble —murmuró, inclinándose sobre un aparato que, al apretar una palanca, movía la cabeza como si estuviera vivo.

—Sí. Increíblemente desordenado —murmuré.

James me lanzó una mirada divertida mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba caer sobre una silla que cojeaba.

—El desorden es solo otra forma de genialidad —replicó—. A ver si os creéis que los grandes inventos nacen en despachos organizados.

Yo no estaba tan seguro de eso. Pero entonces vi los papeles clavados en la pared, y mi atención se desvió al instante. Había recortes de periódico por todas partes, pegados a las paredes, subrayados y con anotaciones propias.

«Punto de resonancia temporal».

«Eventos inexplicables».

«Fenómenos repetidos en lapsos de tres días».

Fruncí el ceño.

—¿Qué es todo esto?

—Mi obra maestra —dijo James—. Lo que está ocurriendo en Londres no es normal. Os lo dije, hay una anomalía. Una sin igual. Hay gente que desaparece y luego reaparece días después sin recordar nada. Otros no regresan jamás. Y mientras tanto, en la Gran Exposición están exhibiendo objetos que estoy casi seguro de que vienen del futuro.

Daniela cruzó los brazos.

—¿Y qué crees que está pasando?

James alzó un dedo en el aire.

—Llegaremos ahí. Pero antes de hablar de paradojas temporales, Cronomancia y desapariciones... —dijo con solemnidad fingida—, té.

Nos miró por encima del hombro y nosotros le observamos, confundidos.

—¡Oh, vamos! Estamos en Inglaterra —exclamó—. ¿Qué clase de anfitrión sería si no os ofreciera una taza de té?

Dio un par de pasos hacia atrás y se acercó a lo que parecía una cocinita, un rincón improvisado del taller con un hornillo de gas, una alacena baja y una estantería con tarros desaparejados.

Cogió una tetera de metal ya ennegrecida por el uso, la llenó de agua con precisión casi científica y la colocó sobre el hornillo. Mientras el agua comenzaba a calentarse, se dedicó a sacar varias cosas y colocarlas sobre una bandeja de madera. Mientras, Daniela y yo seguíamos mirando los recortes de periódicos en las paredes y el caos absoluto de artilugios y chatarra que había por todas partes.

—¡Ajá! —exclamó James, trayendo la bandeja consigo y depositándola en la mesa—. No es un banquete pero no está mal, ¿eh?

En la bandeja había cuatro tazas desaparejadas, la tetera, un plato con gruesas rebanadas de pan y un tarro con una barra amarillenta que hizo que me rugieran las tripas.

—¿Es mantequilla?! —El chillido de Beltrán casi me dejó sordo.

No esperó siquiera a que James le contestase y se abalanzó sobre el pan como si le fuera la vida en ello. No me extrañó. Llevaba demasiados días sin ver comida de verdad. Daniela y yo también nos apresuramos a coger una rebanada cada uno. Ni siquiera esperé a que el té estuviera listo: el pan, aunque algo seco, sabía a gloria.

—Ah... Esto —dijo James, sirviendo por fin el té en las tazas con una precisión ridícula—, esto es el combustible real de la ciencia.

Se sentó con su taza en la mano.

—Siempre sirve para pensar mejor. —Dio un sorbito—. Bien. A lo que íbamos. Están pasando cosas muy raras en Londres. Creo que se están abriendo puntos de resonancia temporales.

Beltrán ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—En el tiempo —concretó James—. Como si el tejido temporal tuviera... ¡agujeros! Por eso las desapariciones, los objetos modernos, esas cosas. El Tiempo está haciendo el loco. Pero algo debe de estar formando esos agujeros. No se formarían por sí solos.

Su voz se apagó un instante y bajó la vista. Luego sacó un cuaderno de cuero y empezó a hojearlo, sin soltar la taza.

—Hace años trabajé con alguien —murmuró, distraído—. Una mujer brillante. Inteligente como pocas. Ada Lovelace.

Daniela arqueó las cejas.

—Me suena de algo.

—¡Debería! —respondió James con una sonrisa—. Es una mujer increíble. Trabajé con ella en un proyecto fascinante. Según sus investigaciones, había un material que estaba detrás de todas las alteraciones temporales que sucedían alrededor. Si nos hacíamos con él, sus aplicaciones científicas serían inimaginables. Se lograrían cosas que parecerían imposibles.

—¿Cosas imposibles? —preguntó Beltrán—. ¿Como viajar en el tiempo?

—A voluntad —matizó James, asintiendo—. Entre otras muchas cosas. Nunca conseguimos encontrarlo, pero estoy convencido de que ese material, sea lo que sea, está relacionado con la Cronomancia.

Daniela y yo nos miramos, conscientes de lo que eso significaba.

Un material especial. Una pieza clave que permitiría viajar en el tiempo a voluntad. ¿Podría ser lo que estábamos pensando?

La Runa del Tiempo.

—¿Nos das un segundo? —dijo Daniela de repente, agarrándome del brazo y tirando de mí hacia una esquina del taller.

—¿Qué...? ¡Eh!

La seguí a regañadientes, tropezando con una caja de herramientas, mientras Beltrán y James nos miraban alejarnos. Se detuvo en un pasillo estrecho, supongo que en cuanto decidió que estábamos lo suficientemente apartados como para poder hablar sin que pudieran escucharnos.

Cuando me volví hacia ella, su cara estaba más cerca de lo que esperaba. Su mano seguía sujetándome y sus ojos, muy serios y concienzudos, se clavaban en los míos.

Tragué saliva con dificultad. Era, era... Nada, no era nada.

—Vale —susurró—. ¿Se lo decimos?

Parpadeé, intentando ignorar lo consciente que era de su proximidad.

—¿El qué? —Me aclaré la garganta—. Lo de... ¿lo de la Runa? ¿Los fragmentos de la Runa, quiero decir? ¿A James?

Daniela agitó la cabeza.

—Está como una cabra, estoy de acuerdo —murmuró—. Pero igual es uno de estos genios locos que sabe muchísimo, ¿no? Eso que dice de las desapariciones, el material del que habla, ¿no crees que puede tener que ver con la Runa?

Asentí con la cabeza, un poco aturdido.

—No podemos estar totalmente seguros de que no sea un Rastreador, eso es verdad —continuó ella, e hizo una pausa para morderse el labio superior—. Pero creo que no nos queda más remedio que confiar. Lleva meses investigando esto.

Confiar en un relojero loco que había convertido su taller en un centro de investigación lleno de conspiraciones no me hacía demasiada gracia, pero no se me ocurría una alternativa mejor.

—Vale, bien —dije al final. Ella me miró con las cejas alzadas y me sentí como cuando doña Águeda me pedía que desarrollase mi respuesta—. Que sí, que tienes razón. Vamos a contárselo.

En cuanto Daniela se separó de mí, solté el aire que ni siquiera sabía que había contenido en mis pulmones y la seguí, rascándome un codo, sintiendo de repente mis brazos como una cosa torpe y absurdamente molesta. Volvimos con James, que nos observaba claramente divertido.

—¿Ya habéis tomado una decisión o vais a seguir cuchicheando? —dijo.

Daniela ignoró su comentario y se cruzó de brazos.

—Tenemos algo que contarte.

El relojero ladeó la cabeza con curiosidad.

—Vale, bien, me gusta cómo suena eso. Os escucho.

Daniela intercambió una mirada rápida conmigo antes de hablar:

—Creemos que sabemos de qué material hablas.

James alzó las cejas.

—¿Ah, sí?

Daniela asintió.

—En el siglo XVII conocimos a un grupo de Cronomantes de la Orden. Tuvimos que evitar el asesinato de un dramaturgo. Él tenía una obra de teatro que había escrito porque no paraba de soñar con ella. Es largo de explicar, pero la conclusión... —dijo, y le tembló un poco la voz—... la conclusión es que el sueño de este dramaturgo hablaba de la existencia de una piedra que permitiría un poder sin igual. Lo llaman la Runa del Tiempo.

James dejó de jugar con su reloj.

—Es muy poderosa —continuó yo—. Con ella se podría viajar a voluntad, como dices, es decir, viajar al momento que quieras cuando quieras, como los Rastreadores con su Ánima. Pero no solo eso. También se podría viajar al futuro.

La sorpresa abrió la mandíbula de Beltrán.

—¿Al futuro?

James arrugó el ceño.

—Eso no es bueno —murmuró—. ¿Kairos sabe de su existencia?

—Ese es el problema —comenzó a decir Daniela—. Kairos lo sabe. Está intentando conseguirla para lograr viajar al futuro, que es lo único que no ha logrado todavía con su poder. Si lo consigue, su poder se extendería a todas las épocas, y entonces...

—Kairos —la interrumpió Beltrán—. He oído ese nombre.

Todos nos callamos.

—Me habla, creo —dijo despacio—. En sueños.

Sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo. Eso era malo. Muy malo. ¿Esperable, por otro lado? Si Beltrán iba a acabar convirtiéndose en Capa Escarlata, era solo cuestión de tiempo que empezase a tontear con el lado oscuro.

Ahora que lo pensaba... ¿no estaría también intentando hacerlo conmigo? Si esa pesadilla que había tenido... Si era algo más que una pesadilla, ¿podía tratarse de Kairos tratando de convencerme de unirme a su bando? Claro que no de la forma que yo siempre había pensado que los malos convencerían a otros de ser malos (poderes impresionantes, dominar el mundo y todo eso), sino..., bueno, enseñándome lo que pasaría si no lo hacía.

La imagen de Daniela cayendo de la torre se me pasó un instante por la mente y me obligué a sacarla de ahí agitando la cabeza.

—¿Quién es Kairos? —preguntó de nuevo Beltrán, viendo que todos nos habíamos quedado en silencio—. ¿Y por qué quiere la Runa?

Me mordí el carrillo por dentro, sin tener la más remota idea de cómo empezar a responder algo así.

—Es un... Cronomante muy poderoso —dijo Daniela despacio, escogiendo bien sus palabras—. Un hombre que vivió hace muchos años y que..., bueno, que quiere utilizar el poder del tiempo para su propio beneficio. Va acumulando poder poco a poco, absorbiendo los Artefactos Temporales que encuentra por ahí.

—¿Como el que toqué yo para llegar hasta aquí? —preguntó Beltrán.

Daniela asintió.

—Es un loco —resumió James con mucho menos cuidado—. Y más locos aún están sus seguidores, los Rastreadores del Tiempo. No sé si hay

algo más peligroso en este mundo que un fanático sin personalidad.

Abrí mucho los ojos, sin saber cómo reaccionar. Por supuesto, James no tenía ni idea de que el chiquillo que tenía ante sí no solo iba a ser un Rastreador, sino uno de los Rastreadores más importantes de Kairos. Estaba claro que tendríamos que contárselo en algún momento, pero no entonces. No delante de él.

—Rastreadores del Tiempo... —murmuró Beltrán, muy bajito.

Genial, le molaba el nombre.

Tuve que contener una risa nerviosa. Esto no me estaba gustando un pelo.

James apoyó los codos en la mesa.

—Y decidme —dijo—, ¿dónde está la Runa? Entiendo que Kairos no se ha hecho con ella todavía.

—La Runa está rota. —Carraspeé—. En tres fragmentos. Uno lo encontramos en el siglo XVII y nos lo llevamos a nuestro tiempo para que no pudiera encontrarlo..., pero lo perdimos.

—¿Perdisteis un trozo de la Runa? —dijo James, estupefacto—. ¿Cómo que lo perdisteis?

Daniela y yo nos tensamos.

—Digamos que... quien lo tenía desapareció —resumió Daniela, con los labios apretados.

—¿Creéis que lo tienen los Rastreadores? —preguntó James.

Yo asentí sin dudar. Daniela, en cambio, miró al suelo.

—Bueno —murmuró James—. Aún quedan dos fragmentos entonces. No está todo perdido. ¿Cómo era ese fragmento? Describídmelo.

Pablo empezó a describirlo con el mayor detalle que recordaba mientras James garabateaba en una hoja de papel, atendiendo a sus explicaciones hasta que consiguió un resultado muy parecido a la realidad.

—Así no es —dijo Beltrán, para mi sorpresa.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que no?

—He soñado con ese trozo de la Runa —le explicó a James—, y no era así. El dibujo... se cortaba en esta parte.

Beltrán se acercó al relojero y le indicó las diferencias señalando su dibujo por varias partes. James abrió mucho los ojos hasta que se hicieron redondos.

—¡Entonces era una continuación! —exclamó, mirando al niño—. ¿Es posible que hayas soñado con el segundo fragmento de la Runa, chico?

Beltrán nos observó, confuso.

—Supongo —dijo.

—Pero entonces... —murmuró Daniela—. Eso significa que el que tú has soñado no es el que se perdió con Claudio sino que es... ¿otro? ¿El fragmento de Runa que está aquí, en este tiempo, es otro?

Me di cuenta de que se sentía decepcionada. Para ella, no eran buenas noticias. Porque eso significaba que no estábamos más cerca de encontrar a Claudio. Saber que Beltrán había soñado con que la Runa estaba en Londres probablemente le había hecho creer que teníamos posibilidades de encontrarlo, pero si se trataba de otro fragmento distinto, entonces... Claudio podría estar en cualquier lado.

Ajeno a la tristeza de Daniela, James se giró bruscamente hacia Beltrán.

—¿Aquí? —le preguntó—. ¿El fragmento de Runa está aquí? ¿En el Londres de 1851?

Beltrán asintió fervientemente.

—Eso lo explica todo... —susurró James—. Un fragmento de la Runa del Tiempo, con tanta carga de Fuerza Cronomántica, podría provocar los puntos de resonancia temporales. Lo que Ada decía... tal vez era cierto, después de todo. Tal vez ese material siempre haya sido la Runa.

Me giré hacia él.

—¡Tenemos que encontrarla! —exclamó, sin darme tiempo a decir nada—. Antes que los Rastreadores. Beltrán, chico, ¿qué has soñado exactamente?

Beltrán repitió las palabras sobre su sueño, de forma prácticamente idéntica.

—Una Runa en el corazón del tiempo —rumió James tocándose la barbilla, parafraseando las últimas palabras de Beltrán como si quisiera encontrarles un significado—. En fin, supongo que le encontraremos el sentido. Están pasando cosas tan increíbles en tan poco tiempo que uno ni siquiera puede detenerse a pestañear. ¡Lo que me recuerda...!

El relojero chasqueó los dedos y rebuscó en su taller, dando vueltas sobre sí mismo como si estuviera bailando sin música.

—¡Mañana vamos a una fiesta! —exclamó al fin, extendiéndonos un papel arrugadísimo que parecía algo así como una invitación.

Queridísimo James:

Acércate este viernes a Hyde Park. La reina, en su inagotable entusiasmo por la Exposición, ha consentido en organizar una pequeña verbena popular en los jardines.

Sé que estos eventos te aburren a rabiar, pero te prometo que esta vez te interesará: un gran amigo mío va a exponer uno de esos cachivaches endiabladamente modernos que tanto te fascinan. No tiene ni idea de dónde ha salido. ¡Lo encontró sin más, abandonado en un tren!

Creo sinceramente que tienes que verlo.

Saludos cordiales,

Mrs. Fairchild

James agitó la cabeza, restándole importancia.

—Ah, es una vieja amiga benefactora. Colecciona antigüedades. Sabe que ando detrás de objetos que no encajan con nuestra época. Creo que no nos vendría mal echarle un ojo, ¿eh? —explicó vagamente. De pronto nos dedicó una amplia sonrisa—. Además, nunca habéis estado en una fiesta victoriana, ¿no? Para todo hay una primera vez.

La noche cayó sobre Londres y el taller se sumió en una penumbra intermitente, iluminada solo por las lámparas de gas. La luz parpadeaba, proyectando sombras alargadas sobre los cachivaches desperdigados por la estancia.

James había decidido que, al menos temporalmente, podíamos quedarnos todos a dormir en su taller. A pasar unos días, todos cuantos fueran necesarios hasta que encontrásemos la Runa y, bueno, teniendo en cuenta que nuestra alternativa era dormir sobre cartones en el muelle, esto estaba mucho mejor. Beltrán había comido tanto pan con mantequilla que había logrado empacharse y parecía estar viviendo la mejor noche de su vida.

La trastienda del taller era verdaderamente pequeña, incluso solo para James, por lo que estar ahí los cuatro era una auténtica locura. Afortunadamente, el relojero parecía tener soluciones para todo. Había extendido en el suelo una fila de colchones improvisados: sacos rellenos de lo que creo que eran telas y paja, que luego había cubierto con mantas gruesas que olían a viejo.

A su manera, era cómodo. O, al menos, infinitamente mejor que los cartones mojados de la noche anterior.

También había tapado la única ventana que había con una lona, reguló la lámpara de gas para que dejara apenas un resplandor y colocó en medio de la estancia uno de sus inventos: un calentador portátil hecho con una lata, una vela protegida dentro de un cilindro de cristal y una tapa de cobre perforada. Lo tenía todo pensado.

Todos se quedaron dormidos al instante.

Incluso Beltrán, que al principio parecía gimotear en sueños otra vez, había conseguido calmarse después de que Daniela le susurrara cosas al oído y le pasara la mano por el pecho en círculos una noche más. Después, se había tendido a su lado, dándome la espalda, sin decir nada.

Estábamos todos tan pegados en aquel taller tan chiquitito que yo solo podía rezar por que nadie roncase. Aunque en realidad me habría dado lo mismo: estaba muerto de sueño. Sentía mis piernas pesadas, mi estómago calmado después de haber comido por fin. Pero trataba de resistirme. Porque cuando cerraba los ojos veía su rostro.

Kairos.

Esa sonrisa que me helaba la sangre. Y algo me decía que sabía perfectamente lo que vendría después. La misma pesadilla, que cada vez me parecía menos una pesadilla. Las sombras, su fría advertencia, su intento de convencerme y... las imágenes raras: el reloj de arena, la mano envejecida, Daniela desapareciendo en la oscuridad. Cayendo de aquella torre de sombras.

Parpadeé de prisa y sacudí la cabeza. Había estado a punto de quedarme dormido.

No, no iba a jugármela a que volviera a suceder. Prefería no dormir en toda la noche si era necesario. Debía protegerme de lo que fuera que estaba ocurriendo. Me puse en pie despacio.

Crucé el taller en silencio, procurando no pisar ningún trasto de los miles que había tirados por el suelo, y me dirigí a la pequeña cocina. Encontré la tetera de metal y la incliné sobre una taza.

Quedaba té.

Bien.

Al menos tenía té.

Dejé escapar un suspiro y apoyé la frente en las palmas de mis manos. No sabía qué hacía. No podía estar despierto para siempre. No aguantaría muchas más noches sin dormir. Pero ese era un problema al que se enfrentaría el Pablo del futuro. El Pablo de esa noche no se veía preparado

para volver a tener ese sueño, fuera o no un sueño, así que, al menos por esa noche, el té iba a ser su mejor amigo.

Unos pasos suaves resonaron en el suelo de madera.

Me giré.

Daniela estaba de pie con los brazos cruzados.

—No duermes —susurró.

Negué con la cabeza y volví a dejar la taza sobre la mesa.

Daniela inclinó la cabeza, estudiándome.

—A ti te pasa algo.

Solté una risa sin ganas.

—Que no me pasa naaaada.

—Sí, claro —resopló—. Simplemente te ha despertado el aroma del té de hace dos horas y no has podido resistirte, ¿eh?

—Me has pillado —sonreí, alzando la taza a modo de brindis.

Se quedó en silencio, como si esperase que dijera algo más. Luego entornó los ojos. Su mirada curiosa, inquisitiva, la hacía parecer un gato en medio de la oscuridad.

—No quieres dormir, ¿es eso? —Hizo una pausa—. ¿Está volviendo a pasarte? ¿Es una Revelación?

La miré despacio.

Ahí venía una vez más Daniela-del-B, señoras y señores. No pensaba darse por vencida. Me mordí una sonrisa, sin poder evitarlo. Porque si algo estaba acostumbrado yo era a mentir tantas veces como fuera necesario para que me dejaran tranquilo. Podrían preguntárselo a doña Águeda.

A ver quién de los dos se cansaba antes.

—Es por la verbena —dije, y solté un gimoteo pretendidamente cómico—. ¿Tú has visto la ropa que lleva esta gente? Si me toca ponerme un trajecito de esos moriré, lo juro.

Daniela suspiró. Intentó no reírse, pero no lo consiguió.

No me creía, estaba claro, pero llegados a ese punto yo tampoco lo pretendía. Con que dejase de preguntar era suficiente. Al menos, de momento.

Se acercó un poco y, sin decir nada, se apoyó en la mesa junto a mí.

—Oye, no sé cómo puedes. Este té está malísimo —dijo al cabo de un rato.

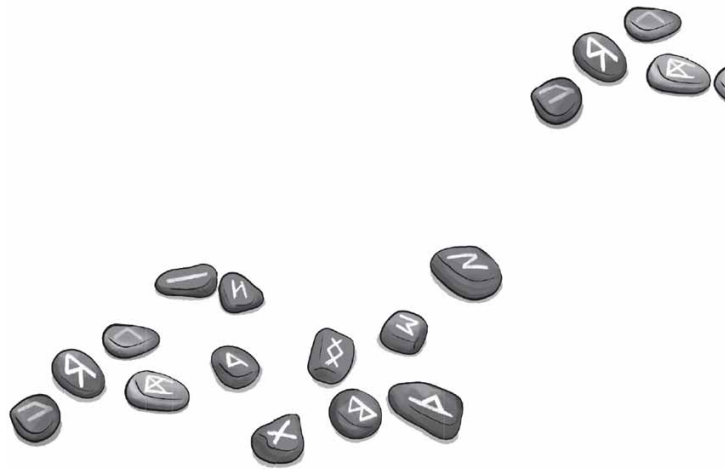
Asentí con vehemencia, dando otro sorbo largo.

—Terrible —añadí.

—No te quedes mucho despierto, anda —me dijo al oído.

Asentí de nuevo, sabiendo que con ese gesto le lanzaba una nueva mentira. No pretendía dormir en toda la noche.

## 7 Daniela



Parecía que James llevaba toda la vida preparándose para este momento. De debajo de algunas cajas llenas de objetos extrañísimos y sinsentido sacó un baúl enorme y lo arrastró con todas sus fuerzas hasta dejarlo en medio del taller.

Cuando lo abrió, dejó al descubierto una pila desordenada de prendas de todos los colores y empezó a revolverlas, rebuscando y mirádonos cada poco como si intentase adivinar nuestra talla de un vistazo.

—Esto servirá —dijo, lanzándole un pantalón a Pablo. Después un chaleco, una camisa, ¿una chaqueta? Miró a Beltrán y rebuscó aún más—. A ti a lo mejor tenemos que cogerte un poco el bajo, pero... ¡ajá!, sí, ¡este es apropiado! Parecerás un señorito de la aristocracia.

Pablo miraba su prenda con aire desconfiado.

—¿De dónde has sacado todo esto? —quiso saber.

—Bueno —contestó James, su cara hundida por completo en el baúl —, una de las claves para sobrevivir en el tiempo es saber adaptarse. He tenido que hacer muchas cosas antes de asentarme y ser relojero, aunque

lo importante... sí, veamos... tiene que ser modesto porque eres jovencita, pero... ¡Sí! ¡Perfecto!

James se incorporó y extendió con las dos manos un vestido como si acabase de encontrar un tesoro. Hasta yo contuve el aliento.

Nunca había sido de vestidos, eso estaba claro. A mí siempre me había gustado llevar camisetas anchas de películas antiguas o cosas frikis, llevar las uñas de negro, pantalones anchos, esas cosas. Salvo la anterior vez que viajamos en el tiempo, juraría que nunca en la vida me había puesto una falda.

Pero este vestido..., bueno, no se podía negar que era muy bonito.

Era de un verde agua muy muy pálido, casi blanco. Tenía un corpiño ceñido y fruncido, con mangas cortas abullonadas y un escote cuadrado rematado con una tira de encaje fino. La falda caía muy ligera, como si no pesase, hecha de capas de una tela finísima, quizá de gasa. Alrededor de la cintura tenía una cinta blanca, supuse que para cerrarla con un lazo en la espalda.

—Es *mousseline de soie* —dijo, como si eso aclarara algo. Lo miré confundida mientras me lo tendía. Él agitó la cabeza—. Una tela carísima. Te prometo que no se lo he robado a nadie. Bueno, no técnicamente.

Lo sostuve con algo de miedo. Era muy suave, pero ahora que lo tenía entre mis manos me daba cuenta de que en realidad pesaba bastante.

—Es... bonito —dije al fin, en voz baja, intentando no parecer una cursi.

Y lo era. No tenía adornos innecesarios (eso no lo habría soportado), pero el color era tan suave que una pequeña parte de mí, una que por supuesto no estaba dispuesta a admitir, estaba deseando ver cómo me quedaría un vestido así.

James parecía orgulloso.

—Modesto, pero encantador. Como debe ser. Y si alguien pregunta, eres mi sobrina de provincias —añadió, guiñándome un ojo. Luego miró a los demás—. Tú, Beltrán, serás su hermano pequeño, ¿sí? Y tú, Pablo..., mi nuevo aprendiz, por ejemplo.

Pablo todavía miraba sus prendas con algo de susto cuando dijo:

—Pero ¿vamos a tener que hablar con la gente? ¿Qué tiene que ver esto con buscar la Runa? —protestó—. ¿No íbamos a ver el objeto ese para ver si realmente viene del futuro?

James abrió las manos como si todo fuese muy fácil de comprender.

—Sí, pero para eso es importante que sepáis mezclaros sin llamar la atención, ¿no? Tenemos que investigarlo bien. No queremos que nos echen. Lo que me recuerda algo. —Irguió su cuerpo y puso los brazos en jarra—. ¿Qué sabemos sobre la época en la que estamos? Revolución Industrial, Londres, 1851, época victoriana... ¿algo?

Apreté los labios tímidamente, por miedo a decir algo que fuera una auténtica tontería. Sabía algo, claro, pero por las películas. Elena y yo habíamos visto *Orgullo y prejuicio* y habíamos jurado no confesarle a nadie que nos había gustado mucho (era una película de amor y bailes y eso, pero ¿a quién no le gusta Mr. Darcy?). Sin embargo, ni siquiera estaba segura de que fuera la misma época, así que preferí no meter la pata.

Pablo, por su parte, soltó una risita y Beltrán se rio aún más. James nos miraba, anonadado.

—¿Nada? ¿De verdad? ¿Qué os enseñan en la Orden de Cronomantes? ¿No se suponía que os preparaban para...? Oh, bueno. —Se rascó la nuca con frustración y respiró hondo—. Bueno, empecemos por ahí entonces. Estamos en Londres en 1851 y hay algunas cosas que como mínimo debéis saber. Para empezar: la reina se llama Victoria. Sobra decir que es la mujer más importante de Inglaterra, así que como mínimo debe sonaros su nombre. Es la época victoriana, lo pilláis, ¿no? Viene de Victoria por algo.

Asentí. La verdad es que me sonaba, y hasta estaba segura de que le habían puesto su nombre a una estación de tren. Pablo, en cambio, se mordía la sonrisa. No tenía ni idea, claro. Cero sorpresas.

James chasqueó los dedos antes de continuar.

—Más cosas. El té es algo así como una religión aquí —dijo—. Repetid conmigo: nunca se rechaza una taza de té. Nunca. Reuniones de negocio, funerales, bodas... Todo empieza o termina con una taza de té. Si os ofrecen una, sonreís y aceptáis. No queremos insultar a nadie. ¿Bien?

Todos asentimos, un poco aturdidos.

—Y por último... —James suspiró con emoción—, estamos en uno de los momentos más emocionantes de la historia. En 1851 el mundo está cambiando a una velocidad de vértigo. El ferrocarril, la máquina de vapor... ¡Todo es nuevo! Y Londres es... es... el corazón de ese cambio. El lugar en el que todo ocurre. Es el centro del mundo.

Hizo una pausa breve, alzando un dedo.

—Y la Gran Exposición va justo de eso. Y las fiestas como esta también —dijo—. De celebrar el futuro. La humanidad parece invencible.

Sonreí de lado, contagiada por la emoción de los ojos de James. Carraspeó y volvió el rostro hacia un lado, intentando que no notásemos que se le habían humedecido un poco.

Vaya, verdaderamente le gustaba esta época.

—Bien, con eso es suficiente por ahora. Tenéis zapatos en el baúl —continuó James—. Espero que sean de vuestras tallas y si no... aguantad el dolor, que es un ratito. Os dejo intimidad para que os cambiéis, os veo fuera.

—Tengo una pregunta —dije, antes de que cruzase la cortina que llevaba a la parte delantera del taller—. ¿Por qué de repente sabemos inglés? Entendemos perfectamente a todo el mundo, como si hablasen castellano. ¿Cómo es posible?

Llevaba con esa pregunta en el fondo de mi cabeza desde que habíamos aterrizado en Londres.

James soltó una carcajada jovial.

—Ah, otro de los grandes misterios de la Cronomancia —dijo, desapareciendo por la cortina—. ¿No es fantástico?

Hyde Park se había transformado en una fiesta. El sol de la tarde caía entre las copas de los árboles y había farolillos colgados entre las ramas que se mecían con la brisa. Algunos eran blancos, otros tenían dibujos de flores, y todos despedían una luz cálida que volvía dorado el aire.

La gente iba de un lado a otro, charlando, riendo, saludándose con inclinaciones de cabeza. Había hombres con sombrero de copa y bastón, damas con vestidos abombados de colores pastel, niños correteando con peonzas o sujetando globos redondos atados con cuerda. La verdad es que sí que se parecía a lo que había visto en las películas. Una vez más, me morí de rabia de no poder contárselo a Elena: le habría encantado.

En medio de las conversaciones y las carcajadas, una banda tocaba una melodía alegre con violines y flautas y algunos bailaban. Más allá, entre arbustos recortados, había una carpa blanca rodeada de curiosos. La gente se asomaba para ver algo que todavía no distinguíamos bien. Debía de ser ahí donde exponían los objetos demasiado modernos. Bien: ese era nuestro objetivo.

Me ajusté los guantes de encaje blanco. El vestido que James me había conseguido me ceñía bastante la cintura y no era del todo cómodo, la

verdad. Me había recogido el pelo en un moño bajo, como había aprendido de Elisa unos cuantos siglos atrás, pero no estaba segura de haberlo hecho bien ni que este estilo se ajustase a lo que llevaban ahora. En fin, tendría que valer así. Nadie te explica que cuando viajas en el tiempo tienes que saber de estas cosas. Y James..., bueno, James sabría mucho de todo, pero no parecía ser experto en peinados, no había más que ver su propio pelo.

Caminábamos despacio, intentando no llamar demasiado la atención. Pablo llevaba una camisa blanca con cuello alto, un chaleco gris oscuro abotonado y una chaqueta de lana marrón un poco grande, pero la verdad es que le sentaba bastante bien..., aunque eso no iba a decírselo ni en broma.

A su lado, Beltrán, vestido con pantalones cortos y una boina en la cabeza, iba embobado, con los ojos brillando de emoción y la boca abierta. Pasamos junto a un puesto de manzanas de caramelo. Beltrán se giró para mirarlas al menos tres veces. Al lado, un mago hacía reír a un grupo de niños.

—¿Habéis visto lo de la máquina? —decía una señora a otra, cerca de nosotros—. ¡Dicen que mueve el aire sin vapor ni viento!

—La señora Ashbourn ha traído a su sobrina —susurraba alguien más, justo detrás—. ¡Una belleza!

James iba por delante, saludando a gente que parecía conocerlo vagamente. De pronto se detuvo, se giró hacia nosotros y se agachó.

—Bien, escuchad: hay muchas normas sociales, muchísimas, en este tipo de eventos. No podría explicároslas todas en una sola tarde aunque quisiera. Aquí las familias importantes vienen a dejarse ver, a relacionarse, a emparejar a sus hijos con hijas de otras familias importantes, ¿me seguís? —Abrí mucho los ojos y asentí, abrumada—. Lo que quiero decir es que el potencial que tenéis de decir o hacer algo inadecuado es inmenso.

—Que vamos a liarla, vaya —completó Pablo, comprendiendo la situación.

—No si no habláis —nos recomendó James—. Si os hacen una pregunta, sonreís y asentís. Escucháis y ya está. A los ricos les encanta que los escuchen. Haced eso y todo irá bien. Ahora solo debo encontrar a la señora... ¡ah, señora Fairchild! ¡Qué placer verla!

Alcé la vista para encontrar a una mujer elegantísima vestida de azul lavanda con bordados plateados y un sombrero decorado con plumas que parecía a punto de salir volando. Sostenía un abanico en la otra mano, que

agitaba con la indiferencia de quien está acostumbrada a que la observen. En cambio, al descubrir a James su mirada se suavizó.

—¡James Cloclwick! —exclamó con una voz melodiosa, tan perfectamente proyectada que varias cabezas se volvieron hacia ella—. Dichosos los ojos, pensaba que jamás vendrías.

—Sabes que no me perdería una de tus invitaciones por nada del mundo, Mildred —dijo James, haciendo una reverencia exagerada.

Ella sonrió, satisfecha, y luego se inclinó apenas hacia nosotros.

—Y estos... Oh, cielo santo, ¡qué adorables acompañantes traes hoy! —Nos examinó con una calidez inesperada—. No me digas nada. Familia de provincias. Lo noto en sus caritas de asombro. Me encantan. ¿Y tú cómo te llamas, querida?

—Daniela, señora —dije, esperando no haberla liado.

¿Debería haberme inventado un nombre en inglés, como James?

Ya era tarde, en cualquier caso.

—Encantadora.

—Yo soy su hermano —se precipitó Beltrán, balanceando sus pies con impaciencia, probablemente, por irse de allí y conseguir una de esas manzanas de caramelo.

—Qué adorable criatura. Y tú —la señora miró a Pablo— pareces un jovencito de excelente salud. Espero que sepas bailar.

—¿Yo? Eh... bueno... sí, más o menos —murmuró Pablo.

Puse los ojos en blanco. ¿Dónde quedaba lo de no hablar, asentir en silencio y punto?

—Perfecto —dijo la señora Fairchild, dando un golpecito con su abanico en el brazo de James—. No sabes la cantidad de muchachas que me han dicho que esta fiesta está llena de caballeros aburridísimos. ¡Necesitamos juventud que sepa mover los pies con gracia!

James rio, siguiéndole el rollo. Pablo no dijo absolutamente nada, pero pude sentir cómo todo su cuerpo se tensaba como un palo.

—Estoy deseando ver ese cachivache endiabladamente moderno del que me hablaste —dijo James, con un tono de fingida naturalidad—. ¿Dónde lo tenéis?

—Oh, el artilugio, sí, sí. —Hizo un gesto hacia la carpa blanca al fondo del jardín—. Es una cosa rarísima, James. Un pequeño objeto que mueve el aire a voluntad, ¡sin manivela, ni vapor! Algunos dicen que es un

invento americano, pero nadie logra explicarse cómo funciona. Tal vez tú sepas arrojar algo de luz.

—¡Me fascina ya sin haberlo visto! —exclamó James, dispuesto a ir hacia la carpa.

—Pero antes... —añadió la señora Fairchild, volviéndose hacia Pablo y hacia mí con una sonrisa encantadora—, la orquesta acaba de empezar un vals, y sería de una descortesía imperdonable no estrenarlo. Los jóvenes deben bailar. Es... tradición —remarcó la palabra con la sonrisa de quien no acepta una negativa.

Abrí mucho los ojos. Pablo me miró como si acabasen de condenarnos a muerte.

—Vamos, vamos. No os hagáis los tímidos —dijo ella, divertida—. Es solo un baile. ¿Para qué habéis venido si no?

James, detrás de ella, nos lanzó una mirada que lo decía todo. Una súplica silenciosa: «Por favor, haced lo que os dice. Hacedlo por la Runa. Ya estamos cerca. Fingid un poquito y todo irá bien».

Tragué saliva.

—Sí, claro —dije, sin saber muy bien de dónde salía mi voz.

Pablo ni siquiera respondió. Le eché una mirada a su brazo y con un movimiento de cabeza le indiqué que tenía que tendérmelo. Todas las parejas estaban yendo así hacia la zona de baile, así que no era necesario ser muy espabilado para darse cuenta. Él entendió y, con torpeza, me ofreció su brazo en forma de jarra y posé mi mano suavemente sobre él.

El césped crujía bajo nuestros pasos mientras nos dirigíamos a la zona donde otras parejas se disponían para bailar. Todo el mundo parecía saber qué hacer, claro, pero nosotros no teníamos ni la más remota idea. Imitamos a los demás y nos colocamos frente a frente, justo debajo de la hilera de farolillos que delimitaba la zona de baile.

Pablo y yo nos miramos, esperando a que comenzase la música.

Esto no formaba parte del plan, pensé, deseando que un hoyo se abriese en medio de Hyde Park y me tragase la tierra.

—¿Sabes cómo se baila esto? —murmuré sin atreverme del todo a mirarle a los ojos.

—¿Tengo cara de saber cómo se baila esto? —respondió, y su voz sonó tan aguda que me hizo reír sin pretenderlo.

Entonces sí, nos miramos.

Sus ojos marrones parecían inseguros, ¿tímidos?, y juro que ver a Pablo Gutiérrez siendo tímido era lo más surrealista de toda la situación. Más surrealista incluso que viajar en el tiempo y bailar juntos en pareja en una fiesta victoriana en pleno siglo XIX. Porque si algo creía saber de Pablo Gutiérrez es que siempre lo tenía todo bajo control. Que le daba todo igual. Que se le daba bien todo y, si no, le daba lo mismo.

Y por un instante, por un instante breve e inexplicable, me di cuenta de que le preocupaba no saber bailar. Que le daba vergüenza.

Y eso me provocó un inesperado sentimiento de ternura que se me extendió en las mejillas y me hizo sonreír, muy a mi pesar.

—Creo que tienes que poner tu mano en mi cintura —susurré, señalando a la pareja de al lado.

Él los miró, después a mí y asintió, muy serio, como si estuviésemos en medio de una operación a corazón abierto y quisiera asegurarse de hacerlo todo correctamente. Una suave brisa meció los farolillos, que brillaban como luciérnagas conforme la luz de la tarde se iba apagando.

Pablo puso su mano sobre mi cintura con una suavidad inesperada.

Yo tendí mi mano derecha en el aire, indicándole que me la cogiese con su mano libre, al igual que hacían todos los demás. Él entendió y su mano, algo sudorosa, quedó en contacto con la mía.

Nos miramos de nuevo y, esta vez, la sonrisa se nos escapó a los dos. ¿Qué íbamos a hacer en cuanto sonase la música? No teníamos ni puñetera idea de bailar en general, ni muchísimo menos un vals. «No te rías o me reiré yo», quise decirle, pero estábamos demasiado cerca del resto de la gente como para poder decirlo en voz alta, así que nos limitamos a mirarnos en silencio, Pablo mordiéndose los carrillos para evitar la temida carcajada.

De pronto, la música empezó a envolvernos. Pablo me acercó un poco más la cintura, fijándose en lo que hacía el resto, y por un momento me sobresaltó estar tan cerca de su cuello. Esa calidez, su respiración agitada...

Los violines comenzaban a entonar la pieza musical, la pareja a nuestro lado giró, haciendo que la falda de ella, de una gasa tan fina como la mía, pareciese echar a volar, y entonces...

—¡Mi hijo!

El grito desgarrador se impuso al sonido de la música y todo el mundo se detuvo. La banda paró al instante y un murmullo de confusión empezó a

crecer en medio de la pista.

—¡Mi hijo! —De nuevo aquel grito. Venía de la carpa—. ¡Estaba aquí mismo!

Pablo y yo nos miramos y nos separamos de golpe. No hizo falta que dijéramos nada. Busqué a James con la mirada y lo encontré corriendo hacia la carpa.

Alguien había desaparecido. No podía ser casualidad. Estaba pasando otra vez.

## 8 Pablo



Mi cuerpo todavía estaba tenso por el intento de baile con Daniela. Todavía sentía temblar un poco mis rodillas cuando eché a correr junto a ella.

En apenas unos segundos, el ambiente relajado de la fiesta se había transformado en un griterío caótico:

—¡Otro desaparecido más! —decía alguien.

—¡Ya es el tercero en una semana!

—¡Y delante de todo el mundo, lo he visto, lo juro! —prometía una señora que se llevaba un pañuelo a la frente.

Conseguimos a duras penas abrírnos paso hacia la carpa.

El globo del niño desaparecido aún flotaba suspendido en el aire. Y detrás del globo estaba Beltrán. Pálido. Inmóvil. Como si acabara de ver un fantasma.

James estaba a su lado, con expresión sombría.

—¡Eh! —le llamó Daniela—. ¿Estás bien?

Beltrán me miró. Tenía los ojos muy abiertos.

—Se ha ido —dijo.

—¿El niño? —pregunté, acercándome también—. ¿Tú lo has visto?

Beltrán asintió, pero no dijo nada. Una madre lloraba desconsolada mientras un policía aseguraba que debía de andar por ahí, en algún lado, que seguro que estaba jugando al escondite y que lo encontrarían.

Pero James, Daniela, Beltrán y yo sabíamos que no era cierto.

El niño había desaparecido. Exactamente de la misma forma que llevaban desapareciendo varias personas en Londres en los últimos meses. Y eso era una señal inequívoca de que, efectivamente, algo estaba pasando con el tiempo.

—Un punto de resonancia temporal —susurró James, y todos asentimos. De repente frunció el ceño y se acercó a la vitrina que exponía el famoso objeto del que le había hablado la señora Fairchild—. ¿Qué es esto?

Yo también lo miré. Me acerqué despacio y aproveché el revoloteo de gritos y la confusión de la gente para cogerlo y asegurarme de que mis ojos no me engañaban.

No me lo podía creer. Ese artilugio que a todo el mundo le parecía tan fascinante era... ¿un ventilador de pilas? De esos chiquititos, de un color rosa chillón, de los que podías comprar en cualquier bazar para refrescarte la cara en verano.

Menuda tontería.

—Es imposible —susurró Daniela a mi lado—. ¡Si no hay ni electricidad en las calles! ¿Cómo va a haber ventiladores a pilas?

Por supuesto, tenía razón. Me había fijado: las farolas eran de gas, y el taller de James estaba iluminado por velas y unas lámparas muy raras que, desde luego, no estaban enchufadas a ninguna parte. Un ventilador a pilas aquí no pintaba nada. Con razón estaban flipando. Este objeto venía, efectivamente, del futuro. Literal.

Y mientras aparecían objetos del futuro, la gente seguía desapareciendo en extrañas circunstancias.

Una idea fugaz cruzó mi mente: ¿sería eso lo que le había sucedido a Claudio? ¿Estaría atrapado en algún lugar del tiempo? Por un momento pensé en la posibilidad de que le hubiera juzgado mal y su desaparición fuese una de las muchas que se estaban produciendo. Mi corazón empezó a acelerarse ante la idea, pero no tuve tiempo de decírselo a Daniela porque, antes de que consiguiera abrir la boca, ella gritó:

—¡Beltrán!

En cuanto devolví la vista al niño, comprendí el motivo del grito de Daniela. Beltrán tenía los ojos en blanco, la cabeza ligeramente echada hacia atrás.

—Beltrán... —James dio un paso hacia él, alargando su mano hacia su brazo sin atreverse a tocarlo.

Pero el niño abrió los ojos de golpe.

Y cuando habló, su voz fue apenas un susurro.

—El corazón del tiempo.

Su frase me provocó un escalofrío.

—¿Qué? —pregunté.

Beltrán no me respondió. Cerró los ojos.

Y cuando los volvió a abrir, estaban más oscuros.

—Vienen ellos —susurró.

El aire pareció congelarse a nuestro alrededor.

—¿Quiénes? —preguntó Daniela.

Beltrán tragó saliva y nos miró.

—Los que quieren encontrarme. Han venido a por mí.

El griterío de la gente se diluyó en mi cabeza. No sé si porque de verdad se callaron o porque, de pronto, yo ya no podía escucharlos. Alcé la vista hacia el lugar donde miraba Beltrán y descubrí que, entre los arbustos del parque, surgían las sombras. Figuras encapuchadas caminando despacio, sin prisa, con la calma de quien sabe que no necesita correr para atraparte.

Los Rastreadores.

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo.

¿Era posible que vinieran de verdad a por Beltrán? ¿A intentar reclutarle?

—Nos han encontrado —murmuró Daniela.

James escaneó la carpa con rapidez, sus ojos calculaban rutas de escape.

—Vámonos de aquí. Ahora.

Pero Beltrán no se movió.

En lugar de eso, agarró el brazo de Daniela, los dedos aferrándose a su vestido como un ancla.

—Me quieren a mí —dijo con la voz quebrada—. Lo sé. Lo he visto en sueños. Kairos...

Daniela le cogió la cara con ambas manos, obligándole a mirarla.

—Escúchame bien. No te van a capturar —dijo muy segura—. No nos vamos de aquí sin ti.

Sus ojos oscuros brillaban con pánico. Pero no podíamos quedarnos quietos.

Un murmullo rasgó el aire.

James dejó escapar una maldición.

—Hora de correr —dijo.

No hubo tiempo para dudas.

El aire se rompió con un susurro metálico.

A mi lado, Daniela se tambaleó. Su boca se entreabrió un instante, como si estuviera intentando hablar, pero ni siquiera pudo terminar la frase.

Beltrán dejó escapar un jadeo tembloroso. Sus ojos estaban abiertos de par en par.

Allí estaban.

Las sombras se deslizaron entre los farolillos que colgaban de las ramas. Algunos invitados se giraron, otros retrocedían. La gente empezó a murmurar, desconcertada ante un nuevo foco de confusión en una noche que ya era demasiado movidita.

—¿Qué demonios...? —farfulló un hombre.

Uno de los encapuchados levantó la mano.

—¡Vamos! —gritó James, cogiendo a Beltrán y echando a correr.

Daniela y yo los seguimos, dirigiéndonos a la salida más próxima de la carpa, una que se perdía entre los árboles del parque. Corrimos cuanto pudimos, pero enseguida me di cuenta de que Daniela, vestida con esas gasas, apenas podía seguirme. Eché un vistazo rápido hacia atrás, me acerqué a ella y le tendí la mano.

Me miró, y hubo un instante de duda fugaz en sus ojos antes de aceptarla.

Pero entonces ocurrió. Quise dar un paso y no pude, mi pie se quedó suspendido en el aire. Quise gritar, quejarme, pero por supuesto no pude. Nos habían paralizado. La mano de Daniela, igualmente fría y petrificada, seguía en contacto con la mía.

Iban a pillarnos y no podíamos hacer nada por evitarlo.

Escuchaba los pasos de los Rastreadores acercarse.

Cada vez más cerca.

Yo había conseguido conectar con la Cronomancia antes, había logrado ser muy rápido, ¿no? Eso me habían dicho. Eso había sentido. Quería sentirlo otra vez, deseaba con todas mis fuerzas saber cómo podía reactivarlo de nuevo... ¿Por qué no había un botón para cosas así? ¿Cómo era posible que en un momento como ese no tuviera ni idea de cómo hacerlo?

Si hubiese podido moverme, habría gritado furioso.

Me notaba demasiado cansado, demasiado desconcentrado como para reaccionar.

—¿Qué sentido tiene seguir huyendo? —Una voz burlona a mis espaldas me hizo hervir de rabia.

De pronto, Beltrán se giró y tiró del brazo de James, alertándole de nuestra situación. El relojero hizo un aspaviento rápido antes de meter la mano en su abrigo. Corrió hacia nosotros y sacó de su bolsillo un pequeño cilindro de bronce, con engranajes incrustados y un cristal azul incrustado en la base.

—Vamos allá —dijo.

Y lo lanzó al suelo.

*BOOM.*

Un resplandor azul estalló entre nosotros.

El aire vibró como si una cuerda invisible se hubiera tensado hasta el límite.

Y, de repente, la presión desapareció de golpe.

Daniela tropezó hacia delante como si la hubieran empujado y yo me llevé una mano al pecho, inhalando con fuerza.

El hechizo de los Rastreadores se había roto. Miré el artilugio, estupefacto.

—La ciencia y la Cronomancia hacen buena pareja —murmuró James, sacudiéndose el polvo del abrigo y echando a correr de nuevo.

Por mucho que hubiéramos conseguido burlarlos, los Rastreadores seguían cerca. Demasiado cerca.

Uno de ellos apareció de la nada, cortándonos el paso.

—¡Beltrán! —gritó Daniela.

Lo vi de reojo: su respiración entrecortada, su rostro pálido. Estaba demasiado cansado como para seguir corriendo. Daniela se sacó los zapatos y los lanzó lejos en un gesto de fastidio y, entonces sí, consiguió

correr a una velocidad considerable y alcanzó al niño. Lo agarró del brazo y tiró con todas sus fuerzas.

Justo a tiempo.

El Rastreador falló por centímetros.

Pero no estábamos a salvo.

Otro apareció delante de nosotros.

Teníamos que salir de ahí.

Nos estaban acorralando.

—¿James...? —murmuré en un hilo de voz.

Uno de los Rastreadores siseó unas palabras que empezaron a retumbar en nuestros oídos. Y mientras tanto, los arbustos que teníamos frente a nosotros y que cercaban los límites del claro empezaron a retorcerse. A crecer. Las ramas se engrosaban, las hojas se multiplicaban, los troncos se alzaban hacia el cielo como si alguien les hubiese metido prisa. En segundos, lo que antes era un jardín abierto se convirtió en una prisión oscura.

—Están bloqueando las salidas —dije entre dientes.

—Nos están cortando el paso —susurró Daniela.

James, en cambio, chasqueó la lengua.

—Estos juegos sucios no me gustan.

Nos miró unos segundos a los tres, evaluando sus posibilidades. Su ceño se había arrugado de una forma que jamás había visto. Parecía que los hombros le pesaran una barbaridad.

Los Rastreadores se acercaban y nos quedábamos sin tiempo.

Entonces, muy despacio, James respiró hondo y alzó un brazo hacia un árbol.

Entrecerrando los ojos, comenzó a murmurar unas palabras para sí, a girar los dedos. Y, mientras Daniela y yo le observábamos sin entender nada, el aire comenzó a hacerse súbitamente pesado, denso, cargado de una energía distinta a nada que hubiera sentido antes.

Incluso los Rastreadores se detuvieron, desprevenidos por esa oleada de energía inexplicable que encogía el estómago.

Entonces me fijé. El árbol, ese árbol que señalaba James, estaba cambiando. Sus hojas, al principio verdes y frondosas, se volvieron marrones. Luego negras. Empezaron a caer con un crujido ensordecedor. El tronco se retorció sobre sí mismo y perdió su color.

—¡Vamos, corred! —La voz ahogada de James a duras penas me sacó de mi aturdimiento.

Pero le hicimos caso. Echamos a correr y, antes siquiera de que pudiéramos alcanzarlo, oímos el quejido de la madera partiéndose por la mitad. Lo observé caer, inerte. Me temblaban las manos. El árbol había... había envejecido hasta morir.

Lo había hecho James.

Solo era un árbol. Pero de alguna forma era lo más terrorífico que había visto en mi vida. El hormigueo que había dejado en mi piel esa energía no se parecía a lo que me había provocado cualquier otro tipo de Cronomancia que hubiera presenciado jamás.

—Vamos —nos instó el relojero.

Y tenía razón, porque, con la caída del árbol y la confusión de los Rastreadores, se abría nuestra única vía de escape. Y teníamos que aprovecharla.

Corrimos tanto rato que dejé de sentir las plantas de los pies. No sé cómo lo consiguió Daniela descalza, o Beltrán, con esas piernas tan cortas y flacas, pero lo logramos. Dejamos Hyde Park y seguimos corriendo por las calles de Londres en medio de una noche ya cerrada, y no nos detuvimos hasta que estuvimos seguros de que hacía rato que nos habían perdido el rastro.

Recuperamos el aliento en un callejón estrecho, escondido entre edificios de ladrillo oscuro. Un gato nos observaba desde lo alto de una verja oxidada pero, aparte de él, no parecía que nadie más pudiera encontrarnos.

Beltrán todavía jadeaba, pero sus ojos brillaban, abiertos como platos.

—Ha sido alucinante —dijo entre bocanadas de aire—. Lo del árbol, digo. Lo has envejecido, ¿no? ¿Con Cronomancia? ¿Cómo lo has hecho?

James se sacudió el abrigo con gesto serio. Su sonrisa habitual había desaparecido.

—No deberías admirarlo, chico. Ni mucho menos querer aprender a hacerlo tú.

Beltrán lo miró, confuso.

—Lo que he hecho —continuó James, con voz rasgada— es una forma muy oscura de Cronomancia. Manipular la vida de algo hasta pudrirla en cuestión de segundos... no está bien. No se enseña. De hecho, las leyes de la Orden de Cronomantes lo prohíben.

Yo todavía sentía el corazón golpeando en mis costillas.

—Si lo he hecho —continuó— es porque era un caso desesperado. Pero no me siento orgulloso. Daría lo que fuera porque no hubierais tenido que presenciarlo. El árbol no merecía que tratase su vida de esa manera.

James se apoyó en la pared, dejando escapar un suspiro.

Silencio.

Nuestras respiraciones entrecortadas fueron la única respuesta.

Nadie parecía atreverse a decir nada más.

—Volvamos al taller —dijo James al cabo de un rato.

## 9 Daniela



El taller de James todavía dormía, pero yo ya no.

La luz de primera hora de la mañana entraba por la claraboya, pintando el suelo de formas irregulares, y el único sonido era el leve tictac de los relojes que James tenía repartidos por todas partes.

Paseé la mirada por la estancia, entre los miles de cacharros y un gran número de tazas de té desperdigadas aquí y allá (sospechaba que la mayoría de Pablo).

Me levanté con cuidado de no despertar a nadie y caminé entre trastos, maldiciendo a mis compañeros y su absoluto desorden, prometiéndome a mí misma que pondría fin a esta situación en cuanto se levantasen.

Pero eso sería después. Ahora necesitaba aire.

Lo que más me gustaba del taller de James era la terraza. Nos la había enseñado sin darle demasiada importancia, pero desde el primer momento había sabido que yo no tardaría en utilizarla. Se llegaba saliendo por un altillo escondido en la trastienda detrás de un biombo.

Allí arriba, entre pilas de cajas etiquetadas con cosas como «PROTOTIPOS INESTABLES» o «NO ABRIR», había una puertecita

que daba a una azotea. James la tenía absolutamente descuidada y sucia, pero las vistas al barrio eran impresionantes: los tejados de pizarra, las chimeneas humeantes...

Parecía un escondite, perfecto para desconectar un rato y estar sola.

El frío me acarició la cara al instante.

Cerré los ojos.

Todas las escenas de la noche anterior, huyendo por Hyde Park, vinieron a mi cabeza de golpe. Los Rastreadores viniendo a por Beltrán. Si no llega a ser por James...

Un ruido a mis espaldas me sobresaltó y me hizo girarme de golpe.

Era Pablo.

Sacó la mitad de su cuerpo por la puertecita y cogió impulso para sentarse a mi lado. Inmediatamente se abrazó a sí mismo para protegerse del frío, echando un vistazo a su alrededor como si estuviera evaluando si merecía la pena haber hecho el esfuerzo de subir.

—¿Qué haces aquí arriba? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Solo quería estar sola un rato.

—Vaya, qué raro. —Pablo soltó una risita—. Con lo que te gusta la gente.

Puse los ojos en blanco.

—Ah, discúlpeme, Mr. Popularidad.

Él sonrió, pero para mi sorpresa no me devolvió la burla.

—Ahora en serio, si prefieres me voy. Te dejo sola y eso, que sé que es... —hizo una pausa, buscando las palabras—... tu rollo.

Su comentario me hizo reír.

¿Mi rollo? No lo había pensado. No imaginé que tener escasa batería social y necesitar huir de la gente fuera un «rollo». Hasta donde tenía entendido, era un defecto, un sello de identidad que me colocaba para siempre la etiqueta de «la rara de la clase».

Negué con la cabeza.

—No, no te preocupes —dije.

Nos quedamos en silencio, observando cómo el barrio seguía despertando ante nosotros. La brisa me despeinaba y sentía el frío en la punta de la nariz.

Pablo habló primero.

—Oye, lo de anoche.

No especificó más.

—¿Hm?

—No sé si fue buena idea decirle *eso* a Beltrán.

Tardé un segundo en responder.

—¿El qué?

Pablo giró la cabeza hacia mí.

—Que lo protegeríamos. Que no nos iríamos sin él y todo eso.

—Bueno, lo hicimos, ¿no? —respondí—. Conseguimos evitar que se lo llevaran.

Él soltó un suspiro por la nariz.

—Ya, pero... tarde o temprano...

—Es solo un niño, Pablo.

Me miró fijamente.

—No es *solo* un niño, Daniela.

No respondí.

Pablo golpeó el suelo con el talón.

—Es Capa Escarlata —susurró, como si necesitase asegurarse de que no se me había olvidado—. Será Capa Escarlata.

Me obligué a tragar saliva. Sentía la garganta súbitamente seca. Me rasqué la nuca, obligándome a pensar si merecía o no la pena decir en voz alta algo que llevaba ya unos días rondándome por la cabeza.

—¿Y si no? —Las palabras salieron de mi boca para mi propia sorpresa.

Pablo también abrió mucho los ojos. Me apresuré a explicarme.

—Sé que se supone que será... él. —Hice una pausa. No entendía por qué no me sentía capaz de llamarlo por su nombre—. Y sí, está claro que los Rastreadores lo están buscando. Me quedó claro ayer. Y sé que Kairos habla con él en sueños y todo eso. No soy tonta, sé que quieren reclutarlo. Pero ¿y si pudiéramos evitarlo? Ahora estamos aquí, ¿no? Nos ha conocido. ¿Y si eso cambia las cosas?

Pablo devolvió la mirada al horizonte.

—No lo sé. —Se pasó una mano por el pelo, despeinándose aún más—. No tengo ni idea de cómo funciona esto, la verdad. Sin embargo, creo que hay cosas... que son como son, no sé. Que tienen que ser así.

—Pero no lo sabes de verdad —rebatí—. Acuérdate de Félix de Almagro. Elisa vio su muerte, ¿no? Y nosotros la evitamos. Cambiamos las cosas y conseguimos evitarlo. Y además... además yo puedo rebobinar

el tiempo, ¿no? Es mi poder, o al menos... eso es lo que me dijeron. ¿Cómo sabemos que no puedo utilizarlo para evitar cosas? ¿Para deshacer los errores?

Él me miró de nuevo. No supe entender por qué, pero me pareció que su mirada se ensombreció un poco. Como si hubiera algo más. Algo que no me estuviera contando.

Tragó saliva, clavando su mirada en el suelo.

—No puedes salvar a todo el mundo, Daniela.

La forma en que me habló me impresionó. No estaba acostumbrada a ver a Pablo Gutiérrez hablando tan en serio.

—No es todo el mundo —susurré—. Es Beltrán.

El viento sopló entre los dos y, por un momento, sentí el peso de nuestra conversación colgando en el aire.

Pablo me sostuvo la mirada unos segundos más de lo necesario. Después, sonrió.

—A veces se me olvida lo mucho que confías en la gente. Es... una idea malísima casi siempre, creo. —Soltó algo parecido a una risa suave, pero se detuvo—. Aunque al mismo tiempo... creo que es bonito.

No supe qué responder a eso. Lo miré, conmovida, desconcertada por ese arranque de vulnerabilidad tan impropio de él y sorprendida, también, por la reacción que había provocado en mí.

Pero antes de que pudiera pensar en la reacción más adecuada o en cómo estar a la altura de algo así, un grito desde abajo nos cortó el momento en seco.

—¡Bajad!

Era James.

Pablo y yo nos miramos antes de levantarnos de golpe. Bajamos del altillo a toda prisa, atravesando la puertecita con torpeza. James estaba de pie junto a la puerta que daba a la calle, con una expresión de alarma que pocas veces le había visto.

—Hay alguien ahí fuera —dijo.

Me adelanté a Pablo y a James, y crucé la estancia hasta la puerta abierta.

Mi corazón se detuvo.

Alguien estaba en el suelo, encorvado contra la pared.

Tardé un segundo en reconocer la silueta, y cuando lo hice, sentí un vértigo tan repentino que tuve que sujetarme al marco.

No podía ser.

Pero lo era.

¿Lo era?

El chico estaba cubierto de suciedad, con la camisa desgarrada y sangre empapando la tela a la altura del cuello. Parecía haber llegado arrastrándose, con los labios partidos y los ojos verdes vidriosos de dolor.

—Claudio.

Mi voz salió en un hilo.

No me di cuenta de que ya estaba corriendo hasta que estuve arrodillada a su lado. Ni siquiera me había calzado, así que mis calcetines se empaparon por el suelo humedecido. Le toqué la cara.

—Eh. Eh, Claudio, mírame.

Su pecho subía y bajaba con dificultad. Intentó levantar la cabeza y me miró.

Sonrió.

—Daniela.

Y luego se desplomó.

## 10 Daniela



Claudio no se movía.

Mi corazón martilleaba mientras lo zarandeaba por los hombros, intentando que abriera los ojos.

—Claudio —susurré, inclinándome sobre él—. Claudio, por favor, dime algo.

Nada.

Su piel estaba helada al tacto y el sudor perlaba su frente, mezclándose con la suciedad y la sangre seca que le cubría el rostro. Pero al menos respiraba.

—¿Está... vivo? —La voz de Pablo me sonó como si viniera de un lugar muy muy lejano. Ni siquiera me había dado cuenta de en qué momento se había sentado a mi lado.

—Sí, pero está perdiendo mucha sangre —dije con la voz ahogada—. Tenemos que llevarle dentro.

James ya se había puesto en acción. Se agachó junto a nosotros y tanteó el pulso en el cuello de Claudio.

—Por lo que veo, ha tenido una noche terrible —murmuró—. Ayúdame a moverlo.

Pablo y James se encargaron de cargar con él. Yo los guie al interior del taller, apartando trastos de la mesa de trabajo de James con un manotazo. Lo acomodaron con cuidado, pero Claudio apenas reaccionó.

—¿Qué le ha pasado? —Beltrán se acercó con cautela, los ojos abiertos como platos.

Yo no tenía respuesta. No tenía ni idea de lo que le había pasado, y el mero hecho de pensarlo hacía que me temblasen las manos y tuviera ganas de vomitar.

¿Quién le había hecho eso? ¿Y por qué?

James se inclinó sobre Claudio y rasgó un poco más el cuello de su camiseta.

—Dios —murmuró—. Tiene una herida profunda. Si no hacemos algo pronto...

No terminó la frase. No hacía falta.

La tela estaba pegada a su piel por la sangre seca y fresca a la vez. Había un corte largo en su costado derecho, de bordes irregulares y carne enrojecida.

De nuevo, mi estómago decidió amenazar con el vómito. Respiré rápidamente, sintiendo que la habitación daba vueltas a mi alrededor.

—¿C-cómo...? ¿Qué...? —balbuceé. Me temblaba la voz—. ¿Qué hacemos?

James chasqueó la lengua.

—Podemos intentar detener la hemorragia. Tengo vendajes y alcohol, pero dudo mucho que sea suficiente. Debería verlo un médico.

Un médico. Claro. Sí. Pero ¿un médico aquí? ¿Cómo funcionaba la medicina en el Londres del siglo XIX? ¿Había ambulancias? No tenía ni idea de nada, y desde luego no teníamos tiempo de averiguarlo.

Sentí que las lágrimas se me agolpaban en los ojos.

No podíamos perderlo.

Acabábamos de encontrarlo. Había vuelto con nosotros. No nos había traicionado, Pablo se equivocaba. ¡Casi había estado a punto de pensar que de verdad nos había traicionado, y ahora...!

Algo me ardía en el pecho.

Mis manos estaban apoyadas en la mesa, a los lados del cuerpo de Claudio. Apenas era consciente de que me inclinaba hacia él, de que mis

dedos se acercaban a su herida, temblorosos.

Tenía que hacer algo.

Fue un impulso. Un pensamiento desesperado. Un deseo irrefrenable de retroceder en el tiempo, de deshacer los errores, como le decía a Pablo hacía apenas unos minutos. De devolver su cuerpo a su estado original.

Cerré los ojos y sentí como una fuente de calor surgía desde dentro de mí. Mi respiración estaba tan agitada que estaba empezando a marearme otra vez, así que traté de relajarme. Tenía que relajarme. De lo contrario, no lo conseguiría. Respiré por la nariz y solté el aire por la boca. Muy despacio. Lo repetí varias veces. Notaba las miradas de Pablo, James y Beltrán clavadas en mí, aunque nada de eso importaba ahora. Mis dedos tocaban la carne de Claudio y sabían lo que tenían que hacer.

Lo había hecho muchas veces antes.

Había retrocedido objetos, momentos. Aunque nunca había retrocedido algo vivo, de alguna forma sentía que no podía ser muy diferente. Eso sin tener en cuenta el pánico que me atravesaba el cuerpo al pensar que la vida de otra persona estaba literalmente en mis manos.

Cerré los ojos.

«Puedes hacerlo, Daniela».

De pronto, el calor de mis manos se extendió sobre la piel herida de Claudio, sobre la carne abierta. Con los ojos cerrados, empecé a ver su cuerpo herido. A sentirlo debajo de mis dedos. Visualicé el corte, la profundidad a la que llegaba. Y, de algún modo, lo entendí: ese corte no siempre estuvo ahí. Hubo un tiempo en que ese corte no existía. Tan solo debía llegar a ese tiempo.

Poco a poco, bajo mis dedos, sentí los tejidos moviéndose en sentido inverso, la carne juntándose, las fibras reparándose, la piel regenerándose hasta cerrarse por completo. Todo volvía a su sitio, con la misma naturalidad con la que las manillas de un reloj retroceden hasta encontrar el momento correcto.

Escuché un jadeo.

Abrí los ojos y me encontré con los de Claudio.

—Daniela... —susurró él, con voz débil.

No me di cuenta de lo que había hecho hasta que fue demasiado tarde.

Claudio levantó una mano temblorosa y me la llevó a la mejilla.

—Eres alucinante —murmuró.

Mi respiración se entrecortó.

Su piel aún estaba fría, pero estaba vivo. Vivo. Y comprobarlo con ese gesto me hizo sentir que el suelo temblaba bajo mis pies. Me miraba con una mezcla de fascinación y una expresión de calidez que no sabía comprender del todo. Qué importaba en ese momento. Y yo... yo... Solo cuando saboreé en los labios una lágrima salada supe que estaba llorando.

Un resoplido sarcástico me sacó del trance. Me volví lo justo para descubrir que Pablo se había cruzado de brazos, con los hombros tensos y la mandíbula apretada. Pero no tuve tiempo de analizarlo. Y aunque lo hubiera tenido, dudo mucho que hubiese logrado entender nada, ni su reacción, ni la mirada de Claudio, ni la de Beltrán, ni absolutamente nada de lo que sucedía a mi alrededor. Porque mi cabeza daba vueltas y vueltas como si acabase de bajarse de un barco, los rastros de Cronomancia todavía palpitando en las yemas de mis dedos, mi corazón latiendo desbocado.

—¡Ja! —exclamó James con felicidad, justo antes de abrazarme con tanto ímpetu que estuvo a punto de tirarme al suelo—. ¡Increíble! ¡Menudo ejercicio de Cronomancia, chica! ¡Nunca había visto algo así!

—Yo tampoco... —susurró Beltrán, con los ojos brillantes—. Daniela, ¿cómo has hecho eso?

Ni siquiera yo tenía respuesta.

Solo me importaba una cosa: Claudio había vuelto. Me giré hacia él, aún aturdida.

—¿Dónde...? —empezó a decir. Su voz era un hilo rasposo. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo—. ¿Dónde estoy?

—En el taller de James —respondí rápidamente—. Es un Cronomante. Un Cronomante exiliado. Nos está ayudando a..., bueno, eso no importa ahora.

—Un placer —dijo nuestro amigo, haciendo un gesto jovial.

Claudio volvió la cabeza en su dirección y frunció el ceño, como si acabara de notar su presencia por primera vez. Su confusión era palpable.

Y luego miró a Beltrán.

Su rostro cambió por completo.

La tensión se acumuló en sus facciones, en su espalda aún débil, en su aliento entrecortado. Se irguió de golpe, como si una descarga le hubiera recorrido la columna, y después me miró a mí.

—¿Es...? —Su voz pareció un susurro asustado.

Estaba claro que lo había reconocido.

Sus ojos estaban cargados de preguntas que no podía hacer en voz alta. No podíamos hablar de ello. No aquí. No ahora. Ni muchísimo menos delante de Beltrán.

Le sostuve la mirada y negué apenas con la cabeza, con la misma sutileza con la que uno desliza un mensaje escrito bajo una mesa: «Tranquilo. Ya hablaremos», quise decirle. Beltrán, mientras tanto, observaba confundido, sin entender su reacción.

Suspiré y llevé mi mano a la de Claudio, como si todavía no pudiera creerme que fuera él, que hubiese vuelto con nosotros.

—¿Estás bien? —le dije—. ¿Qué te ha pasado?

Escuché un bufido a mis espaldas.

—¿Que qué le ha pasado? —Era Pablo—. Yo creo que es bastante evidente, ¿no?

—¡Pablo! —exclamé.

¿Claudio se había presentado malherido y eso era lo primero que iba a hacer? ¿Acusarlo sin darle tiempo a explicarse? Pablo extendió los brazos.

—Bueno, primero desaparece, justo cuando lleva la piedra, y unos días después va y aparece juuusto en el taller en el que estamos. Conveniente, ¿no? —ironizó, y esta vez se dirigió directamente a Claudio—. Has estado con los Rastreadores. Eres uno de ellos.

—¡Pablo, vale ya! —volví a exclamar, sin poder creerme lo que escuchaba. Beltrán y James los observaban a ambos con los ojos como sandías.

—Niégalo —le retó Pablo, ignorándome—. Vamos, di que es mentira. Dilo.

Claudio apretó las mandíbulas antes de responder.

—No puedo. —Esta vez fui yo quien sentí que algo se me clavaba entre las costillas—. Pablo dice la verdad. He estado con los Rastreadores.

No encontré la fuerza para responder.

Tuve que apoyarme en la mesa y me aferré a ella, temiendo caerme.

Creo que Pablo dijo algo más. Un «lo sabía» o un «te lo dije», o alguna expresión que rebotó en algún lugar muy lejano de la habitación. Pero yo no lo escuché. Yo solo miré al suelo hasta poder reunir fuerzas para volver a mirar a Claudio a los ojos.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

Él entreabrió los labios, pero vaciló.

—¿Desde cuándo? —repetí, ahora más cortante. Se estaba pensando demasiado la respuesta.

Esta vez fue James quien se acercó a él y le levantó la camiseta ensangrentada. Claudio no forcejeó. Se limitó a dejarse hacer, aunque con la vista en el suelo. Yo no entendí lo que estaba haciendo hasta que lo vi.

Me llevé una mano a la boca. En su costado había un pequeño tatuaje de color negro, que subía serpenteante haciendo formas que había visto antes.

—¿Qué es eso? —preguntó Beltrán con curiosidad.

—El Ánima —escupió Pablo—. La marca de los Rastreadores.

James suspiró.

—Cuanto más grande es la marca, más viajes ilícitos ha hecho y... mayor es su poder en la organización —dijo, dejando caer la camiseta con un gesto de decepción—. Lleva por lo menos dos años con ellos.

No me lo podía creer.

Me parecía estar viviendo una película de alguien que no era yo.

Claudio había sido mi amigo. Mi único confidente estos últimos meses, ahora que no podía contarle a Elena nada que tuviera que ver con viajes en el tiempo.

Me había mentado.

—Nuestro primer viaje... todo lo que hemos hablado tú y yo... desde el principio... —murmuré.

—Daniela —suplicó Claudio, pero le ignoré.

—¡Nos encontraron enseguida! —gritó Pablo—. En cuanto dimos con el primer fragmento de Runa del Tiempo, los Rastreadores nos encontraron. ¡Qué casualidad, ¿eh?!

—Fuiste tú... —conseguí decir, con un hilo de voz.

Claudio cerró los ojos antes de decir.

—Os lo puedo explicar.

Pablo se echó a reír, sin rastro de humor.

—¿Ah, sí?

Miré a Pablo, suplicándole con la mirada que aflojara la presión. Nadie mejor que yo entendía lo traicionado que debía de sentirse, ¡yo también me sentía traicionada!, pero quería escucharle. Una parte de mí, una parte pequeña y probablemente estúpida, seguía convencida de que tenía que haber alguna explicación.

Pablo resopló, negando con la cabeza. Yo volví a mirar a Claudio, instándole a continuar.

—Conocí a los Rastreadores hace bastante, en un momento... muy difícil de mi vida —dijo Claudio, con la vista fija en sus manos—. Estuvieron detrás de mí un tiempo, buscándome, intentando...

—¿Que te unieras? —dijo Beltrán en voz baja.

Claudio asintió y el niño pareció comprender.

—Al principio no quería, me daba miedo, todo el rollo ese que contaban de Kairos y del manejo del tiempo... —Claudio agitó la cabeza—. Pero tenéis que entender que yo no conocía la Orden de Cronomantes. Todo lo que conocía era a ellos. No sabía... no conocía a nadie más que tuviera el mismo poder que yo. Y me prometieron...

Se quedó callado de golpe.

—¿Qué? —espetó Pablo, impaciente.

—Cambiar algo del pasado. Recuperar a alguien a quien perdí.

Pablo bufó, irónico. Claudio cerró los ojos unos instantes.

—Mi hermana murió cuando tenía cinco años. —Lo dijo muy deprisa y sin respirar, como si llevase un tiempo sosteniendo el peso de esa frase. Agotado, abrió los ojos de nuevo—. Y fue por mi culpa.

El peso de lo que acababa de decir hizo que todos callásemos. Incluso Pablo. Las preguntas empezaron a formarse en mis labios entreabiertos, pero me vi incapaz de decir nada. ¿Por su culpa? ¿Cómo que por su culpa?

Su respiración sonó entrecortada antes de que volviese a hablar.

—Yo estaba... estábamos en el parque. Era un día normal, no... —Carraspeó. Tenía la vista fija en las rodillas, como si no se atreviese a mirarnos a la cara—. Estábamos jugando a fútbol. Con mis amigos. Ella era más pequeña que yo, pero se empeñaba en jugar y a mí... me... me molestaba. Supongo que quería que se cansase y que se fuera un rato con mis padres. No lo pensé. Tiré la pelota demasiado lejos. No lo pensé. No pensé en la carretera, en los coches, no...

Conforme hablaba, se me había ido formando un nudo en el estómago, que amenazó con hacerme vomitar. No hacía falta que continuase: la habían atropellado. Su hermana había corrido hacia esa pelota.

—Cielo santo, chico. —La voz de James fue apenas un susurro. Claudio se sorbió la nariz—. Pero no puedes pensar que algo así fuera tu culpa. Fue un accidente, ¿cuántos años tenías tú? ¿Siete, ocho...?

Claudio levantó la mirada por fin, clavándosela a James con una rabia inesperada. Solo entonces descubrí que sus ojos estaban húmedos.

—Si yo no hubiera lanzado esa pelota mi hermana seguiría viva —rebatió Claudio con voz áspera—. Fin de la historia. Es mi culpa. He vivido con eso toda la vida y voy a tener que hacerlo hasta el día que me muera. No sabéis la cantidad de veces que he... repasado ese puñetero día. Una y otra vez. La patada que le di a la pelota, la carretera, ese... ese maldito coche. Deseando poder hacer algo por cambiarlo, deseando... —Hizo una pausa. Su pecho subía y bajaba con rapidez y una lágrima cayó por su mejilla, pero se la limpió con rapidez—. Por eso, cuando los Rastreadores vinieron a mí...

Me llevé la mano a los labios cuando empecé a comprender.

—Te dijeron que podrías evitarlo —susurré.

Mi mente trabajaba a toda velocidad. ¿De verdad habían sido tan ruines de buscar a un niño con un sentimiento de culpabilidad tan tremendo para reclutar a un nuevo Rastreador? ¿De verdad habían sido capaces de prometerle evitar la muerte de su hermana? Era horrible. ¡Era espantoso!

Mi corazón se debatía. Sentía una profunda lástima por ese niño que fue Claudio, perdido y roto de dolor, que encontró en los Rastreadores la única vía de escape para enmendar un error así. Al mismo tiempo, la sombra de su traición seguía ahí, demasiado presente como para ignorarla. Me había mentido durante meses. Sin pestañear. ¿Debía creerle ahora?

—Solo tenía que darles la Runa —me contestó Claudio, mirándome directamente.

Tragué saliva.

—Pues misión cumplida, ¿no? —La firme voz de Pablo me sobresaltó. Su tono permanecía implacable—. Porque se la has dado, ¿no? No te veo con la Runa de vuelta.

—No tenía otro remedio.

Pablo soltó una carcajada incrédula. Lo miré, impactada por su frialdad.

—Yo creo que sí, fíjate. —Se pasó una mano por el pelo con brusquedad—. Llevas mintiéndonos desde el principio. A mí, a Daniela, a la Orden... No te preocupa nadie. Te damos... ¡es que te damos totalmente igual! Cuando a Daniela la capturó Capa Escar...

—¡Pablo! —grité, mirando a Beltrán, y conseguí que se detuviera, aunque solo por un instante.

Nos miró a los dos, comprendiendo lo que había estado a punto de decir, y replanteó sus palabras. Sus mejillas estaban rojas de rabia.

—Cuando la capturaron —se corrigió—, ¿no te paraste a pensar ni un poquito: «Uy, esto que estoy haciendo igual no está bien»? ¿No sientes ningún remordimiento?

—¡Claro que sí! —espetó Claudio, alzando la voz por primera vez—. Cada puñetero día que pasé con vosotros en el siglo xvii. Cada día desde que volví. Cada maldito día. Creedme, no tenéis ni idea de lo que es vivir así. Pero era mi hermana. Mi hermana. Y era el precio que yo debía pagar después de haber hecho que... No espero que lo entendáis. ¡Y de todas formas...! Me mintieron, ¿vale?, me engañaron, así que qué más da. En cuanto les entregué la Runa, bueno... —Se señaló a sí mismo—. Ya lo habéis visto. Se deshicieron de mí. Todo lo que me dijeron era mentira. He aprendido la lección.

James lo miraba con los brazos cruzados.

—Hay algo que no entiendo —dijo el relojero—. ¿Cómo has acabado aquí? No puede ser casualidad que hayas aparecido justo enfrente de mi taller.

Pablo le señaló y chasqueó los dedos, y a mí no me quedó más remedio que darles la razón. Eso no tenía ningún sentido.

—Claro que no es casualidad —respondió Claudio—. No tenía ni idea de lo que harían conmigo, pero supongo que si he acabado aquí es porque querían que lo vierais. Porque esperaban que moriría en vuestros brazos o algo así. Supongo que es una especie de mensaje. Para que no os metáis donde no os llaman.

—Qué horror —murmuré.

James se rascaba la barbilla, estudiando la posibilidad. Beltrán había abierto mucho los ojos, impresionado. Pablo, en cambio, negó enérgicamente con la cabeza, con una sonrisa que tenía de todo menos sentido del humor.

—Y todavía pretenderá que le creamos —dijo.

Mis pulmones se encogieron.

Claudio bajó la cabeza.

—No pretendo nada —susurró.

Esta vez nadie le contestó.

Claudio levantó la vista y me miró directamente.

—Chicos, no tengo derecho a pedir vuestra confianza —dijo con un hilo de voz—. Lo que hice... no puedo justificarlo. Pero nunca quise haceros daño. Lo siento.

Yo sentía una extraña mezcla de emociones. La traición aún ardía, pero a la vez... verle ahí, maltrecho, derrotado, roto, hacía que todo fuera más difícil. ¿Qué habría hecho yo si me hubieran coaccionado con algo tan tremendo? ¿Habría logrado ser fuerte? ¿No me habría visto tentada a traicionar a dos desconocidos a cambio de poder enmendar el peor error de mi vida? Porque es lo que éramos al principio, a fin de cuentas: desconocidos. ¿No lo habría hecho yo?

Me dolía la cabeza.

—No... —Pablo dejó caer los hombros—. No me creo una sola palabra. Lo siento. ¿Cómo sabemos que no sigues con ellos?

Claudio nos miró a los dos, con expresión suplicante.

—No tengo ninguna forma de convencerlos —susurró—. Escuchad, si queréis que me vaya... lo entiendo perfectamente. He perdido por completo el derecho a que confiéis en mí. Me iré y ya está.

Se hizo un silencio denso. Beltrán me miró, James se rascaba la barbilla y soltaba un silbidito, y Pablo... En fin, Pablo tenía todo su cuerpo en tensión, con los brazos cruzados contra su pecho. Respiré profundamente, pensando en qué hacer.

—Bueno, no podemos dejarle en la calle... —dije en voz baja.

Pablo dejó escapar un resoplido y se dio la vuelta bruscamente.

—Ya me lo imaginaba —murmuró.

—Pablo... —empecé a decir, pero él ya estaba alejándose.

—Ahora no —me cortó.

Sin decir nada más, salió del taller, empujando la puerta con fuerza.

## 11 Pablo



Un día más en que me despertaba habiendo dormido una maravilla de... ¿dos horas?

Como mucho. Y no seguidas, claro.

Se avecinaba otro día fantástico en el que, con suerte, conseguiría no desmayarme por el agotamiento.

Llevaba tanta teína en el cuerpo que empezaba a sentirme físicamente enfermo. Y aun así, sinceramente, seguía siendo mejor que dormir.

Porque cuando me dormía de verdad, las imágenes volvían como una maldita función de teatro en bucle: Kairos, sus amenazas, el reloj, la mano, Daniela cayendo. Siempre cayendo.

Había intentado dormir. De verdad que sí. Pero en cuanto me relajaba lo suficiente como para dejarme llevar, las imágenes me atrapaban con tanta fuerza que me despertaban de golpe, con la garganta seca y el corazón latiéndome en los oídos.

Suspiré y dejé la taza de té frío sobre la mesa con un golpe sordo. Me pasé las manos por la cara en un intento inútil de despejarme. Me dolía todo. El cuello, los hombros, la cabeza. Tenía el cuerpo tan tenso que si

alguien me hubiera empujado, me habría desmoronado como un castillo de naipes.

Un pensamiento fugaz me atravesó la mente. ¿Sería por eso por lo que no había conseguido usar la Cronomancia en el parque? Estaba demasiado cansado como para pensar con claridad. ¿Podría afectar a mi poder?

Y, de repente, una risa.

Levanté la vista. Daniela y Claudio estaban junto a una de las estanterías del taller, hojeando un libro polvoriento. Daniela le dijo algo en voz baja, él sonrió y comentó algo sobre James que a ella por lo visto le pareció divertidísimo.

Ah, estupendo. Genial. Perfecto.

Me obligué a apartar la mirada.

No podía entenderlo. Tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado. La gran pregunta, esa que me provocaba una punzada molesta en el pecho, era por qué Daniela no parecía enfadada en absoluto. Estaban hablando como si Claudio se hubiera ido a hacer un *tour* por el centro de Londres y hubiese vuelto, ¡no como si nos hubiera traicionado con los Rastreadores y nos hubiera robado la puñetera Runa!

¿Por qué no lo veía?

Ah, no, pero seguramente era yo el que estaba exagerando. Daniela me miraba con *esa* mirada. Esa misma mirada que me dirigió cuando le advertí que igual encariñarse de Beltrán no era la mejor idea de su vida. Esa mirada que parecía decir «Soy más madura que tú, Pablo, ya lo entenderás cuando seas mayor».

Bien, pues sería un inmaduro, pero estaba empezando a estar hasta las narices de poner buena cara. Si por mí fuera, Claudio habría dormido en la calle. Bien lejos. Después de todo lo que nos había hecho, si no conseguía volver a casa no era mi problema. ¿Que los Rastreadores lo habían traicionado? Es lo que pasa cuando te juntas con ratas.

Exhalé con brusquedad y me levanté de golpe, empujando la silla con más fuerza de la necesaria.

Fui hasta la cocina y rebusqué entre las tazas sucias alguna que no pareciera haber sido utilizada en un experimento fallido de alquimia. Encontré una a medio limpiar y volví a servirme.

—¿Más té?

Me sobresalté lo justo para derramar algo de líquido en la encimera. Me giré con el ceño fruncido, pero, al ver que solo era Beltrán, dejé

escapar un suspiro.

—¿Tú no eres un poco joven para regañarme? —murmuré, agarrando un trapo y limpiando el desastre.

Beltrán se encogió de hombros y se apoyó en la mesa, mientras me observaba con los ojos muy abiertos.

—Si me da igual. Pero es que a mí no me gusta. Está muy amargo. —Hizo una mueca de asco exagerada—. ¿Y no es malo para dormir? Igual por eso no duermes. Tienes cara de cansado.

Ignoré la pregunta y di un sorbo al té. Malísima idea. Estaba frío y empezaba a tener un sabor raro que no me gustaba ni un pelo. Tendría que hacer más. Pero no tenía ni idea de cómo funcionaban los fuegos. Había demasiados cacharros y me daba la sensación de que con un solo movimiento en falso podríamos salir todos volando por los aires.

—A mí también me cuesta dormir —continuó Beltrán, jugueteando con una cucharilla—. O sea, duermo, pero...

Le lancé una mirada de reojo.

—Pesadillas, ¿eh?

Él asintió lentamente.

—Bueno. No sé si son pesadillas... No siempre dan miedo. A veces simplemente... —se detuvo—, hablamos.

Tragué saliva. Sabía perfectamente a quién se refería.

Pero por mucho que lo supiera, mi estómago se encogió. Para mí era terrorífico. No podía imaginar lo que sería para un niño. Además, sabiendo en quién se convertiría Beltrán, me imaginaba que Kairos estaría siendo particularmente persistente. Y lo más preocupante de todo era que no le diera miedo hablar con él. Que no le pareciera una pesadilla.

Llegados a ese punto, no sabía qué quería saber y qué no. Si era inevitable... ¿tenía sentido? Tampoco sabía qué debía decirle y si algo de lo que hiciera o dijese yo podría acabar en manos equivocadas. Todo lo que concernía a Beltrán me provocaba un auténtico dolor de cabeza, a decir verdad. Y ese día yo ya partía de uno bien grande, gracias.

Pero quedarme callado no sirvió para evitarlo.

Beltrán parecía querer contármelo.

Seguía jugando con la cucharilla, dándole vueltas entre los dedos.

—Me dice... Me dice que puedo cambiar lo que pasó —me explicó—. Que puedo evitar lo que les pasó a mis padres. Volver al pasado. Avisarles, ¿sabes? Huir de la guerra.

Me tensé. Así que así es como jugaba Kairos para reclutar Rastreadores: prometiéndoles cambiar el pasado.

—Eso es lo mismo que le prometieron a Claudio, ¿recuerdas? Que evitaría lo de su hermana —dije, cuidando mis palabras—, y mira cómo ha llegado hasta aquí.

—Lo sé. —Beltrán respiró hondo—. Pero si era mentira, ¿por qué Claudio les creyó?

—Pst, yo qué sé —bufé—. Pregúntaselo a él.

—¿Y si no es mentira?

No respondí.

—¿Tú crees que se puede cambiar el pasado? —insistió.

Me pasé la lengua por los dientes, incómodo. Claro que lo había pensado. Claro que me lo había planteado. Si pudiera cambiar lo que vi en mis sueños... si pudiera evitar que Daniela...

Sacudí la cabeza.

—No lo sé —dije finalmente, evitando su mirada.

—¿También te habla a ti?

Tragué saliva.

—Beltrán...

—¿A ti qué te dice?

Sentí un escalofrío. No podía contarle lo que yo veía. No podía contarle las imágenes que me mostraba. Porque de algún modo a mí también estaba intentando convencerme de que podía cambiar las cosas, ¿no? Solo que se trataba de algo que no había ocurrido. Al menos todavía. Sentí un pellizco en el estómago, una inquietud que empezaba a provocarme un malestar muy desagradable. Quizá llevaba demasiado tiempo sin dormir.

Yo intentaba no pensar en ello. Por eso no dormía, para no tener que enfrentarme a la pregunta de si se trataba de verdad de algo que iba a ocurrir. Daniela cayendo. Muriendo sin que yo pudiera hacer nada. O si era un truco de Kairos.

Ojalá pudiera tener a alguien con quien poder hablar sobre esto. Pero Daniela no era una opción y, bueno, Beltrán menos todavía.

Esperé unos segundos antes de contestar.

—No lo escuches —murmuré al final—. Solo quiere manipularte. Eso es todo.

Se hizo un silencio espeso. Beltrán apartó la mirada y asintió, como si quisiera creerme pero no estuviera del todo seguro.

Las voces de Claudio y Daniela llegaron desde la otra habitación y me tensé de nuevo.

—Venga, vamos a ver qué hace James —decidí de inmediato—. A lo mejor ha construido un robot supersónico que hace café o chocolate y dejamos de beber esta porquería.

Beltrán sonrió ante mi ocurrencia y me siguió fuera de la cocina.

James estaba en su rincón del taller, inclinado sobre la mesa de trabajo, rodeado de herramientas y cachivaches. Nos dedicó una sonrisa en cuanto nos vio.

—¡Ah, justo a tiempo!

—¿Para qué? —pregunté, intentando sacudirme la conversación con Beltrán de la cabeza.

James se enderezó y, con un gesto dramático, nos enseñó lo que tenía en la mano.

Mi corazón dio un vuelco antes de que mi cerebro procesara lo que estaba viendo.

Era la Runa del Tiempo.

—Pero... ¿qué...?

—¡Genial, ¿eh?! —dijo James, orgulloso—. No es la de verdad, claro. Pero es una réplica bastante fidedigna, diría yo.

Beltrán se acercó con los ojos muy abiertos.

—¿La has hecho tú?

—¡Por supuesto! Me he basado en los dibujos que hice con vuestras descripciones. Hacer réplicas me ayuda a comprender. Me... relaja, incluso. —Le dio vueltas entre los dedos, examinándola con ojo crítico—. Esta es la cuarta que hago, de hecho. Juraría que es la más conseguida.

—¡¿Cuatro?! —exclamé.

James se encogió de hombros.

—Las otras tres están por ahí. No valen nada. Esta, de hecho, también es mejorable.

Yo seguía mirándola, sin saber si me hacía gracia o si me daban ganas de gritar. Estaba absolutamente loco. Como una puñetera cabra.

—En fin, toma —dijo con alegría—. Para ti.

Me la tendió.

—¿Para mí?

—Sí, chico. Un bonito *souvenir* de esta experiencia inolvidable.

Resoplé, pero la cogí. Era más ligera que la de verdad, y por supuesto no se adaptó a mí al tomarla entre las manos, ni desprendió ningún tipo de energía. Pero a simple vista...

—Es idéntica.

—Evidentemente —respondió James, ofendido—. La precisión es lo mío.

Iba a hacer un comentario sarcástico cuando algo en la mesa de James me llamó la atención. Además de los mil bocetos que había hecho sobre la Runa, la mesa estaba cubierta de papeles, y en el centro había un mapa de Londres extendido sobre una plancha de madera. Encima, varios alfileres marcaban distintos puntos: tres rojos y unos cuantos más pequeños alrededor.

—¿Y esto? —pregunté.

James alzó la vista con entusiasmo renovado. Por las ojeras que había bajo sus ojos, me pareció que él tampoco había dormido nada en toda la noche. Conociéndolo, había encontrado una nueva obsesión en este mapa, fuera lo que fuese.

—Ah, sí. Mi nuevo proyecto —dijo con naturalidad—. He estado anotando todas las desapariciones anómalas de las últimas semanas. Todas las que he podido confirmar. Mira: aquí, a este lado del río, una señora se desvaneció en plena cena. Aquí, un barrendero desapareció de su calle sin dejar rastro. Y aquí, el niño de ayer. Cada alfiler es una anomalía.

Beltrán se acercó con curiosidad y se inclinó sobre el mapa.

—Parecen... —Arqueó las cejas e hizo un mohín—. ¿Forman un triángulo?

James parpadeó.

—¿Cómo has dicho?

—Mira —insistió Beltrán, y recorrió los puntos marcados con el dedo—. ¡Es un triángulo!

James se quedó quieto.

Por un momento, el taller pareció contener la respiración.

James se giró, abrió un cajón con brusquedad y sacó una regla, un compás y un transportador. Empezó a hacer trazos rápidos sobre el mapa, murmurando para sí.

—No puede ser... ¿Cómo no me he dado cuenta?

Yo me acerqué más.

—¿Qué pasa? —pregunté.

James trazó una línea más, luego otra. Dio un paso atrás y nos miró.

—Justo en el centro del triángulo —dijo, con una mezcla de incredulidad y excitación—. Está exactamente en medio.

—¿Qué está en medio? —insistí.

James me miró, luego miró a Beltrán. Volvió a mirar el mapa.

—El reloj más importante de Inglaterra —jadeó, con voz ahogada—. ¡Qué digo de Inglaterra! ¡Quizá del mundo entero!

Pestañeeé con confusión.

—¿Qué?

—¡El Big Ben! —repitió James, más convencido a cada palabra—. ¡Claro, eso es! ¿Cómo no lo hemos visto? Si era tan evidente. Este reloj mueve el mundo entero. Medirá el tiempo de toda Europa. No existe en el mundo un foco más poderoso para un Cronomante que...

—¿El Big Ben? —La voz de Daniela me hizo girarme.

Los gritos les habían alertado.

—El corazón del tiempo —susurró Beltrán.

Nos quedamos todos en silencio. La frase parecía pesar en el aire.

—Eso decía en mi sueño —repitió Beltrán—. La Runa está en el corazón del tiempo.

—¡Bingo, chico! —le felicitó James, con una palmadita—. Siempre lo dijiste y no conseguía comprender del todo el acertijo, pero el Big Ben es, sin duda, el corazón del tiempo. O lo será, en cualquier caso, porque en 1851 todavía se encuentra en plena construcción.

—¿Lo están haciendo? —preguntó Daniela, asombrada—. ¿Ahora mismo?

—¡Ahora mismo! —dijo James, señalando los bocetos—. Y sus andamios se encuentran en el centro de todas las anomalías. Siendo un reloj tan importante, si alguien hubiera colocado en él un fragmento de la Runa del Tiempo, podría estar provocando una resonancia temporal de gran magnitud, tal y como me advirtió Ada Lovelace. Un material con tantísimo poder en una maquinaria tan precisa e imponente como el Big Ben podría generar anomalías sistemáticas. Eso explicaría...

—... todas las desapariciones —completé yo, absolutamente asombrado.

—Y todos los objetos que parecen venidos del futuro —completó James—. Todo el revuelo que ha sucedido en la Gran Exposición.

—Está ahí, entonces —dijo Daniela—. La Runa está en el Big Ben.

James nos miró a todos, uno detrás de otro, con la mayor sonrisa que le había visto nunca.

—Eso creo. Y debemos ir a por ella antes de que la descubran los Rastreadores.

## 12 Daniela



James se pasó todo el día dando vueltas por el taller, gesticulando con las manos y repitiendo en voz alta la misma frase una y otra vez:

—¡El Big Ben! ¡Siempre ha sido el Big Ben!

Se detenía de vez en cuando para rebuscar entre sus papeles, sacar más planos, hacer anotaciones frenéticas y volver a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado. Beltrán lo seguía con la mirada, fascinado. Pablo, por su parte, tenía los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos. Claudio observaba los bocetos en silencio, con el ceño fruncido.

—¿Va a estar así todo el día? —murmuró Pablo sin levantar la cabeza.

—Déjalo —dije, sentándome junto a él—. Está emocionado.

—Emocionado está quedándose corto. Si repite Big Ben una vez más...

—¡El Big Ben!

Pablo soltó un gemido de agonía y se dejó caer sobre la mesa con un golpe sordo.

Finalmente, cuando parecía que James había agotado toda su energía, dio una palmada y se giró hacia nosotros con una gran sonrisa.

—Bueno, niños —anunció—. Ahora que ya lo hemos comprendido, podemos empezar con el plan.

La frase flotó en el aire con un peso inesperado. Claudio, Pablo y yo nos miramos. James nos reunió alrededor de su mesa de trabajo y desplegó una serie de croquis y diagramas con tal entusiasmo que casi se podía sentir la electricidad en el aire. Los papeles ocupaban cada centímetro libre del escritorio, y alguno incluso cayó al suelo, pero él no pareció notarlo.

Miré los bocetos: mecanismos intrincados, mediciones, anotaciones apretadas en los márgenes. Incluso había un par de manchas de té, como si James no hubiera tenido tiempo ni para apartar la taza mientras dibujaba.

—Llevo tiempo recopilando información sobre el Big Ben —nos explicó James—. Es una de las mayores hazañas de la ingeniería de nuestro tiempo, un reloj que cambiará la historia. Sabía que era importante, claro, pero nunca imaginé que alguien hubiera incluido aquí un fragmento de la Runa del Tiempo. Colarnos dentro será complicado...

—¿Cómo que colarnos? —preguntó Claudio, cruzado de brazos—. ¿De verdad crees que podemos entrar ahí? ¿No estará vigiladísimo?

Como cada vez que Claudio hablaba, noté que Pablo se tensaba.

James se llevó una mano a la barbilla.

—No será fácil —admitió—. La torre del reloj aún está en construcción y el mecanismo está en pruebas. Habrá obreros, ingenieros... y, por supuesto, guardias. Tendremos que idear un plan de entrada y salida antes de hacer cualquier movimiento.

Nos miramos los unos a los otros. Era una locura. Pero, por alguna razón, la idea de colarnos en un reloj gigante en construcción no me parecía ni de lejos la cosa más absurda que habíamos hecho hasta ahora.

James empezó a mover las manos como un director de orquesta y de inmediato todo cobró forma. Trazó rutas posibles de acceso al edificio, calculó las mejores horas del día según el tráfico de obreros y los turnos de vigilancia y las anotó en los márgenes. Después sacó de un libro un papel arrugado en el que había dibujado lo que parecían los esquemas del andamiaje y del mecanismo en sí... Vete tú a saber cuándo y cómo había podido conseguir toda esa información, pero conociendo a James ya pocas cosas podían sorprendernos. Nos enseñó por dónde se subía a la

maquinaria, qué partes giraban, cuáles eran peligrosas y cuáles podíamos usar como escondite si algo salía mal.

—El sistema de engranajes es una obra maestra —dijo, casi con reverencia—. Y si mis cálculos son correctos, el fragmento de la Runa está interfiriendo justo en el regulador de peso. Lo que, además de una catástrofe para la precisión del reloj, explicaría la distorsión del tiempo a su alrededor.

Era difícil seguirlo del todo, pero lo escuchábamos con atención. Hasta Pablo levantó la cabeza para observar los dibujos. Yo tenía el corazón acelerado.

—Ahora os recomiendo que descanséis —dijo para acabar, recogiendo sus papeles—. Mañana tenemos mucho que hacer. Dormir es importantísimo para tener el cerebro fresco.

Pablo resopló.

—Ah, sí. Gran idea. Dormir.

James lo ignoró y empezó a ordenar su escritorio.

—No hay que tomar decisiones cuando uno está exhausto —murmuró—. Yo haré algunos cálculos más, pero vosotros deberíais ir a la cama.

Poco a poco, el grupo empezó a dispersarse. Claudio fue el primero en levantarse y dirigirse hacia la cama que James le había preparado el día anterior. Pablo se quedó rezagado, como si estuviera decidiendo si valía la pena intentar dormir. Pero al final también se retiró.

Me quedé junto a Beltrán, que miraba entre los cientos de objetos sin sentido que James tenía aquí y allá. Sus ojos permanecían clavados en un reloj de arena azul.

James se dio cuenta y sonrió.

—Te gusta, ¿eh? —le dijo—. Es de un viejo anticuario.

Beltrán lo cogió con cuidado, observando la arena deslizarse lentamente.

—Es bonito —murmuró.

—Me ayuda a pensar —dijo, colocándose a su lado y mirando el objeto con la misma fascinación—. A veces nos complicamos demasiado. Buscamos respuestas muy complejas. Pero el tiempo es esto, chico. No lo olvides nunca.

Sus palabras hicieron sonreír a Beltrán.

—¿Por qué no te lo quedas? —propuso James.

—¿De verdad? —preguntó el niño, con los ojos brillantes.

James soltó una risa despreocupada y señaló a su alrededor.

—¡Pues claro! Tengo cientos de relojes. Y sospecho que este tenía que ser para ti —dijo—. Vamos, hora de dormir.

Beltrán sonrió de oreja a oreja, abrazando el reloj de arena contra su pecho. Mientras lo acompañaba a su cama, me pregunté cuánto hacía que no recibía un regalo, aunque fuera uno tan sencillo como ese. No creía que hubiera tenido una infancia muy normal con la guerra, y menos después de perder a sus padres. La felicidad con la que apretaba ese reloj, como si fuese un tesoro, me pellizcó un poquito el corazón.

Se sentó sobre la cama mientras yo buscaba entre mis cosas la camisola que me había prestado James y que utilizaba para dormir y, cuando me giré de nuevo hacia él, lo encontré con una expresión de concentración absoluta. Todavía miraba el reloj de arena, pero ahora lo hacía con una intensidad distinta, como si intentara descifrar un código oculto en su interior. Sus dedos lo giraron con cuidado.

—¿Beltrán...? —empecé a preguntar, pero me quedé callada al instante, con su nombre todavía vibrando en mis labios.

La arena había dejado de caer.

Contuve la respiración.

No estaba atascado. Sabía perfectamente lo que estaba sucediendo. Lo que Beltrán estaba haciendo.

Abrí la boca, pero no salieron palabras.

Beltrán también parecía sorprendido. Sus ojos reflejaban el resplandor tenue de la lámpara de gas, y sus labios poco a poco se estiraron en una sonrisa satisfecha.

—¿Lo has hecho tú...? —Mi voz salió en un susurro.

Beltrán parpadeó y me miró. La arena empezó a caer de nuevo con normalidad.

—Eso creo —susurró él, casi sin aliento—. ¿Lo he hecho bien? ¿Soy... soy como vosotros?

Mi corazón latía con fuerza mientras pensaba una respuesta, pero no tenía ni idea de qué decirle. Porque no tenía ni idea de si era como nosotros.

Sabía lo que había hecho, por supuesto. Yo también lo había hecho, hacía no demasiado tiempo, aunque ahora me pareciera una eternidad: el rito de iniciación. Aldara nos había estado preparando durante días,

tratando de que comprendiéramos el tiempo, que conectásemos con la Cronomancia viendo el recorrido de los granos de arena cayendo despacio.

Pero de la misma forma recordaba el esfuerzo que nos había costado a Pablo y a mí. La cantidad de horas que habíamos pasado, mirándolo sin tener ni puñetera idea de qué hacer.

Y Beltrán lo había hecho... sin querer. Así como así. Sin ningún tipo de formación ni instrucción de ningún tipo.

Por primera vez desde que lo conocía, sentí miedo.

Su poder era inmenso. En cuanto fuera consciente de él, en cuanto aprendiera a manejarlo...

Tragué saliva.

—Daniela... —me dijo.

Me sacudí esa inquietante sensación y meforcé a sonreír.

—No pasa nada —le aseguré—. Es Cronomancia, sí. Aprenderás a controlarla.

Él me miró, inseguro, pero asintió. Mientras le ayudaba a meterse en la cama y lo tapaba con las mantas, me debatí sobre si debía decírselo: «Serás un Cronomante muy poderoso, Beltrán. Mucho. El más poderoso de todos cuanto conozco. Pero caerás en las manos equivocadas».

¿Serviría de algo?

—Tengo frío —murmuró de repente, encogiéndose en un ovillo.

Era cierto que esa casa tardaba mucho en calentarse y el momento de irnos a la cama siempre venía acompañado de una inevitable tiritona. Pero ya le había puesto todas las mantas que teníamos en el taller. Miré a mi alrededor, buscando entre mi ropa, y encontré una bufanda roja que había traído directa del siglo XXI. No podía ponérmela por la calle, claro, aunque en casa la utilizaba bastante.

La recogí y se la coloqué a la altura del cuello.

—Toma, para ti —dije.

Beltrán llevó sus manos a la bufanda y hundió los dedos en el tejido, con los ojos emocionados de agradecimiento. Ahí venía de nuevo, ese pinchacito en el pecho, al reconocer una gratitud tan inmensa y tan inocente en sus ojos.

«Maldita sea, Daniela, haz el favor de no ponerte a llorar ahora».

—Quédatela, anda —dije, intentando que mi voz no se rompiera.

—Gracias —dijo. Iba a marcharme y me cogió la mano—. Daniela...

—Dime.

—Los malos... ¿y si me encuentran?

—No lo harán —le dije en voz baja—. No les dejaremos, ¿vale? Nadie te encontrará.

Se acurrucó bajo las mantas, la nariz ahora hundida en mi bufanda roja.

—Me lo prometes, ¿verdad?

—Te lo prometo.

Me puse de pie con un nudo en la garganta y decidí que necesitaba irme un rato a la cocina. Y conforme le daba la espalda, no pude evitar preguntarme si acababa de hacer una promesa que no podría cumplir. Recordé mi conversación con Pablo. Lo que me había dicho sobre Beltrán, que no debería decirle que podíamos protegerle si no era cierto. Tal vez tuviera razón.

Me arrodillé en el suelo y empecé a recoger los planos y cachivaches que James había dejado esparcidos por el taller. No podría dormir con tanto caos alrededor. Si no podía ordenar mis pensamientos, al menos podría ordenar un poco la casa. Reuní un puñado de papeles arrugados y los apilé en un rincón, alisándolos con la palma de la mano.

Unas pisadas suaves me hicieron levantar la vista. Claudio se inclinó y recogió un engranaje suelto del suelo. Lo hizo girar entre los dedos antes de dejarlo sobre la mesa con un leve clinc.

—Lo he visto —dijo en voz baja.

Parpadeé, desconcertada.

—Te estás encariñando —murmuró.

Noté cómo mi cuerpo se tensaba al instante, preparándose para defenderme, para decir que no era verdad, que simplemente estaba ayudándole a dormir y punto. Pero me obligué a detenerme antes de abrir la boca.

Era Claudio.

Y Claudio no era Pablo.

No tenía por qué reaccionar como él. Nunca habían sido parecidos, pero después de lo que él había pasado, muchísimo menos. Quizá no me mirase con incredulidad, ni soltara un bufido sarcástico, ni me hiciera sentir como una ingenua. Quizá él sí lo entendiera.

—Está asustado —le confesé—. Tiene mucho miedo de los Rastreadores.

Claudio dejó escapar una exhalación breve, sin rastro de sorpresa.

—Es normal. A mí también me daban miedo al principio —dijo—. Pero son... persuasivos.

Su tono tenía un matiz amargo. Me quedé observándolo en silencio mientras él desviaba la mirada. Jugueteé con los cachivaches, fingiendo ordenarlos, dudando si debía decir lo que quería decir. Llevaba preguntándomelo desde que nos lo habíamos encontrado herido, pero no sabía si querría hablar de ello.

—¿Cómo son? —pregunté al fin, con cuidado, evitando su mirada—. Los Rastreadores, quiero decir.

Claudio tardó en responder. Luego se sentó en el suelo con un gesto pensativo.

—Depende de en qué momento. Al principio son cercanos, ¿sabes? Mucho. Te hacen sentir... importante. —Por el rabillo del ojo, vi que sonreía—. Como si tuvieras algo que los demás no tienen, como si fueras especial. Te dicen que Kairos te ha elegido, que ha visto algo en ti. Y que estás llamado para algo más grande.

Yo no dije nada. Dejó escapar una risa sin humor.

—Te dicen que los Rastreadores son algo así como una familia. No hablo solo de las promesas que me hacían, de recuperar a mi hermana y eso, ¿eh? También te hacen sentir que perteneces a algún sitio. En casa..., bueno, mi madre no me...

—¿Te culpó? —pregunté con un hilo de voz.

—No directamente, no —se apresuró a responder—. Pero no era lo mismo. Estaban destrozados, claro, pero además... No lo sé, puede que fuera una impresión mía, pero mi madre no me miraba igual. En cambio, los Rastreadores... No sé. Con ellos no era el chico que había matado a su hermana. Ellos... todos tenían una historia, fuera cual fuese, y no importaba. Éramos una familia, ya te digo. Te hacen sentir que los vas a tener ahí, ¿sabes? Y no solo eso, sino que encima vas a poder hacer cosas inimaginables. Al final, es gente diferente, gente rara como tú. ¡Gente que viaja en el tiempo, es decir..., guau! —Se detuvo—. En fin, durante un tiempo lo fueron. Familia, quiero decir, o algo parecido a eso. Pero en cuanto te hacen el *Ánima*, todo cambia.

Lo miré con inquietud.

—¿En qué sentido?

Claudio dejó caer la cabeza contra la estantería detrás de él y suspiró.

—Bueno, al principio, los chicos que estaban tratando de reclutarme pasaban mucho tiempo conmigo, hablábamos de todo. Pero en el momento en que te haces el *Ánima* ya estás dentro, ¿entiendes? Ya está. Y de pronto es como si ya... como si su trabajo ya estuviera hecho, supongo —dijo, con un tono resignado que apenas dejó escapar un deje de tristeza—. Desde entonces, lo de pasar tiempo juntos se acabó. Todo se volvió más jerárquico. Pasé de ser alguien con potencial a... alguien que tenía que cumplir. Uno más, vaya. Todo estaba lleno de misiones, objetivos, normas. Y si querías ser alguien, tenías que demostrarlo. Si querías escalar, tenías que seguir órdenes. Es difícil estar a la altura. Era, quiero decir.

Asentí y me quedé en silencio, asimilando toda la información. Me temblaron los dedos alrededor del pergamino que tenía en las manos.

—¿Duele? —pregunté al cabo de un rato.

Claudio alzó la mirada, desconcertado.

—¿El qué?

—El *Ánima*.

Ladeó la cabeza, pensativo, y se llevó las manos a la camiseta, alzándola lo suficiente como para dejar ver el comienzo de su marca.

—Un poco —dijo al principio, pero reculó—. Bastante, en realidad. Se hace más grande cada vez que viajas, y..., bueno, es desagradable. Es como si quemase. Pero supongo que el *Ánima* es lo de menos.

Tragué saliva. Intenté imaginar lo que sería tener una marca que te vinculaba a algo de lo que ya no podías salir. Una señal que te recordaba en el espejo que lo que habías hecho era irreversible.

Me invadió una pena tremenda, sentí un nudo en el estómago.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto —susurré.

Claudio frunció ligeramente el ceño.

Me miró durante algunos segundos, como si no estuviera seguro de haberme escuchado bien.

—No me odias —dijo. No era una pregunta, más bien un pensamiento en voz alta—. Y que conste que lo entendería si no fuese tu persona favorita ahora mismo.

Me encogí de hombros.

—Estás aquí ahora —dije—. Eso es lo que importa.

Claudio soltó una risa breve.

—Pablo no está muy de acuerdo con eso.

—Pablo... —comencé a decir—, Pablo cree que confío demasiado en la gente.

—Bueno —Claudio sonrió con un gesto ladeado—, puede que tenga razón.

No respondí, pero se me escapó una sonrisa.

Lo cierto es que si Pablo nos escuchase posiblemente se tiraría de los pelos. Y sí, había muchos motivos para desconfiar: de Beltrán, de Claudio, ¡de James también, por qué no! Y por supuesto había razones para estar resentidos por lo que nos había hecho Claudio. Pero ¿sería de algo? ¿Cambiaría algo?

Suspiré y me mordí el labio, pensativa. La pregunta que llevaba rondándome la cabeza se deslizó antes de que pudiera detenerla.

—¿Conociste a Capa Escarlata? —pregunté—. De mayor, quiero decir. ¿Lo conocías de verdad?

Claudio desvió la mirada.

—A ver, no es como si tuviéramos una relación fluida —me explicó—. Pertenece a las altas esferas. Es el único en mi época que tiene contacto directo con Kairos. Para hablar con Capa Escarlata había que pedir audiencia. Alguna vez pude hablar con él, sí, pero... —Torció el gesto—. No lo sé. Era... es... alguien que no admite un no por respuesta. Todos le temen.

Apreté los labios. Hice una pausa.

—Quiero evitarlo, Claudio.

Él volvió a mirarme.

—No paro de darle vueltas —continué. Una vez lo había verbalizado no podía parar—. Beltrán no quiere ser como ellos. Está muerto de miedo, me lo dice. No quiere que se lo lleven. Le he prometido que lo voy a proteger y quiero intentarlo, Claudio. Creo que podemos evitar que acabe siendo Capa Escarlata. Si se queda con nosotros, si lo presentamos a la Orden...

Claudio negó con la cabeza.

—No funciona así.

Le sostuve la mirada.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Apretó las mandíbulas antes de continuar:

—Me lo dijeron los Rastreadores.

—Bueno, bien. —Resoplé, cruzándome de brazos—. Una fuente de lo más fiable, ¿no?

Claudio sostuvo mi mirada sin reaccionar ni defenderse. Tomó aire, como si estuviera pensando qué debía contarme o cómo debía hacerlo.

—Me dijeron que hay cosas que no se pueden cambiar. —Su voz sonó más baja—. Que hay eventos en la historia que tienen un peso tan grande que su existencia es algo así como un punto fijo en la línea temporal. Para que me entiendas: si evitamos que Capa Escarlata exista, nunca me habrían reclutado. Por tanto, nunca habría viajado en el tiempo. Y probablemente vosotros tampoco, o al menos no habríais llegado aquí, a Londres, conmigo. Así que no podríamos haber salvado a Beltrán de niño. ¿Lo entiendes? Es una especie de paradoja temporal.

Mi boca se secó. No dije nada.

Entendía lo que decía, claro que lo entendía. Pero mi mente se resistía a creer que fuera así, que tuviera que ser así. Desde que había conocido a los Cronomantes no había dejado de ver cosas que desafiaban la lógica y todo cuanto creía posible. ¿Por qué esta no iba a ser una de esas veces? ¿Quién decidía las normas de lo que se podía o no se podía hacer? ¿Un chalado que iba por ahí haciendo tatuajes mágicos a la gente para intentar dominar el mundo? No parecía justo. No se sentía justo.

Claudio me observó en silencio.

—Pero tienes razón —me dijo bajito, para mi sorpresa—. Los Rastreadores me mintieron en muchas cosas. Puede que también en eso, yo qué sé.

No estaba segura de si lo decía de verdad o si quería hacerme sentir mejor.

Le sostuve la mirada un instante más.

—Solo quiero ayudar a Beltrán —susurré—. Evitar que viva lo que has vivido tú.

La expresión de Claudio cambió, como si algo en mis palabras lo hubiera desarmado.

Se pasó una mano por el pelo. Parecía estar decidiendo si decir algo más o no. Y se le veía resistirse, pero al final, con un gesto inseguro, levantó una mano y la apoyó en mi espalda. Fue un contacto titubeante al principio, pero luego su otro brazo se deslizó alrededor de mis hombros con más firmeza.

No supe qué hacer. Me quedé quieta durante unos segundos, sintiendo el calor de su cuerpo, el latido de su corazón algo acelerado contra mi sien. Luego cerré los ojos y, por un instante, permití que la rabia y el miedo se disiparan en su abrazo.

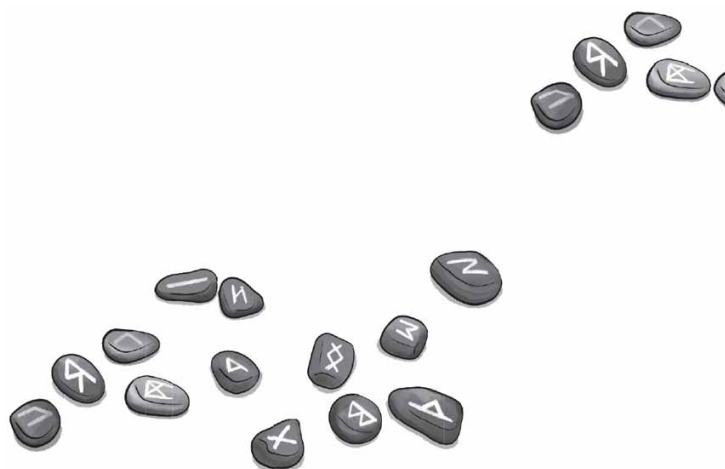
Hasta que un ruido rompió el silencio.

Los dos nos separamos de golpe.

Nos volvimos hacia la puerta.

No estábamos solos. Alguien nos estaba observando.

## 13 Pablo



El plan de James era una locura.

Literal.

«Una locura maravillosa», había precisado James, para ser exactos, con esa emoción infantil con la que un niño se cuela en una pastelería. Pero no era en una pastelería donde pensábamos colarnos, qué va. El edificio era bastante más ambicioso, estaba más vigilado y tenía un inconveniente de nada: era el puñetero Big Ben, y su magnificencia atraía la mirada de todos los que pasaban por allí.

Por no hablar de los guardias, claro.

Si hacía unos meses alguien me hubiera dicho que una persona podría haber memorizado los turnos, idas y venidas de los guardias y obreros de un edificio por el mero placer de hacerlo, habría flipado. No me lo habría creído, sinceramente —¿quién se aburre tanto como para hacer algo así?—, y habría pensado que había gato encerrado. Claro que ahora conocía a James. James, el mismo James que no se iba a dormir sin dibujar bocetos de sus relojes favoritos, el mismo que me había hecho una réplica

prácticamente exacta de la Runa del Tiempo, «porque le resultaba relajante».

Pues claro que llevaba meses estudiando el Big Ben.

Ya ni siquiera hice ningún aspaviento cuando sacó una libreta llena de listas con trabajadores, rutas y esquemas de los materiales que entraban y salían del gran reloj. Ya empezábamos a conocernos.

Además, por supuesto, sus apuntes nos fueron muy útiles. Salimos al atardecer, vestidos con unas ropas que nos hacían parecer trabajadores de cualquier fábrica. James nos echó un poco de polvo en las mejillas y la nariz porque estábamos «demasiado limpios para trabajar en una construcción y, en general, para trabajar en ningún sitio».

A mí me había encasquetado una camisa de lino grueso, de color marrón, con las mangas remangadas hasta los codos, y unos pantalones gastados y sujetos con unos tirantes anchos. Me calcé unas botas embarradas que no eran de mi talla y, por si fuera poco, me colocaron una boina gris, ladeada, como si eso fuese a convencer a alguien de que sabía clavar clavos. Claudio, James y Beltrán llevaban un atuendo parecido al mío.

Daniela no salió mucho mejor parada: una chaqueta corta de lana oscura, una falda larga hasta los tobillos que le entorpecía el paso y que le hizo soltar tres maldiciones antes de cruzar la calle, y un pañuelo atado a la cabeza, supuestamente para parecer una chica de almacén.

Según los apuntes de James, a esa hora, la mayoría de los trabajadores se retiraban y solo quedaban algunos rezagados terminando sus tareas, así que nos sería fácil colarnos por ahí sin que nadie nos reconociese.

Sé que nos dijo que actuásemos con naturalidad, pero en cuanto lo vi con mis propios ojos no pude evitar detener el paso para admirarlo. El Big Ben era enorme: mucho más alto de lo que parecía en el imán que había en mi nevera o en cualquier foto que hubiera visto en redes sociales. Y estaba a medio construir, como si fuera todavía un esqueleto de engranajes y escaleras, lo cual le confería un aire surrealista que me impresionaba hasta un punto que no conseguía comprender del todo. De alguna forma, era una prueba irrefutable de que estábamos viajando en el tiempo. Mucho más que cualquier carruaje o persona con pinta rara que hubiera a nuestro alrededor.

Y eso, no importaba cuántos viajes hiciera, no dejaría nunca de impactarme.

La luz dorada del atardecer se filtraba entre los andamios y las estructuras de metal aún en proceso de montaje, y James, que iba dos pasos por delante, nos hizo un gesto con la cabeza. Lo seguimos discretamente hasta un acceso lateral que había localizado en sus investigaciones: una trampilla de mantenimiento junto a la base de la torre, donde los obreros entraban y salían para ajustar los mecanismos. Apenas una valla con una cerradura nos separaba de la torre.

Demasiado fácil, pensé. Y eso fue justo lo que hizo que me pusiera más nervioso.

—Bien, Daniela —indicó James—. Haz los honores.

Daniela tocó la cerradura y cerró los ojos, preparándose para hacer su truco de rebobinar que nos venía siempre tan bien. Claudio, Beltrán y yo nos quedamos atrás, en silencio. Yo echaba vistazos a nuestro alrededor cada pocos segundos, esperando oír un silbato, unos pasos acelerados, lo que fuera. Beltrán contenía la respiración.

—¿Seguro que nadie vigila esto? —murmuré.

—Ya te lo he dicho, a esta hora cambian el turno —respondió James, con los ojos fijos en las manos de Daniela—. Tenemos exactamente siete minutos y medio. O quizá ocho.

El candado cedió con un clic tan sonoro que juraría que se oyó hasta en la otra punta de Londres. Me tensé de golpe.

—Vale —dijo James, muy bajito, empujando la valla con cuidado—. A partir de aquí, silencio. Y si veis a alguien, actuad como si trabajaseis aquí.

Nos deslizamos uno a uno al otro lado de la valla.

Y justo entonces, un golpe de viento empujó la puerta tras nosotros con un ¡clang! metálico. Nos quedamos paralizados.

Un martilleo de pasos resonó en algún lugar más allá de los andamios.

James alzó una mano, pidiéndonos que no nos moviéramos.

Ni respiré.

Durante un segundo eterno, solo se escuchó el crujido del metal de la torre y el rumor del viento.

—Era solo el eco —susurró James. Luego añadió, casi sin moverse—: Venga, adentro.

Nos agachamos tras él y cruzamos una nueva valla. El suelo estaba húmedo y pegajoso, cubierto de tierra removida.

Frente a nosotros se alzaba el esqueleto del reloj: un bosque de andamios de madera y estructuras de hierro que crecía desde el suelo.

Visto desde tan cerca, parecía una criatura inmensa, inacabada, a la que todavía le faltaban los huesos para sostenerse del todo.

James nos guio hasta una pasarela secundaria: tablones torcidos sujetos con cuerdas, clavos y, si yo no estaba alucinando, también con algo que parecía una cucharilla doblada. A cada paso crujía bajo nuestros pies como si estuviéramos pisando sobre costillas.

Conforme avanzábamos por los andamios, la oscuridad iba haciéndose más y más espesa.

De repente, James se llevó una mano al bolsillo interior del abrigo y sacó un pequeño farol metálico, del tamaño de un puño cerrado. Le dio la vuelta, giró una ruedecilla con la uña del pulgar y, con un suave clic, una llama temblorosa brotó en el interior. La luz se expandió en un círculo cálido y parpadeante.

—¿Y esto? —preguntó Daniela en voz baja.

—Ah, un cachivache. —James le restó importancia—. Un farol de aceite con alguna modificación aquí y allá. Importante que no se caiga al suelo, niños, ¿eh? Hay mucha madera aquí dentro y no queremos ser los responsables de un incendio en el Big Ben, ¿verdad?

Era una luz tenue, pero suficiente para que pudiéramos avanzar sin tropezarnos.

El lugar olía a hierro y madera vieja. El eco de nuestras pisadas se amplificaba en el espacio cerrado, entre andamios y vigas de acero. Nos movimos con sigilo, guiándonos por los bocetos que James había memorizado.

—¿Te imaginas? —escuché la voz de Daniela a mis espaldas y, por el rabillo del ojo, vi que era a mí a quien se dirigía—. Quemar el Big Ben antes de su inauguración. Eso sí que cambiaría la historia.

Juraría que había sido un intento de hacer una broma. Algo impropio en Daniela, tal vez, pero no era su primer intento ese día de sacarme conversación de una forma rara. Tampoco fue la primera vez que fingí no escucharla. Probablemente de ahí venía su comportamiento extraño: debía de notar que me pasaba algo y quería una señal de que todo estaba bien, de que fuera lo que fuese lo que me pasaba, no tenía que ver con ella.

Pero, sintiéndolo mucho, yo no pensaba tranquilizarla.

No es que estuviera enfadado.

¿Por qué iba a estarlo?

No tenía motivos.

O, bueno, los tendría si me importase —porque fiarte de un traidor hasta el punto de darle un abrazo en plena noche como si fuerais novios molestaría a cualquiera—, pero a mí me daba igual. Sencillamente no tenía ganas de mirarla y ya está. Era lo justo, ¿no? Ella no había querido escuchar mi punto de vista y estaba emocionadísima por reincorporar al equipo a una persona que no solo había estado con los Rastreadores sino que nos había dejado vendidos y había entregado un fragmento de la Runa del Tiempo al mismísimo Kairos. Y no solo eso sino que había decidido que lo que más procedía en esa situación era darse el lote con él por las noches.

Bien, muy bien.

Pero que no contasen conmigo para unirme a la fiesta.

Por supuesto, ella no sabía que los había visto, así que estaba desconcertada y llevaba un buen rato buscando la mejor fórmula para hablar conmigo, pero yo necesitaba un rato. Además, teníamos que centrarnos, ¿no? ¿Para qué estábamos aquí? Para encontrar la Runa del Tiempo. A ver si al menos este fragmento no acababa en manos de los Rastreadores, por una vez.

Y no podíamos perder el tiempo con esto.

Sin embargo, a James no se le escapó el comentario de Daniela.

—Oh, sería una gran anomalía temporal —dijo—. Provocaría temblores en la tierra, desórdenes y caos sin precedentes.

De pronto, un recuerdo atravesó mi mente: cuando acompañamos al antepasado de Daniela, a Félix de Almagro, en su obra de teatro, un temblor había sacudido la tierra.

—Ah, guay —murmuré.

—¿Hay terremotos si cambia la historia? —preguntó Beltrán, curioso.

—Ya lo creo —aseveró James—, y cosas mucho peores. Paradojas temporales, desviaciones en la línea del tiempo, terrores inimaginables. Hay quien habla incluso de criaturas monstruosas que nacen producto de los márgenes desdibujados del tiempo.

Por la alegría y el desenfado que había en sus palabras, cualquiera diría que estaba hablando de algo parecido al apocalipsis. Beltrán se había quedado quieto y Daniela le hizo una caricia en el pelo, instándolo a seguir caminando y no hacerle demasiado caso al relojero, aunque incluso a mí se me había revuelto la tripa.

Avanzamos entre los estrechos pasadizos de metal, con el eco de nuestras pisadas rebotando en la estructura hueca del Big Ben. Cuanto más subíamos, más fuerte era el sonido de los engranajes, un ritmo mecánico constante que vibraba en el aire, envolviéndonos en el latido de la torre.

El farol de James proyectaba sombras afiladas sobre las paredes de acero y madera. Nos habíamos deslizado entre herramientas y tablones olvidados, esquivando el ruido de los últimos obreros, hasta que por fin llegamos a nuestro destino, ese que, según James, debía de contener el fragmento de la Runa del Tiempo: la sala del mecanismo.

Era un espacio delimitado entre los andamios, con un laberinto de engranajes suspendidos en el aire, cada uno más grande que una persona. Se movían con precisión matemática, girando y entrelazándose en perfecta sincronía, generando ese tic-tac profundo que se sentía en los huesos.

Y en el centro, donde las vigas se cruzaban formando una estructura reforzada, estaba el acceso al núcleo del reloj. Una compuerta circular de metal pulido, empotrada en el suelo como si fuera una entrada a otro mundo. Pero no tenía pomo. No tenía cerradura.

Solo tenía un reloj de bolsillo incrustado en su superficie.

—Esto... no me lo esperaba —dijo James.

—¿Podemos abrirlo? —preguntó Daniela.

—No hay cerradura visible. —James pasó los dedos por el metal, limpiando el polvo—. Y no parece que se abra con fuerza bruta.

—Puede que haya un mecanismo oculto —sugirió Claudio.

Fruncí el ceño.

Justo encima del reloj, grabada en el metal ennegrecido por el tiempo, había una inscripción. Casi invisible, como si solo pudiera leerse en ciertos ángulos de luz.

—¿Qué dice? —murmuró Beltrán.

Me incliné para leerla.

*Tres serán, pues siempre fueron tres,  
Tres quienes tejen los hilos de la Cronomancia.  
Tres sellos sellan, tres sellos rompen.  
Uno invoca la hora que no ha llegado.  
Otro despierta los instantes dormidos.  
Y el último pronuncia el juicio del Tiempo.*

La frase flotó en el aire como una campana lejana. James se acercó enseguida, sus ojos brillando con atención. Repitió las palabras en voz

baja. Parecía haberlas oído antes.

—Esto no es una inscripción cualquiera —murmuró—. Es un acertijo ceremonial. Viejo. Muy viejo. Típico de la Orden.

—¿Qué significa? —preguntó Daniela.

James tragó saliva.

—Es... difícil saberlo. El número tres siempre ha sido importante para la Orden de los Cronomantes. Hay tres fragmentos de Runa del Tiempo. Hacen falta tres Cronomantes para invocar el Aquelarre...

—Las fundadoras de la Orden fueron tres también... —continuó Claudio, alzando el dedo.

—Y... hay tres mecanismos —dije yo, señalando encima de nosotros.

Todos me miraron desconcertados.

—Vale que no soy un experto en Cronomancia antigua, profecías chungas ni esas cosas —dije muy despacio y volví a señalar la pared que había frente a ellos—, pero digo yo que el hecho de que haya tres engranajes igual significa algo, ¿no?

James se giró sobre sí mismo y aplaudió con una felicidad infantil cuando descubrió los tres mecanismos a los que me refería.

—Fantástico, chico, eso es —dijo con voz ahogada—. Entonces debe de tratarse de una cerradura compuesta. Cada «sello» activa una parte del sistema. Quizá eso consiga mover el pequeño reloj que hay aquí y eso abra el mecanismo.

James ya escaneaba la sala con la mirada. Daniela se acercaba muy lentamente al reloj, en absoluto silencio, mientras Claudio examinaba los mecanismos.

—Uno invoca la hora que no ha llegado... ¿Eso puede significar que mueve la manecilla de la hora? —dijo Claudio, releyendo el cartel.

—¡Eso es! —exclamó James—. Y a mí me suena a... engranajes que no están en marcha.

—Como este. —Beltrán lo señaló. El engranaje más grande estaba inmóvil, encajado entre dos vigas.

James asintió con fuerza.

—Entonces, el primero fija la hora. El segundo despierta instantes dormidos, eso serán...

—¡Los minutos! —se adelantó Beltrán.

—Y el tercero pronuncia el juicio del Tiempo... —dije yo—. ¿Eso qué leches significa?

—¡Bueno, pronto lo averiguaremos! —dijo James—. Lo importante es que ya sabemos cómo activar los dos primeros. Solo tenemos que mover esos engranajes de aquí y allá para cambiar la hora del reloj y poner... poner...

La voz de James se apagó sola y, con ella, todo el furor que nos había recorrido. De repente nos dimos cuenta de algo muy importante:

—Vale. No tenemos ni idea de qué hora tenemos que poner, ¿eh? —Yo mismo me encargué de decir en voz alta lo que todos pensábamos.

James se rascaba la nuca, aturdido. Beltrán ladeaba la suya como si le ayudase a pensar más. Claudio parpadeó despacio.

—Pues va a ser que hay muchísimas combinaciones. En plan, muchísimas... —murmuré, cruzándome de brazos—. Estaríamos aquí toda la noche.

—Pues tenemos unos cinco minutos, como mucho —respondió James con un hilo de voz.

—¿Vamos probando? —sugirió Beltrán.

—No, no, intentemos pensar... —dijo James—. Releamos de nuevo el acertijo, seguro que hay algo que se nos ha escapado, una pista...

—Las 3:33. —La voz de Daniela nos pilló desprevenidos a todos e hizo que nos callásemos inmediatamente.

Tenía la vista fija en su reloj y llevaba tanto rato en silencio que nada parecía anticipar que fuera a soltar una respuesta tan vehemente como aquella, con semejante confianza en los ojos.

—¿Cómo? —preguntó Claudio.

—O eso creo —recoló un poco—. El fragmento de Runa que tenía escondido en casa brilló en medio de la noche, ¿os acordáis? Bien, pues eran las 3:33. Lo vi en el despertador. Yo me fijo en esas cosas, yo qué sé. No pensé que fuera importante, pero...

—¡Por supuesto que es importante! —exclamó James, y llevó sus manos a los hombros de Daniela—. Eres una jovencita de lo más excepcional. Es un número de lo más Cronomático, ¡tremendamente típico de la Orden! Tres treses. Tres serán, dice. ¡Evidentemente!

Se dio una palmada en la frente como si le frustrase no haberse dado cuenta antes.

—Bien, vamos allá con los engranajes —continuó—. Aparte de ella, ¿alguien más tiene el poder del Retroceso en la sala?

Claudio levantó la mano y tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco. Que coincidieran también en el tipo de manifestación de la Cronomancia, por algún motivo, me parecía un poco el colmo. No lo había pensado hasta ahora, aunque me parecía una coincidencia de lo más irritante.

Sentí un pinchazo en el estómago y, por alguna razón que no logré comprender, se me vino a la cabeza mi primer día en el colegio, cuando no conocía a nadie. Antes de que acabase ese día, Martín y Álvaro ya se habían acercado a jugar conmigo, así que esa sensación rara duró bien poco, pero no era algo a lo que estuviera acostumbrado. Desde entonces había estado siempre rodeado de gente, siempre incluido en el círculo, siempre había sido uno más.

Aquí, en cambio, todo era diferente. Martín y Álvaro no estaban, no había un grupo en el que refugiarme, y ellos... parecían tenerlo todo tan controlado que, por primera vez, era yo el que se sentía fuera. Porque a mí no se me daba especialmente bien la Cronomancia, o al menos no sabía controlarla como ellos. No era capaz de manejarla a mi antojo. Y menos desde que dormía de pena. Aquí el raro era yo.

Y esa sensación no me gustaba nada de nada.

Pero menos aún si era Claudio. Si Daniela y él compartían esa mirada de... de... complicidad mágica, o no mágica o lo que fuese, no quería pensarlo.

Al mismo tiempo, perfectamente coordinados, empezaron a rebobinar los engranajes sin dificultad, haciéndolos retroceder sin aparente esfuerzo.

Qué bien, qué maravilla.

—¡El reloj se mueve! —exclamó Beltrán.

Agité la cabeza, obligándome a centrarme en lo importante. En fin, al menos estaba funcionando, ¿no? El chisme funcionaba y podríamos irnos de allí cuanto antes. Las manecillas avanzaban despacio... 1:01... 2:02...

Yo observaba en silencio, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. El farol proyectaba sombras oscilantes sobre sus rostros mientras rebobinaban los engranajes.

3:01... 3:17...

Cada giro del reloj sonaba hueco, profundo, como si el tiempo mismo contuviera el aliento.

3:30.

James dio un paso al frente.

—Bien, bien... esto es... —Sacó su reloj de bolsillo, lo comparó con el mecanismo y asintió con vehemencia—. Sí. Es ahora.

3:33.

Todos conteníamos el aliento.

Se acercó al tercer engranaje, el que parecía más robusto. Lo inspeccionó, como si quisiera asegurarse de no equivocarse, y colocó las manos con calma sobre la estructura metálica.

—Vaya, tú sí que eres una belleza —susurró—. Vamos allá.

Cerró los ojos un instante.

Y de pronto, clac.

No hubo chispazos. No hubo destellos. Solo un sonido seco, antiguo, como un suspiro de hierro y polvo retenido durante siglos.

Durante un segundo no ocurrió absolutamente nada, y luego... lo hizo. Un ruido sordo, una especie de exhalación contenida durante siglos, recorrió la sala.

Justo en el centro del mecanismo, entre dos engranajes de bronce del tamaño de una rueda de carro, el suelo pareció retraerse. Se abrió como un párpado lento, revelando una cavidad circular, profunda, de bordes lisos y oscuros.

Yo me acerqué un paso sin pensar.

James cogió su farol e iluminó el interior, haciendo brillar un objeto que casi parecía latir dentro de todos esos engranajes. Contuve el aliento.

—¡Ahí está! —exclamó—. La Runa del Tiempo.

Daniela estaba a mi lado, completamente quieta, los ojos clavados en la piedra. Claudio había dejado de respirar. Beltrán ni siquiera pestañeaba. No sé si era miedo, reverencia o puro instinto.

—¿Y ahora qué? —murmuró Daniela, sin apartar la vista de la piedra.

—Ahora hay que extraerla con cuidado —dijo James—. No sabemos cómo está integrada en el mecanismo. Cualquier alteración brusca podría...

Pero no llegó a terminar su frase.

Un ruido le había interrumpido. Un golpe fuerte que venía de lejos.

Todos nos miramos al instante.

## 14 Pablo



El ruido se interrumpió de repente, pero ninguno de nosotros se movió. Contuve el aliento. Agudicé el oído, mi mano sostenida en el aire.

Y volvió de nuevo. ¿Eran pasos? Porque parecían pasos.

Daniela me dirigió una mirada rápida y se giró para asomarse entre los andamios.

—¿Habéis visto eso? —susurró.

Un destello de luz osciló en la escalera que llevaba a la cámara del reloj. Me acerqué a ella. La luz osciló de nuevo, ahora más cerca, rebotando sobre el metal de una barandilla. Era difícil ver entre la oscuridad, pero por lo pronto distinguí varias linternas.

—Anda, guardias —dije con la voz más aguda de lo que me gustaría—. Igual nos hemos confiado un poquito con lo de los turnos, ¿puede ser?

—Si nos encuentran aquí arriba, estamos perdidos —intervino Daniela. James alzó su dedo índice.

—Técnicamente —susurró—, si nos ven, estamos atrapados, arrestados y a buen seguro acusados de intento de sabotaje a un símbolo

nacional.

—Ah, mira qué bien. —Se me escapó una risa nerviosa—. Muy tranquilizador.

Daniela me lanzó una mirada de advertencia antes de evaluar la situación. Estábamos muy arriba. Muy muy arriba, quiero decir. Demasiado como para que saltar fuese una opción medianamente razonable. Pero si intentábamos salir, las escaleras nos conducirían sin remedio hasta los guardias que empezaban a subir.

Resumiendo: no teníamos salida.

—Vale —dijo Daniela—. Vamos a dividirnos.

—¿Dividirnos? —me quejé. Como aquel que dice, era la primera vez que le dirigía la palabra en todo el día, pero la ocasión lo merecía—. ¿Tú has visto alguna vez una peli de miedo? Es literalmente lo único que no hay que hacer.

James ladeó la cabeza.

—La chica tiene razón. Es más fácil que no nos vean si no estamos juntos —reflexionó, y después me miró con media sonrisa y alzó las cejas—. Además, nosotros tenemos algo que no tienen los protagonistas de las pelis de sobremesa: Cronomancia. Podemos despistarles.

Arqueé las cejas, ese hombre nos vacilaba.

«¿Cómo leches sabes lo que es una peli de sobremesa si en el siglo XIX todavía no tenéis ni televisión?», quise decirle, pero de alguna forma no parecía lo más urgente ni lo más preocupante en aquel momento, cuando una decena de guardias aligeraban el paso entre andamios y uno de ellos gritaba:

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? Bajad ahora mismo.

Lo de James podía esperar.

Había que actuar. Hacer algo. Lo que fuera.

Daniela fue la primera en reaccionar. Se giró hacia una de las plataformas metálicas más cercanas, entrecerró los ojos y extendió una mano. Sus dedos se crisparon apenas un segundo y el andamio tembló.

Con un chasquido del hierro, uno de los tablones a medio montar empezó a moverse hacia atrás. Las cuerdas se desanudaron solas. Los clavos salieron disparados a cámara lenta. Era como ver una escena de construcción al revés: la estructura se desmontaba a toda velocidad, con una precisión imposible.

Sonreí sin darme cuenta, asombrado por su ingenio.

—¿Qué demonios...?! —murmuró uno de los guardias.

—¡Allí! ¡Algo se mueve! —gritó otro, señalando justo hacia donde el andamio se había comenzado a deshacer.

Todos los haces de luz se dirigieron hacia ese punto.

—¡Eh, tú! ¡Sal de ahí!

Los había despistado. Lo bastante, al menos, como para ganar unos segundos.

Pero no era suficiente.

Uno de ellos giró la linterna y, por puro azar, la luz me alcanzó la cara e hizo que cerrase los ojos de golpe.

No pensé.

No lo planifiqué. Por una vez, y a diferencia del resto, no necesité recordar cómo había conectado con mi poder. Mi instinto se activó antes de que el miedo me paralizara. Sentí la energía recorrer mis músculos y en un parpadeo el mundo se volvió borroso.

Corrí.

Corrí más rápido de lo que cualquier humano podría correr.

Estaba funcionando. No me lo podía creer. Volvía a sentir la Cronomancia dentro de mí, y ser consciente de ello, de que no la había perdido, me llenó de una adrenalina que me hizo correr más deprisa todavía. Rodeé los andamios, esquivando una de las vigas sin detenerme y escuchando el eco de mis propios pasos en las paredes. Me deslicé detrás de un montón de cajas y me quedé inmóvil.

—¿Dónde demonios ha ido? —maldijo uno de ellos.

Me obligué a respirar en silencio. Por el rabillo, vi que James cerraba los ojos y supe que estaba preparando algo. Ponía esa expresión de antes de hacer una de las suyas.

Los dos guardias subían las escaleras despacio, sus faroles oscilando como llamas en la penumbra. La luz temblaba con cada paso. James alzó una mano y la mantuvo suspendida en el vacío.

El aire vibró.

Uno de los guardias se detuvo de golpe, como si hubiera pisado algo que no debía. El farol en su mano titiló.

El otro se volvió hacia él y lo enfocó con el farol.

—¿Se puede saber qué te pasa? —espetó. Pero no obtuvo respuesta. Su compañero estaba totalmente inmóvil—. Oye, déjate de bobadas, ¿eh?

Sin embargo, por mucho que quería creer que aquello era una broma, el tono de su voz parecía sugerir que no lo tenía nada claro. Los ojos de su compañero se movían, aterrados, pero su cuerpo no respondía.

El otro se giró, confuso, buscando al responsable entre las sombras, su cuerpo robusto encogiéndose por el miedo.

—Pero ¿qué...?

En ese instante, James alzó la otra mano y el segundo guardia también quedó congelado.

Ahora ninguno podía moverse.

Por un segundo, todo el mundo quedó en completo silencio.

Entonces, James abrió los ojos.

Sacó del bolsillo interior de su abrigo un dispositivo extraño, del tamaño de un puño, cubierto de grabados finísimos y con una pequeña esfera luminosa en el centro. Lo giró con un chasquido. De pronto, figuras translúcidas emergieron de ese cachivache, flotando como humo espeso. Siluetas humanas, desdibujadas, con rostros borrosos y ojos vacíos, que se deslizaban alrededor de los guardias congelados.

Era una proyección. Un truco que a cualquiera de nosotros no le habría impresionado demasiado (¿quién no ha visto nunca un proyector casero, de esos de estrellitas en la pared?), pero por la mirada de los guardias, no habían visto nada parecido en su vida.

Con una sonrisa de satisfacción, James dio un chasquido con los dedos y ambos guardias recuperaron la movilidad. El primero lanzó un grito ahogado. El segundo tropezó con sus propios pies intentando dar marcha atrás, y cayó de espaldas con un golpe sordo.

—¡Espíritus! —chilló uno, arrastrándose por el suelo como si el mismísimo diablo le estuviera mordiendo los talones.

—¡Este sitio está endemoniado! —bramó el otro, tirando al suelo el farol, que se apagó con un parpadeo y un chisporroteo de aceite derramado—. ¡Corre, fuera de aquí!

Los miré, atónito. Uno de ellos tropezó con una viga baja y soltó un juramento que se perdió entre el eco metálico del lugar. El otro se llevó por delante una caja de herramientas olvidada, que cayó con estrépito escaleras abajo. Dejaron atrás su farol, un sombrero y parte de su dignidad.

Sus pasos se alejaron entre los andamios como un redoble torpe y desesperado, hasta que su ruido se fundió con el murmullo lejano del viento.

—¿En serio acaban de salir corriendo? —me reí—. Vaya con la guardia británica.

James sonrió, orgulloso.

—No se juega con espíritus en esta época —dijo—. Se vuelven absolutamente majaretas. Les hablas de fantasmas y les tiembla el monóculo.

Alcé las cejas y asentí con la cabeza muy despacio. ¿La verdad? Jamás se me habría ocurrido salir de esta matándolos de miedo, pero curiosamente había resultado ser la mejor opción.

Beltrán me miró.

—¡Oye, ibas rapidísimo! —exclamó entusiasmado—. Yo quiero aprender a hacer eso. ¿Cómo lo haces?

No pude evitar hinchar mi pecho.

—Bueno, tiempo al tiempo —le dije, quitándole hierro, aunque no supe esconder una sonrisa de satisfacción—, ya lo aprenderás.

—Claro que sí, chico —le animó James—. Algo me dice que tú sabrás hacer grandes cosas. Aún guardas mi reloj de arena, ¿verdad?

Beltrán se lo sacó del bolsillo, orgulloso, y James le revolvió el pelo.

—Bien —dijo—. Nunca viene mal recordar lo importante. El resto es solo práctica. En fin, ¿no teníamos algo que hacer?

Contuve la risa, sin estar seguro del todo si de verdad había sido capaz de olvidar la Runa del Tiempo o si formaba parte del personaje, pero Beltrán estalló en una carcajada y James me guiñó un ojo cómplice.

No estaba tan pirado como nos hacía creer, por suerte.

—¡Vamos allá, niños! La Runa no va a volver a casa sola —anunció alegremente, antes de girar la cabeza hacia nosotros—, o eso creo.

La compuerta seguía abierta, tal y como la habíamos dejado. El brillo continuaba ahí, escondido entre el mecanismo, tintineando como si respirase.

Claudio fue el primero en dar un paso al frente. Avanzó con una lentitud que parecía medida al milímetro, como si tuviera miedo de que el movimiento del aire pudiera hacer estallar lo que estaba a punto de tocar. Y quizá tenía razón.

Lo cierto es que no teníamos ni idea.

Y no podíamos arriesgarnos. Era un fragmento de la Runa del Tiempo. Se me encogía el estómago solo de pensarlo.

Esa Runa, que teníamos ahora tan cerca, era capaz de alterar el curso de la historia. En manos equivocadas —y no podía evitar pensar que Claudio ya había estado en esas manos—, esa piedra podía desencadenar acontecimientos que ni siquiera entendíamos. El simple hecho de que Kairos la quisiera ya bastaba para saber el peligro que suponía.

Apreté los nudillos. No me hacía ni pizca de gracia que Claudio fuese a tocarla.

James contuvo el aliento. Yo también.

El fragmento descansaba en una especie de lecho de metal, justo en el centro del mecanismo. También era un triángulo casi perfecto, como el que habíamos encontrado en el siglo XVII, aunque el dibujo de la Runa era distinto y estaba cortado por otro lado. Pero no había duda, era la misma. Algo había cambiado en el aire, y una especie de energía hormigueaba a nuestro alrededor. Había algo tremendamente poderoso muy cerca. Su presencia se notaba en todas partes.

—Mucho cuidado —dijo James, dando un paso más rápido de lo habitual. Se colocó junto a Claudio—. Mucho, muchísimo cuidado. Esa piedra no es... algo que uno deba tomar a la ligera. Asegúrate de... manipularla... así, eso es...

Claudio asintió sin hablar. Su rostro estaba pálido, el gesto concentrado. Lo observé detenidamente mientras extendía las manos.

Sus dedos temblaban. Apenas un roce.

Y entonces la tocó.

Todos lo sentimos. Por un instante, pareció como si el aire se contrajese a nuestro alrededor, como si la torre entera aguantase la respiración. Un crujido sordo, largo, recorrió el metal del mecanismo y el suelo vibró bajo nuestros pies.

Nos miramos asustados.

—¿Eso ha sido...? —empezó Beltrán.

—Normal —interrumpió James, aunque su voz sonó un poco más aguda que de costumbre. Se aclaró la garganta—. La Runa lleva mucho tiempo en reposo. Detecta el cambio. Nada de lo que preocuparse. Bueno... en principio.

Claudio se giró con el fragmento en las manos. La sostenía con el mismo cuidado con el que se cargaría una bomba sin desactivar. Y luego, para mi sorpresa, se dirigió hacia mí.

—Llévala tú, si quieres —dijo, con un gesto que supongo que pretendía ser caballeroso por su parte.

Contuve un resoplido. Su tono era neutro, medido. Pero ya empezaba a conocer esa cara de no haber roto un plato. «Oh, mírame, soy Claudio, soy humilde, te ofrezco la Runa para que no desconfíes, así de majó soy».

¿Sí? Muy bien, pues no le iba a dar el gusto.

La tomé sin hacer un solo comentario ni decir nada que pudiera confundirse con gratitud. ¡Ja! Iba listo.

Me limité a cerrar los dedos en torno al fragmento.

En cuanto lo hice, sentí una corriente eléctrica recorrerme desde la palma hasta el hombro, sutil pero firme. Instintivamente, bajé la mirada.

Había sentido eso mismo antes, hacía no mucho. Sabía lo que era llevar un fragmento de la Runa del Tiempo encima.

El fragmento comenzó a alinearse en mi muñeca, como si supiera dónde encajar. Como si fuera parte de mí. El dibujo brilló tenue en la superficie, para expandirse como hilos de luz antes de estabilizarse. Tragué con esfuerzo el nudo que se me había formado en la garganta.

—La tenemos —susurró Daniela.

Nadie dijo nada. Nos limitamos a mirarla.

—Se parece mucho a la que hiciste —dijo Beltrán al cabo de un rato, mirando a James, que agitó la cabeza, quitándole importancia al asunto.

Pero era cierto. Era muy muy parecida. Salvo por el hecho de que esta emitía una energía innegable, imposible de obviar, y la otra no era más que un cacharro sin ningún tipo de poder. Aunque, ciertamente, a simple vista cualquiera podría confundirlas.

El talento de James era una auténtica locura.

—Bueno —dije, tragando saliva—. Vámonos, ¿no? No sabemos si a los guardias les dará por volver con una patrulla de cazafantasmas.

Daniela negó con la cabeza, sonriendo, y empezamos a bajar las escaleras de la torre del reloj.

Lo habíamos conseguido, no me lo podía creer. Teníamos el segundo fragmento de la piedra del tiempo. Por un momento, pensé en Elisa, en Aldara y en Catalina. Pensé en lo felices que se pondrían si supieran que habíamos conseguido encontrar esta nosotros solos. Era muy frustrante no encontrar una Orden de Cronomantes en Londres, porque no tendríamos más remedio que llevárnosla a casa una vez más.

Sin embargo, teníamos que avisarlas. Teníamos que encontrar la forma de comunicarnos con la Orden.

Pero ¿cómo?

Estábamos bajando el último escalón, enfrentándonos al frío de la ciudad de Londres, y estaba a punto de preguntárselo a James, cuando se detuvo de golpe, su rostro repentinamente lívido.

—Oh, venga ya... —murmuró.

Un grupo de encapuchados nos rodeaba, bloqueando todas las salidas. Los Rastreadores nos habían encontrado.

## 15 Daniela



Estábamos rodeados.

Las sombras de los Rastreadores se alargaban en la penumbra, sus capas negras confundándose con la noche.

Nos habían descubierto. ¿Cómo era posible? Sentía la adrenalina recorriendo mi cuerpo, agitando mi respiración. Daba la sensación de que, hiciéramos lo que hiciésemos, ellos siempre parecían saber qué íbamos a hacer en cada instante.

De repente me parecía absurdo que hubiéramos estado preocupándonos por unos guardias de poca monta cuando el auténtico peligro siempre habían sido ellos. Creíamos haberles despistado, creíamos que seríamos más rápidos encontrando la Runa del Tiempo. Estaba claro que nos habíamos equivocado.

Sentía que me temblaban las manos de rabia.

¿Cómo era posible que siempre fuesen dos pasos por delante de nosotros?

Nos miramos, envueltos en un silencio espeso que ni siquiera interrumpía el rumor de la ciudad a lo lejos.

Uno de los Rastreadores se adelantó al grupo envuelto en su capa negra como un animal que sale de entre los matorrales para observar mejor a su presa. La capucha que le cubría el rostro no evitó que sintiese que nos clavaba los ojos.

Dio un par de pasos largos, lentos, hacia nosotros. El ruido de sus botas contra el suelo resonó como un martillo. Su voz, en cambio, sonó tranquila.

—El niño.

En un acto reflejo, busqué a Beltrán con la mirada. Lo encontré justo detrás de mí, escondido entre mis ropas, sus ojos muy abiertos por el miedo.

Esas dos palabras me apretaron el pecho.

Buscaban a Beltrán.

Otra vez.

Tuve que resistir el impulso de cubrirlo con mi cuerpo, de enfrentarme a ellos como una leona defiende a su cachorro. Por un segundo, se me pasó por la cabeza que quizá no fuese una buena idea que supieran que era tan importante para mí, aunque ya era un poco tarde para eso.

¿Sabrían quién sería este niño? O quién podría llegar a ser, más bien. ¿Sabrían, de verdad, que podría acabar convirtiéndose en uno de los Rastreadores más próximos a Kairos? ¿O solo estaban cumpliendo con un encargo?

Busqué caras reconocidas bajo esas capuchas, pero no fui capaz de identificar a nadie. Igual no eran nadie, después de todo. Cabía la posibilidad de que fuesen cuatro simples ejecutores. Rastreadores de nivel bajo haciendo el trabajo sucio. Quizá todavía podíamos salir de esta. Igual podíamos engañarlos.

—No —dije sencillamente, tratando de que mi voz imitase la tranquilidad de la del encapuchado.

El aire pareció enfriarse a mi alrededor.

—El niño debe venir con nosotros —repitió.

Sentí la mano de Beltrán agarrando mi manga izquierda. Esta vez fue Pablo quien dio un paso hacia él.

—¿Para qué? —dijo, con voz áspera.

El Rastreador inclinó apenas la cabeza.

—El Cronarca lo ha encontrado —respondió— y demanda que sea llevado ante él.

Mi estómago se contrajo.

No había emoción en su voz. Solo una calma exasperante. Como si esta conversación fuera solo una formalidad, un mero trámite que terminar cuanto antes porque sabía, sin ningún atisbo de duda, que iba a acabar saliéndose con la suya.

—Ah, sí, faltaría más —intervino James—. ¿Os lo envolvemos en un paquete con lazo?

Contuve el aliento. No estaba segura de que la ironía de James nos fuera a llevar a buen puerto y, por la forma en la que se tensó la figura encapuchada, era muy probable que no fuese una buena idea. Nos estábamos arriesgando a mosquearlos y si había un mal momento para enfadar a los Rastreadores, ese era ahora.

Llevábamos encima un fragmento de la Runa del Tiempo.

Y por algún motivo que no lograba comprender, parecía que no lo sabían.

Solo querían a Beltrán.

—No tenemos tiempo para esto. —Esta vez, el Rastreador alzó una mano y la tendió directamente hacia Beltrán—. Acompáñanos.

Una súbita corriente de rebeldía se apoderó de mí. Me resistía a lo que estaba a punto de suceder. No, no podía ser. No era justo.

—¿Y qué pasa si nos negamos? —dije con un hilo de voz.

Me pareció que los Rastreadores se tensaban, irguiéndose como una manada de lobos. Empezaron a acercarse a nosotros, cerrando el círculo. Miré a James: todo su cuerpo estaba a la defensiva, preparado para enfrentarse a ellos si era necesario. Miré a Pablo, que los observaba con una mezcla de rabia y miedo.

Y, por último, miré a Claudio.

No sé qué esperaba encontrar en su mirada.

No es que esperase una actitud combativa. A fin de cuentas, todavía no había abierto la boca. No había dicho absolutamente nada. No sé bien qué pretendía encontrar en su mirada, pero aun así su expresión me desconcertó.

Había algo en sus ojos que desde luego no tenía nada que ver con la rabia o la impotencia que sentía yo. Ni siquiera con el miedo.

No lo habría juzgado si fuese así. No lo había pensado, pero esta era la primera vez que se encontraba con los Rastreadores desde que lo habían echado de su organización, dejándolo malherido en la calle.

Pero es que no me parecía que les tuviera miedo, ni odio ni rabia. Ni nada que estuviera preparada para comprender.

Esto era distinto.

Su mirada destilaba algo parecido a una resignación triste.

—Nuestras instrucciones son claras —dijo de nuevo el Rastreador, y esta vez su voz no escondió un tono de amenaza—. Dadnos al niño y os dejaremos marchar.

Mi mirada seguía fija en la de Claudio.

Y él, esta vez, me la devolvió.

No necesité que hablase para comprender lo que trataba de decirme con los ojos.

«Se van a salir con la suya, hagamos lo que hagamos».

Por un momento quise gritar. Ese derrotismo que mostraba me estaba revolviendo el estómago, me llenaba de impotencia, de una rabia casi animal.

¿De verdad no íbamos a pelear? ¿De verdad me estaba pidiendo lo que creía que me estaba pidiendo? Sus ojos señalaron brevemente a Pablo. Muy muy brevemente, apenas un movimiento casi imperceptible para todos los demás.

Pero yo lo vi.

Y lo entendí, claro que lo entendí: Pablo tenía la Runa del Tiempo.

No podíamos arriesgarnos a un enfrentamiento. Ahora mismo no.

Era un milagro que no se hubieran dado cuenta de que la llevábamos encima. La energía de la Runa no era algo que pudiera esconderse tan fácilmente. Si entrábamos en combate, si nos acercábamos lo suficiente...

Nos superaban en número. No los había contado, pero no me hacía falta. Nos arrebatarían la Runa sin despeinarse. Y tendrían dos de los tres fragmentos consigo, con todo lo que eso implicaba. Nuestro esfuerzo por recuperarlas no valdría para nada. Y la promesa que le hicimos a la Orden de Cronomantes se quedaría en papel mojado. Kairos estaría demasiado cerca de tener la Runa completa, y su poder sería inimaginable.

¿Cómo podría explicárselo a la Orden?

¿Cómo podría decirles que habíamos perdido no uno sino dos fragmentos de la Runa del Tiempo? ¿Y que uno había sido por intentar salvar a...?

Sentí mi estómago encogerse de nuevo.

No podía. No podría.

Tenía que haber alguna otra forma.

Busqué dentro de la mirada de Claudio. Supliqué que, aun en silencio, supiese decirme que había una alternativa. Que había otra manera de hacerlo.

Pero él solo asintió.

Mis ojos ardieron y tuve que pestañear para evitar que lo notasen. Si derramaba una sola lágrima, mi plan no serviría para nada.

Tragué saliva.

—Bueno, es solo un crío. —Mi propia voz sonó extraña, como si hubiese hablado alguien que no fuese yo.

Noté las miradas de mis compañeros clavarse en mí, pero yo me esforcé en mirar directamente al Rastreador, tratando de que la emoción no traspasase la armadura que había decidido forjarme.

«Iremos a por ti, Beltrán —quise gritar—. Pensaremos un plan, te rescataremos, les tenderemos una trampa», gritaba cada poro de mi piel. Sin embargo, mis labios no se movieron. No dijeron nada. Y mis hombros, en un gesto estudiado de indiferencia, se encogieron antes de que terminase de decir:

—Lleváoslo.

James entreabrió los labios, pero me pareció que comprendía lo que intentaba hacer. De alguna forma, él sabía tan bien como yo que cualquier otra alternativa ahora mismo era un suicidio y que mi fingido desinterés hacia el niño era solo una artimaña para que no sospechasen que pretendía recuperarlo.

Para que no supieran que, lejos de ser «solo un crío», estaban a punto de llevarse a uno de los Cronomantes más poderosos que el mundo vería jamás.

Y no solo eso: que también era importante para mí.

Que el recuerdo de Capa Escarlata no encajaba con este niño que dormía a mi lado, a quien conseguía calmar las pesadillas dibujándole círculos en el pecho.

Intenté contenerme, luchando contra el instinto de cada músculo de mi cuerpo.

Beltrán no se resistió. Cuando el Rastreador se acercó a él, se dejó llevar sin ofrecer ni un mínimo de resistencia. Tragué con dificultad el nudo que se me estaba formando en la garganta y reuní el valor para mirar

a Beltrán, esperando, de alguna forma, poder transmitirle que volvería a por él.

Pero entonces lo vi.

En el preciso instante en que nuestros ojos se encontraron, lo vi.

Primero fue el dolor. Un dolor que parecía casi físico y que se mezclaba con una incredulidad que de alguna manera lo hacía peor.

Y después, odio.

Un odio visceral. Animal. Un odio que desdibujó el dolor y que refulgía en sus pupilas.

Nunca antes le había visto mirarme así. No al Beltrán niño que creía conocer. Pero sí era una mirada que conocía muy bien. Una que había sido incapaz de olvidar y que se me había quedado clavada desde la primera vez que la vi.

Mi bufanda roja envuelta en su cuello ondeó con el viento de la noche y su imagen fue un presagio de lo inevitable.

No vi a Beltrán.

Vi a Capa Escarlata.

En aquel momento, no me habrían hecho más daño si me hubieran apuñalado con una daga directa en el corazón.

De hecho, todos los Rastreadores podrían haberse abalanzado sobre mí y no habría sentido nada.

Nada.

El *shock* se había apoderado de mi cuerpo.

Porque cuando le vi alejarse con mi bufanda roja fue cuando lo comprendí.

Yo había creado a Capa Escarlata.

## 16 Pablo



Volver al taller sin Beltrán fue rarísimo. Casi parecía antinatural.

Pero, al mismo tiempo, llegados a ese punto era lo único que podíamos hacer.

Deshicimos todo el camino en silencio. Ninguno se atrevía a decir nada y Daniela... Daniela no parecía estar del todo ahí. Era como si se hubiera marchado de su propio cuerpo. Como si lo hubiera dejado ahí, moviéndose como un juguete automático.

La miraba de reojo, francamente preocupado, sin saber en qué momento podía echar a correr en dirección a donde se habían marchado los Rastreadores.

Pero no hizo nada. Solo caminaba, un paso detrás de otro, sin dirigirnos la palabra.

No fue hasta que cerramos la puerta del taller cuando la vi mirar a su alrededor, como si por primera vez fuese consciente de dónde estaba y de que estábamos a su lado. Tenía la mirada vidriosa.

James carraspeó.

—Creo que voy a... —señaló el altillo con la cabeza— hacer té. A todos nos sentará bien un té.

Nadie le respondió. De la misma forma que nadie pareció darse cuenta de que en el altillo no había ninguna tetera y que era evidente que quería dejarnos solos un rato.

Daniela echó una ojeada hacia el fondo del taller, donde la cama de Beltrán todavía estaba a medio deshacer. Después, para mi sorpresa, se dirigió hacia la cocina, se apoyó sobre la encimera y se deslizó hasta quedar sentada en el suelo, con las rodillas dobladas.

Me rasqué la barbilla, pensando que tal vez sería una buena idea dejarla sola, subir al altillo con James y que asimilase lo que había sucedido como pudiera. A fin de cuentas, ¿qué le iba a decir? ¿Que se lo advertí? ¿Que desde el primer minuto me había dado cuenta de que se estaba encariñando demasiado con Beltrán y que sabía que iba a acabar mal?

No me parecía que Daniela necesitase escuchar eso ahora mismo.

Sus manos se aferraban a la tela de su falda.

Igual sí que teníamos que dejarla sola.

Pero entonces, justo cuando iba a darme la vuelta, Claudio dio un paso hacia ella.

—Oye —murmuró.

Daniela no reaccionó.

Claudio se agachó a su lado, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Daniela.

¿Debía irme? Algo me decía que debía irme. Mis pies, en cambio, parecían pensar lo contrario.

—Ya te lo dije, Daniela —insistió en voz baja, aunque ella no le respondiera.

Abrí mucho los ojos, estupefacto.

Por un momento, me pregunté cómo habría reaccionado si hubiese sido yo quien hubiera soltado ese «te lo dije» en vez de él. En fin, algo me decía que no tan bien. Algo me decía que me habría mandado a Madrid sin necesidad de Cronomancia. Derechito de una buena y merecida patada.

En cambio, a Claudio no le dijo nada. Se limitó a morderse el labio superior.

—Todo ha sucedido como debía suceder —siguió él—. Porque ya había sucedido.

Silencio.

Daniela cerró los ojos, como si le doliera escucharle.

—Esta historia no se puede cambiar —continuó Claudio, sorprendentemente insistente—. Al menos, nosotros no.

Ya no pude contenerme.

—Bueno —intervine—. Yo creo que ya, ¿no?

Daniela alzó la vista hacia mí, pero yo no la miré.

Claudio se mantuvo impasible.

—Solo digo que hay cosas que no se pueden cambiar —dijo, ahora mirándome a mí—. Porque provocarían una paradoja temporal. Se lo expliqué a Daniela.

—Bueno, ¿y no se te ocurrió hacer algo por evitarlo? —lo reté de nuevo—. Si tan claro lo tenías todo, ¿por qué dejas que sea ella la que...?

—Pablo. —La voz de Daniela fue lo único que me hizo callar—. Ahora no, por favor.

Mi mandíbula se tensó.

Tenía mucho que decir, aunque en el fondo sabía que tenía razón: no era el momento. De todos modos, ser yo quien recibía la reprimenda de Daniela me parecía un poco el colmo, la verdad.

Claudio dirigió su vista hacia ella.

—El Tiempo funciona así —dijo, con una suavidad en su voz que me puso de los nervios—. Nada de esto ha sido culpa tuya.

—Pero ¿y si lo es? —murmuró ella.

Claudio la miró.

—¿Qué quieres decir?

Daniela apretó los labios.

—¿Y si ha sido mi culpa? —susurró—. ¿Y si he sido yo?

Mis pulmones se encogieron.

—Daniela... —murmuró Claudio.

—No —le interrumpió, alzando la vista—. No me tratéis como si estuviera diciendo una tontería. Todos lo hemos visto. Lo habéis visto, ¿no? Su reacción cuando se ha sentido traicionado.

—Daniela —intenté esta vez yo, sin éxito.

—Le miré a los ojos —continuó ella—, y vi cómo cambiaba. Vi cómo se rompía algo en él. Ese odio que siente... ese odio que tenía cuando le conocí... ahora lo entiendo. ¡Pues claro que me odia! Tiene todos los motivos del mundo para odiarme, le he traicionado. Le prometí que le

protegería y le he fallado. He sido yo, chicos. Yo lo he convertido en Capa Escarlata.

Se le quebró la voz.

—Me he dado cuenta en ese mismo instante —siguió. Ninguno de los dos nos atrevimos a interrumpirla—. Y ni siquiera he podido decirle que pretendía volver a buscarle. Y ahora... sé que aunque lo intentásemos...

Claudio negó con la cabeza.

—No lo conseguiríamos. —Claudio completó la frase por ella. Después suspiró—. Esto iba a pasar de una manera o de otra. No puedes...

—Ya, Claudio, pero ha pasado por mi culpa —zanjó—. Se lo he hecho yo.

Respiré hondo, sintiendo la tensión pegajosa en el ambiente y sin tener ni la más remota idea de qué decir. Me crucé de brazos, impotente. Daniela seguía jugando con su falda, la vista fija en el movimiento de sus dedos.

Lo peor de todo es que no se me ocurría una manera de desmentir lo que decía. Yo también lo había visto: ese odio con el que la había mirado. Fue como ver a Capa Escarlata por primera vez. ¡Si hasta la bufanda roja de Daniela parecía su puñetera capa, maldita sea! No tenía sentido negarlo.

Al cabo de un buen rato, Claudio volvió a intervenir.

—Hace falta un poder muy grande para cambiar la historia —dijo con voz algo ronca—. Un poder que ni siquiera está en manos de Kairos todavía. No sin la Runa. Tú no podrías... Daniela, por mucho que hubieras querido no habrías sido capaz de cambiarlo. No tiene sentido que te mortifiques. Beltrán siempre tuvo que ser así. Siempre tuvo que experimentar esa traición para convertirse en Capa Escarlata. Ya había sucedido. No podrías haberlo evitado.

Daniela se quedó callada un rato más, con la vista clavada en sus dedos y en la tela de su vestido. Parecía estar intentando algo. Los hilos se movían muy despacio.

—Yo tengo el poder del Retroceso —murmuró despacio—. Si puedo retroceder cosas, igual... si retrocedo momentos, si... ¿Y si pudiera retroceder el tiempo?

Claudio y yo compartimos una mirada de preocupación. Ninguno de los dos contestamos y permanecemos en un silencio que, una vez más, él rompió con un suspiro profundo. Su mirada osciló entre Daniela y yo, como si estuviera a punto de añadir algo más, pero al final solo negó con la cabeza.

—Voy a ver qué hace James —murmuró.

Nadie le respondió.

«Buena idea, cállate un rato», era lo único que me salía decirle, pero Daniela me había dejado bien claro que quería tener la fiesta en paz. Así que me limité a apretar los labios y asentir con la cabeza.

Claudio se puso en pie con movimientos pausados y se dirigió hacia el altillo que llevaba a la terraza. El sonido de sus pasos me pareció más fuerte que nunca en ese silencio que nos envolvía.

Daniela seguía en el suelo, con las rodillas dobladas y la mirada perdida.

«Ahora es cuando te vas a dormir, Pablo. No la líes más», me dije.

Si me hubiera visto desde fuera, me habría dado cuenta de que lo mejor, lo lógico, era marcharme a dormir y dejarla tranquila. Pero mi cuerpo, como siempre, decidió no reaccionar y me quedé como estaba, la mirada fija en ella, con los brazos más torpes que nunca, sin saber qué hacer con ellos.

Después de un rato, ella se puso en pie.

—Me voy a la cama —me dijo.

—Hm, claro —respondí.

No la seguí.

En su lugar, me giré hacia la mesa y empecé a recoger las tazas sucias, a limpiar el café derramado con un trapo húmedo, a hacer cualquier cosa que mantuviera mis manos ocupadas y mi cabeza en un estado de actividad lo bastante mecánico como para no pensar demasiado.

Unas horas después, cuando el resto del taller dormía y la única luz en la estancia era el resplandor anaranjado de una vela a medio consumir, yo seguía despierto, con los ojos clavados en el techo como cada noche, los resquicios de la teína manteniéndome a flote a duras penas.

Y entonces sí, lo escuché.

Un sollozo.

Muy bajito.

Tan bajito que tuve que aguzar el oído para asegurarme de que era eso. Sin embargo, cuando lo volví a escuchar me resultó inconfundible. Daniela estaba llorando en su cama, no muy lejos de la mía. Claudio y James dormían desde hacía un buen rato, claro.

Pero yo no.

Sentí cómo todo mi cuerpo se tensaba, presa de un instinto rarísimo que no tenía ni puñetera idea de cómo gestionar. Tragué saliva, debatiéndome entre la opción de ignorarlo o hacer algo al respecto.

Respiré hondo y me incorporé. Empecé a moverme con cautela entre las sombras.

Entre nuestros colchones, únicamente se interponía el que había sido de Beltrán, así que solo tuve que gatear un poco para quedar a su lado. Daniela me daba la espalda, encogida sobre sí misma, con las manos aferradas a la manta y el rostro medio oculto en la oscuridad.

Me quedé quieto. Dudando.

Sabía que si lo pensaba demasiado, no lo haría.

Así que, sin darme tiempo a cuestionarlo, llevé una mano a su hombro.

Noté cómo se sobresaltaba. Me arrepentí de inmediato y todo mi cuerpo entró en una posición defensiva, preparado para inventarme una excusa patética, volver a mi cama y no volver a mirarla a los ojos nunca más en la vida.

Pero Daniela no se apartó. Ni me dio un manotazo para que me fuera.

En realidad, no hizo absolutamente nada.

Casi como si no le importase que estuviera tan cerca.

Me quedé quieto, sin saber qué hacer.

Y de pronto, la escuché sorberse la nariz y su sollozo se hizo más fuerte.

Contuve el aliento. Nunca la había visto llorar así. Era Daniela. Probablemente la tipa más dura de todo el instituto, si me apuras. Daniela no lloraba nunca. Y eso hacía que me doliese algo justo en medio de la garganta.

Con una lentitud casi temblorosa, me acerqué un poco más a su espalda. Aunque quisiera, yo no sabría qué decirle. Pasaba de darle un discurso como había hecho Claudio. ¿Para qué? No tenía palabras de consuelo y estaba seguro de que nada de lo que pudiera decirle la iba a hacer sentir mejor. No quería mentirle. No quería decirle que no tenía la culpa de lo que había pasado porque, sinceramente, no lo sabía. Y tampoco quería prometerle que todo iba a ir bien. Porque seguramente no iba a ir bien. Esta vez no.

Así que, sin tener ni idea de lo que hacía, pasé un brazo por encima de su cintura y la abracé con muchísimo cuidado.

Mi nariz quedó enterrada en su pelo mientras Daniela lloraba. Poco a poco, su llanto se fue espaciando y la respiración se le calmó.  
Y yo, por primera vez en días, también cerré los ojos.

## 17 Daniela



Durante un maravilloso segundo, no recordé dónde estaba. No sabía que estaba en Londres. Ni mucho menos en el siglo XIX.

Y tampoco recordaba lo que había pasado.

Lo que había hecho.

Pero solo duró un segundo. Al instante, el recuerdo de la noche anterior me atravesó, y lo hizo con tanta violencia que me hizo querer hundirme en la cama. Desaparecer debajo de ese colchón improvisado y no salir nunca más.

Beltrán, los Rastreadores, volver al taller... Volver sin él.

Desde entonces, el recuerdo era más difuso. Claudio me decía cosas, me decía muchas cosas, y yo no podía ni quería escucharle. Había llorado tanto que los ojos me dolían. Los sentía hinchados. Intenté abrirlos despacio, recordando lo muchísimo que había llorado hasta hartarme, hasta quedarme dormida abrazada por...

Un momento.

¿De verdad me había abrazado? ¿Pablo? ¿Pablo Gutiérrez?

La confusión me hizo abrir los ojos, ahora sí, de golpe.

Vi su cama deshecha. Ahí ya no había nadie. Y en la mía tampoco, claro.

¿Lo había soñado?

Habría jurado...

Bueno, era surrealista pensarlo siquiera, pero habría jurado de verdad que Pablo había estado conmigo, que me había abrazado y que me había quedado dormida con él a mi espalda. Para ser un sueño, tenía la sensación física grabada a fuego: su respiración, el peso de su brazo, su olor. Parecía muy muy real.

Lentamente, alargué el cuello y me asomé hacia la cocina.

Allí estaba.

Pablo sostenía una taza con ambas manos. Miraba a James, que se había sentado en la encimera y hablaba gesticulando muchísimo. Le enseñaba una máquina extrañísima que parecía hacer café. Pablo, en cambio, estaba en silencio. Su pelo estaba revuelto, sus ojeras tan marcadas como siempre. Parecía... sencillamente el mismo Pablo que siempre.

Se me estaba yendo la olla.

Si se lo contase a Elena, me diría que era imposible, y que tenía que ir al médico cuanto antes. Pero ella no estaba allí para decírmelo, ¿verdad? Ni para preguntarme por qué demonios se me ocurría soñar algo así con Pablo, ni para cuestionarme por qué llevaba por lo menos cinco minutos dándole vueltas al tema como si fuera la protagonista medio idiota de una serie para adolescentes.

Sacudí la cabeza y me recogí el pelo en una coleta, a ver si me espabilaba de una maldita vez.

Había otras cosas en las que pensar.

Me senté en el borde del colchón, todavía aturdida, con un dolor sordo bombeándome en la cabeza.

—Estás despierta.

Di un respingo y me llevé una mano al pecho.

Claudio estaba de pie con los brazos cruzados y el peso apoyado en su pierna derecha. Me miraba con una expresión serena, como si llevara un rato observándome. Pero ¿cuánto? ¿Se me notaría en la cara? Lo que me faltaba.

—Toca marcharse —añadió, con una sonrisa cansada.

Por un instante, me quedé en blanco.

¿Marcharse?

La conmoción por la noche anterior casi me había hecho olvidarme de algo igualmente importante: ahora que teníamos lo que andábamos buscando, podíamos marcharnos a casa. Es más: debíamos marcharnos a casa. Estuviésemos preparados o no.

Me froté los ojos, aún doloridos, con las yemas de los dedos.

—Daniela. —Claudio se sentó a mi lado en la cama—. Que lo hemos conseguido.

Lo escuché sin decir nada.

—Que tenemos la Runa —dijo, inclinándose hacia mí—. Que hemos conseguido encontrarla.

Sonreí de lado, sin ganas.

—Sé lo que piensas ahora mismo. Sé cómo te sientes. —Su tono se volvió más suave. No hizo falta que mencionase a Beltrán para que ambos supiéramos de quién estaba hablando—. Pero tenemos que seguir adelante. Si nos quedamos aquí, tarde o temprano nos encontrarán.

No tenía energía para responder. Por mucho que lo comprendiera, todo mi cuerpo me pedía a gritos buscar a Beltrán, allá donde estuviera, para sacarlo de ahí.

Sabía que Claudio tenía razón, claro, no era tan ingenua. Habíamos conseguido la Runa del Tiempo contra todo pronóstico, y ahora nuestro deber era llevarla a nuestro presente, para esconderla en un lugar seguro. Es lo que la Orden de Cronomantes habría querido. Ya habíamos perdido una: no podíamos arriesgarnos a perder las dos.

Claudio dio unas palmaditas sobre sus rodillas y se puso de pie.

—¿Café? —dijo—. Por lo visto, James ha encontrado una máquina rarísima que lleva cogiendo polvo durante años. Y no está mal, ¿eh? Venga, vístete y te traigo uno.

Hizo el ademán de marcharse, pero le tiré de la manga de la camiseta antes de que pudiera hacerlo. Me miró.

—Gracias —le dije.

Claudio ladeó la cabeza, sin entender del todo.

—Sé que ayer estuve un poco... bueno. Pero no es culpa tuya. Nada de lo que pasó es culpa tuya —dije. Él negó con la cabeza intentando quitarle importancia. Yo bajé la mirada hacia mis manos y solté algo parecido a una risa—. En realidad, creo que tengo ganas de volver a casa. De volver a

clase, de nuestros ratos tontos en el recreo... Casi echo de menos a doña Águeda, ¿tú te crees?

Cuando alcé la mirada hacia Claudio, me estaba mirando con una expresión extraña. Esperaba haberlo hecho reír un poco, cuanto menos, pero su expresión estaba lejos de ser alegre. Tampoco triste. En realidad, no supe descifrarla, aunque tampoco me dio tiempo. Claudio la apartó enseguida.

—Vamos —dijo, dándome un pequeño empujón en la rodilla—. Te vendrá bien ese café.

Después de un último y largo desayuno (en el que Pablo se quejó unas diez veces de que James no hubiera sacado la máquina de café hasta entonces y hubiera tenido que sobrevivir a base de «infusiones de hierbajos»), James se ofreció para llevarnos a un parque tranquilo para invocar el Aquelarre sin ser vistos.

No tuvimos que caminar demasiado. El parque era pequeño y estaba tan bien resguardado por arbustos altos que daba la impresión de estar oculto dentro de la ciudad. Había un par de figuras sentadas en los bancos lejanos, siluetas que se recortaban contra la bruma temprana del amanecer. Un hombre de barba canosa leía el periódico bajo la luz mortecina de una farola. Dos mujeres conversaban en voz baja mientras paseaban con abrigos gruesos, sus rostros parcialmente ocultos por los sombreros.

Pero nadie nos miraba. Nadie nos prestaba atención.

Era un buen sitio. Apartado, discreto. Lo suficiente como para que pudiéramos invocar el Aquelarre sin riesgo.

—Bien pensado, James —murmuré.

—Por supuesto —respondió él, con tono desenfadado—. Si algo tiene Londres es parques. Y niebla. Y el talento natural de sus ciudadanos para fingir no ver lo que no quieren ver. —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, me ha parecido mejor idea que intentar hacer esto en un callejón. No quiero acabar chamuscado si algo sale mal.

—No creo que funcione así —murmuró Pablo.

—Bueno, nunca se sabe —respondió James, guiñándole un ojo.

Nos quedamos en silencio, rodeados por el susurro de las hojas. James no parecía tener prisa. Nos observaba con las manos en los bolsillos, la mirada brillante.

—¿Sabéis una cosa? —dijo de pronto, alzando ligeramente la voz—. Sois un grupo rarísimo. Pero me caéis bien.

Pablo alzó una ceja.

—¿Eso es un cumplido?

—Naturalmente —respondió James, muy serio al principio, aunque su característica sonrisa no tardó en aparecer—. Tú eres un claro caso de chico que finge que nada le importa, pero se le nota hasta en las cejas que daría la vida por los suyos. Eso sí, tienes el sentido del humor de una cacerola, ¿eh? Un pelín chistoso para mi gusto, pero aceptable. Dormir más le sentaría de perlas a tu ánimo, si me permites.

Pablo resopló, aunque no pareció ofendido. Sonrió como si no quisiera sonreír, con ese aire suyo de hacerse el duro con el que aceptaba los aplausos en un partido de baloncesto.

—Y tú —siguió James, girándose hacia mí—. Eres una de las jovencitas más impresionantes que he conocido jamás. Una Cronomante innata, con un talento y una proyección que no atino a imaginar. Y un pedazo de pan.

—Intento que no se note —murmuré, avergonzada.

James me guiñó un ojo y después miró al que faltaba:

—Y Claudio..., bueno. —James le dio un codazo muy suave en el costado—. Claudio tiene margen de mejora, pero es lo que nos ha tocado.

Nos reímos todos, incluso Claudio, que sacudió la cabeza con resignación, aunque por la cara que puso no parecía estar para chistes. No podía culparle. Era rarísimo todo. No parecía real que fuésemos a separarnos. No podía imaginarme la posibilidad de no volver a ver a James, probablemente nunca más. Se me formó un nudo en la garganta. La despedida involuntaria de Beltrán ya había sido demasiado. Me parecía muy injusto tener que decirle adiós a James también.

Claudio resopló. Había una impaciencia notable en su voz. Miró a James.

—Bueno, pues... —le dijo—. Esto es una despedida entonces, ¿no?

James esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Bueno..., en realidad, esperaba que no lo fuera —anunció. Los tres lo miramos sin entender nada. Él extendió los brazos con pretendida teatralidad—. Lo he meditado con la almohada y, aunque no ha sido tan comunicativa como esperaba, me ha quedado claro lo que quiero hacer. ¡Voy con vosotros!

Pablo frunció el ceño.

—Eso es imposible.

—¡Ah! —James levantó un dedo, como si Pablo acabara de decir exactamente lo que esperaba—. Ese es un concepto fascinante, ¿sabes?

—¿Qué? —pregunté yo esta vez—. No puedes..., quiero decir, vamos al futuro. A tu futuro. Al siglo XXI. Y no se puede viajar al futuro.

James chasqueó la lengua.

—¿Y eso quién lo dice?

—¿Todo el mundo? —respondió Pablo, y soltó una risa nerviosa—. ¿No se supone que es la obsesión de Kairos, que no puede ni él y todo eso? Si está intentando conseguir los tres fragmentos de Runa para poder viajar a su futuro, ¿cómo vas a poder tú? ¿Qué me estás contando?

James parecía francamente divertido con nuestra reacción.

Claudio suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—James, no tenemos tiempo para esto —le dijo—. Sabes perfectamente que no puedes venir con nosotros. Eres del siglo XIX.

—Oh, vamos. ¿De verdad? —James se llevó una mano al pecho—. Claudio, chico, estoy ofendidísimo.

De pronto, lo comprendí. Entreabrí los labios de pura sorpresa.

Tenía sentido.

¡Tenía todo el sentido del mundo!

—Tú no eres del siglo XIX —murmuré.

James sonrió con satisfacción.

—¡Bingo! —exclamó—. Premio para la señorita.

—¿Qué? —interrumpió Pablo—. ¿Cómo que no? Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Cómo llegaste al pasado?

—¿Pues cómo iba a venir? Con un Artefacto, como todo Cronomante que se precie —dijo con naturalidad—. Técnicamente... llegué al año 1813 de España. Lo de viajar por Europa fue cosa mía. Por supuesto, no llegué a completar la misión, los Rastreadores se hicieron con el Artefacto en cuestión y, bueno, no es como si tuviera mucha intención de volver a mi tiempo, en realidad. Allí no se me había perdido nada. En cambio, aquí... ¡Oh, chicos! —Hizo un gesto amplio, como si quisiera abarcar el parque entero—. El siglo XIX... es el tiempo de todos los tiempos.

Pablo entrecerró los ojos, sin comprender nada. James se dispuso a explicarse.

—Este es el siglo en que la humanidad se cree invencible. El momento en que todo parece posible. La Gran Exposición, la Revolución Industrial, la era de los descubrimientos... La arrogancia absoluta de creer que podemos con todo. Este siglo tiene algo, algo que me atrapó desde el primer momento. Un optimismo inabarcable. He nacido para formar parte de él. Y eso he hecho todo este tiempo.

Arrugué las cejas.

—¿Y entonces por qué ahora quieres venir con nosotros? —pregunté.

James sonrió.

—Bueno... Digamos que el siglo XXI se está poniendo interesante.

Nos quedamos en silencio. Se refería a nosotros, por supuesto, y puede que a nuestros intentos por conseguir los fragmentos de la Runa del Tiempo. Quería formar parte de esto, de la misma forma que había querido estar en el meollo de toda la revolución que estaba viviendo Inglaterra.

Estaba como una regadera.

Me hizo sonreír.

—Entonces eres de nuestro tiempo —dije, asegurándome de que lo entendía bien.

James movió la cabeza hacia los lados.

—Tampoco he dicho eso —respondió con vaguedad—, digamos que soy de un tiempo en que vuestro presente no es mi futuro.

Tuve que repetir un par de veces su frase en mi cabeza para darle sentido. Si nuestro presente no era su futuro, y tampoco era su presente, entonces...

—¡Entonces eres del futuro! —exclamé—. Del futuro futuro, quiero decir, de lo que para nosotros es el futuro. ¿Siglo... qué, XXII?

Hizo un gesto con la mano, como si estuviera espantando una mosca.

—Sh, sh, ¿qué más da eso? Sabéis perfectamente que no puedo hablar del futuro con vosotros y todo eso. Es un rollo, pero las normas son las normas —dijo—. ¿Y bien? ¿Me aceptáis en vuestro club de viajeros en el tiempo o qué?

Pablo soltó una risa.

—¿Te refieres a la Orden? Pensé que te daba muchísima pereza.

James alzó las cejas, divertido.

—Sí, bueno, pero ahora que os conozco... qué sé yo. Igual a la Orden sencillamente le faltaba un poco de chispa.

Lo miré fijamente.

—¿Nos estás diciendo que quieres unirse a la Orden?

—Estoy diciendo que no me vendría mal un cambio de aires —dijo con simpleza—. Y que, si vais a seguir en esto de recuperar runas por ahí, más os vale tener a alguien con mi intelecto a vuestro lado.

Pablo y yo nos miramos con una sonrisa desconcertada. James nos observaba expectante.

—Supongo que no hay nada de malo en que vengas, ¿no? —dije yo.

James me abrazó con tanta emoción que estuvo a punto de levantarme por los aires. Pablo se rio y compartieron unas sonoras palmadas en la espalda.

Claudio, en cambio, nos miraba con un gesto de impaciencia.

—Chicos, está amaneciendo —dijo—. Pronto va a venir más gente y...

—¡Sí! —exclamó James—. El viaje. El aquelarre. Por supuesto. Vamos allá.

Pablo sacó el amuleto de la Orden que llevaba bajo su camiseta, y Claudio y yo nos acercamos a tocarlo.

James se colocó a mi lado.

—¡Listos para el despegue! —dijo, animoso.

Pablo resopló.

—¿En serio? —se quejó de forma teatral—. ¿Vas a estar así todo el viaje?

James sonrió una vez más.

Pablo, Claudio y yo nos concentramos, cerrando los ojos.

Sentí el familiar hormigueo en la piel, el cosquilleo en las palmas de las manos, el vértigo en el estómago cuando la magia del Aquelarre nos envolvió. La luz del amuleto parpadeó, el aire se volvió denso, vibrante, y bajo nuestros pies sonó un crujido como de ramas estirándose, de raíces abriéndose paso por la tierra.

Cuando abrí los ojos, la cúpula ya estaba allí. Transparente, etérea, hecha de cristal y vegetación. A nuestro alrededor, los helechos flotaban, las flores se abrían y cerraban al compás de lo que parecía una respiración.

El Aquelarre. Nuestro círculo seguro.

Por primera vez desde que lo conocí, James parecía haberse quedado sin habla. Miraba todo a su alrededor, maravillado.

—Bien... —dijo Pablo, y su voz se oyó extrañamente nítida bajo la cúpula—. Ahora sí.

Se miró la muñeca y nos mostró la Runa del Tiempo, que seguía aferrada a su piel como una pulsera.

—¿Preparados? —preguntó.

—Vámonos —dije.

Claudio asintió. James respiró hondo.

—Volvamos a casa —susurró Pablo.

Una vez más, Claudio y yo llevamos nuestras manos a la Runa. Cerramos los ojos de nuevo.

«Volvamos a casa», pensé yo también, sabiendo que el Aquelarre comprendería, que nos devolvería a nuestro tiempo, como sabía hacer.

Pero algo no iba bien.

No lo noté enseguida.

Fue solo un leve cambio en la presión del aire, una sensación extraña en el pecho, como si en lugar de elevarme estuviera siendo arrastrada en una dirección que no reconocía.

Pablo fue el primero en abrir los ojos.

Su expresión cambió al instante.

Él también lo había notado.

Miró a James, que observaba a su alrededor, el pánico clavándose poco a poco en sus ojos.

—No —dijo—. No, no, no, no.

¿Qué estaba pasando?

De pronto, la luz estalló a nuestro alrededor en un resplandor abrasador. Todo giró, el parque desapareció en un torbellino de colores distorsionados.

No nos estábamos yendo a casa.

Nos estaba llevando a otro sitio.

No. Nos estaba arrastrando a otro sitio.

El aire se convirtió en una presión insoportable contra mi pecho. Intenté apartar la mano de la Runa, pero ya era tarde. No podía moverla. Y James, que era el único cuya mano no estaba atrapada, la utilizó para señalar al culpable.

Seguí el trazo de su mano con la mirada.

Claudio.

Señalaba a Claudio.

No entendí nada.

¿Qué tenía que ver Claudio con lo que estaba pasando?

Lo miré, esperando encontrar confusión en su rostro, esperando ver el mismo miedo reflejado en sus ojos.

Pero lo único que vi fue una expresión fría, sus labios apretados en una mueca de determinación.

No negó nada.

No intentó explicarse.

Porque no había nada que explicar.

—¡Te lo dije! —El grito de Pablo se me clavó en algún lugar en las costillas—. ¡Te dije que mentía! ¡Te dije que no podíamos confiar en él!

No dejé de mirarle. Aunque el Aquelarre siguiera girando. Aunque Pablo gritase. No dejé de mirarle, esperando una reacción que no llegó.

Nos había traicionado. Otra vez.

La luz nos envolvió por completo y, antes de que pudiera siquiera gritar su nombre, el mundo desapareció por completo.

## 18 Daniela



El impacto contra el suelo me dejó sin aliento.

Me quedé unos segundos con los ojos cerrados, esperando que el mundo se estabilizase a mi alrededor. Pero no lo hizo. Todo seguía girando, como si aún estuviésemos atrapados en el remolino del Aquelarre. Había caído sobre las rodillas y las palmas de mis manos notaban tierra húmeda, piedras.

Abrí los ojos.

Tal y como sospechábamos, no habíamos vuelto a casa.

Estábamos en medio de un bosque.

Pero era difícil decidir si, al menos, habíamos vuelto a nuestro tiempo. Ese bosque bien podría ser del siglo XXI, aunque también podría ser muy antiguo y no habría manera de saberlo. Ahí no había ruidos de ciudad, ni coches. A nuestro alrededor, los árboles se alzaban como esqueletos retorcidos. El viento soplaba, haciendo vibrar sus hojas.

Estaba a punto de girarme hacia Claudio, de enfrentarle cara a cara, de gritarle y exigirle que me explicase qué estábamos haciendo allí.

Pero no tuve tiempo.

Porque una voz surgió de entre los árboles.

—Mira quién anda por aquí.

Mi estómago se encogió al reconocer aquella voz.

Era Beltrán.

No. No era Beltrán.

Levanté la vista despacio, volviéndome hacia él. Una capa roja ondeaba con el viento. Sentí que mi respiración se volvía pesada.

No quise mirarle a los ojos, pero no pude evitarlo.

Ahí estaba él. El mismo niño al que había conocido en los muelles de Londres en el siglo XIX. Pero ya no era un niño. Ahora tendría unos quince años, como la primera vez que le vi. Y ya no quedaba nada de aquel Beltrán que me miraba asustado desde su cama en el taller de James. Su mirada me heló la sangre.

Ya no era Beltrán. Era Capa Escarlata.

Un nudo de culpa se me formó en la garganta.

—Os lo voy a poner muy fácil —dijo, con una expresión tranquila—.  
Entregad la Runa.

No me vi capaz de responder. Mi garganta estaba bloqueada.

Pablo se incorporó primero. Noté cómo se colocaba ligeramente delante de mí, casi en un gesto instintivo de protección.

—No.

El tono de su voz fue firme, sin titubeos.

Beltrán ladeó la cabeza, con una media sonrisa.

—Me lo imaginaba.

No nos dio tiempo a reaccionar.

La embestida fue instantánea. Los Rastreadores se movieron a la vez, como un único ente sincronizado, y una oleada de energía nos hizo trastabillar a todos.

Antes de que pudiera plantearme echar a correr, uno de ellos estiró el brazo en mi dirección y el suelo bajo mis pies comenzó a temblar. Delante de mis ojos, la tierra se abría en grietas, las piedrecitas moviéndose hacia los lados. Probablemente las estuviera rebobinando, pensé deprisa. Perdí el equilibrio y caí de rodillas justo cuando otra Rastreadora se acercaba hacia mí, demasiado rápido, casi desdibujándose en el aire.

Vi su silueta desvanecerse y reaparecer un paso más cerca, luego otro, cada vez más borrosa.

Y entonces, algo silbó por el aire.

Un disco metálico cruzó justo delante de mi rostro y chisporroteó al girar. Impactó contra el suelo con un crujido y, al instante, el espacio entre la Rastreadora y yo se ralentizó. No se congeló del todo pero sus movimientos se volvieron pesados, como si se desplazara dentro de una piscina espesa. Su cuerpo titubeó en el aire, forzado a avanzar a través de una corriente invisible.

—¡Arriba! —La voz de James retumbó a mi lado.

Le cogí la mano sin pensarlo, justo a tiempo para esquivar una rama de un árbol que venía hacia mí con una velocidad descomunal.

Nuestras manos se separaron mientras corríamos. Tenía que encontrar a Pablo. Él llevaba la Runa y el amuleto de la Orden y, contando a James, todavía éramos tres. Si conseguíamos juntarnos, podríamos invocar el Aquelarre y escapar... Sacar la Runa de ahí.

Era nuestra única oportunidad de salir de allí con vida.

Pero ¿dónde se había metido Pablo?

—¡Entregad la Runa! —gritó uno de los Rastreadores—. No tenéis más opción. No sois sino marionetas del Tiempo, y el Tiempo únicamente obedece a nuestro señor, el Cronarca.

Estaban verdaderamente chiflados.

Una oleada de aire me cegó de pronto, arañándome los párpados. Oí a James farfullar a lo lejos. Los Rastreadores habían convertido el aire en un remolino de hojas y tierra que se movía en todas las direcciones. A duras penas lograba mantener los ojos abiertos.

Me llevé la mano izquierda a los ojos, tratando de protegerlos, y alcé la derecha, intentando con todas mis fuerzas detener ese movimiento. Mis dedos temblaron por el esfuerzo. Habían manipulado la velocidad a la que se movían la tierra y las hojas, e incluso unas pequeñas ramitas que arañaban la piel. Eran muchos Rastreadores. Muchos. Tal vez incluso habían combinado la Cronomancia de varios de ellos, porque enfrentarme a esa velocidad fue parecido a tratar de abrir una puerta demasiado pesada.

Jadeé, exhausta, aunque pude abrir los ojos. Había logrado formar a mi alrededor una burbuja en la que la tierra y las ramas se habían quedado paralizadas, flotando como volutas en el aire. No sabía cuánto tiempo lograría mantenerla.

Aproveché para buscar a Pablo con rapidez, pero antes de dar con él mi mirada se topó con Claudio. Mi burbuja parpadeó y me obligué a

mantener la concentración. La visión de Claudio había estado a punto de echarla a perder.

Estaba quieto.

No cargaba directamente contra nosotros, pero tampoco contra ellos. Casi parecía querer pasar desapercibido en esa batalla, camuflarse entre el fragor de los ataques y desaparecer.

Lo miré, deseando que me devolviera la mirada.

Cobarde.

Era un cobarde.

¿Me había mentado en todo lo que me había contado? Toda esa conversación en la que se había abierto y me había hablado de cómo los Rastreadores se habían aprovechado de su culpa por la muerte de su hermana, de cómo le habían hecho sentir como parte de una familia para después convertirlo en una pieza más de su engranaje... ¿era todo mentira? ¿O se había permitido el lujo de desahogarse, de contarme la verdad, aun sabiendo que tenía planeado volver a traicionarme?

¿Importaba eso de todas formas?

Me había traicionado.

Dos veces.

Ya no solo sentía dolor. Ni desconcierto. Por primera vez, al mirarle me di cuenta de que la rabia bullía en mi interior, haciendo temblar más y más mi burbuja. No encontré la fuerza de gritar, ni de correr hacia él y decírselo. Porque toda esa fuerza estaba concentrada en mi mano. Una mano que temblaba y que, atravesada por una ira nueva e incontenible, acabó por romper la burbuja, desplegando su potencia en una oleada de aire expansiva. Oí gritos de sorpresa y vi a Claudio caer. Miró a sus lados, confuso, y después me miró a mí.

Apreté los dientes.

Tenía la mirada triste y eso, de algún modo, me enfureció aún más.

Aparté la mirada. Afortunadamente, la explosión de mi burbuja había acabado con el truco de los Rastreadores y ahora el aire estaba libre de tierra y obstáculos.

Tenía que encontrar a Pablo.

Y a James.

Tocar el amuleto los tres.

Salir de allí.

«Vamos, Daniela. Vamos».

Avancé a trompicones entre las raíces húmedas y los gritos de los Rastreadores. La batalla era un caos de sombras y destellos: figuras que aparecían y desaparecían, hojas que se agitaban como si el tiempo las arrancara en todas direcciones, pasos que resonaban en ecos desordenados. Los Rastreadores aparecían y desaparecían en ráfagas de niebla oscura que doblaban el tiempo a su antojo, congelando segundos, acelerando movimientos, atrapándonos en trampas de minutos suspendidos en el aire.

Sentía mis pulmones arder con cada movimiento, mis músculos temblar con el esfuerzo de esquivar golpes que parecían venir de todas partes.

Y entonces lo vi.

Pablo estaba peleando contra un Rastreador mucho más alto que él, los dos girando a su alrededor como si se midieran con la mirada, esperando el primer fallo. Pablo se movía rápido, más rápido que en muchos días. Lo vi esquivar con facilidad, girar sobre sí mismo y dejar atrás una estela de polvo suspendido, como si el aire no lograra seguirle el ritmo. Por un instante, creí que lo tenía bajo control. Últimamente me parecía tan cansado que verlo dominar su velocidad de esa manera me provocó una punzada de alivio.

Hasta que vi la espada.

¡Estaban armados!

Y nosotros no teníamos nada. No solo nos superaban en número o en poder, sino que además tenían armas.

Estaba lejos de ser una pelea justa.

Los observé unos segundos, tratando de pensar mis movimientos. El Rastreador había sacado la espada de su espalda y, aunque Pablo por ahora lo esquivaba, la distancia entre ellos se estaba acortando peligrosamente. El filo silbó en el aire una vez, luego otra. Pero Pablo seguía moviéndose con reflejos casi imposibles.

Sin embargo, el peligro no vino de frente.

Otro Rastreador apareció desde la izquierda, silencioso como un reflejo. Aprovechó un descuido de Pablo —un parpadeo, un giro mal calculado— y lo empujó con fuerza. Pablo trastabilló y el Rastreador aprovechó para arrebatarse la Runa.

—¡NO! —grité.

Vi el destello del metal en su cinturón, una espada corta preparada. Iba a desaparecer con la Runa. Eché a correr hacia él, aun a sabiendas de que

no llegaría a tiempo.

Pero entonces James apareció de la nada. Se abalanzó sobre el Rastreador con todo el peso de su cuerpo. Este perdió el equilibrio, tropezó hacia atrás.

La Runa cayó al suelo.

Yo me lancé hacia ella. Pablo también.

Nuestras manos llegaron al mismo tiempo.

—¿La tienes? —le pregunté con la voz jadeante.

Pablo asintió muy deprisa, todavía aturdido por el golpe, pero no me miraba. Y de pronto, en sus ojos vi una expresión de horror. Miraba algo que ocurría a mi espalda, y me giré para verlo también.

James seguía en el suelo.

No se había levantado.

—¿James? —murmuré, asustada.

¿Por qué no se movía? ¿Por qué...?

No llegué a incorporarme del todo y obtuve mi respuesta. Una mano se alzaba en su dirección, paralizando su cuerpo e impidiéndole moverse. Y esa mano emergía de una capa roja.

Sentí que me temblaba todo el cuerpo.

Él no iba... no haría... No sería capaz.

—Beltrán... —logré decir, con un hilo de voz.

Mi mirada se movía inquieta entre Beltrán y James, esperando que el niño al que una vez acaricié me mirase. Que entendiera que tenía otra opción. Que todavía tenía otra opción.

Pero no lo hizo.

Tenía los ojos clavados en él. Solo en él. Su mano seguía alzada, inmóvil, pero en el aire ya se notaba algo distinto. Sentí un estremecimiento extraño, un hormigueo en la piel. Algo estaba cambiando.

Ya había tenido esa sensación antes. En Hyde Park.

James continuaba sin poder moverse. Sus ojos se clavaron en los de Capa Escarlata y, por un segundo, sus labios consiguieron murmurar:

—No lo hagas, chico.

Lo dijo con una suavidad que me desgarró más que cualquier grito. No estaba hablando con Capa Escarlata, sino con el Beltrán al que conocía. Con el niño al que había acogido en su taller. El mismo niño al que había regalado un reloj de arena hacía no demasiado tiempo.

Pensé que funcionaría. Que eso le haría comprender que estaba equivocado. Que aún podía enmendarlo.

Pero me equivocaba.

Beltrán ni siquiera parpadeó. No le tembló la mano. Sencillamente, ocurrió.

Mientras toda la energía se acumulaba en la palma de su mano, el cuerpo de James empezó a vibrar, apenas perceptiblemente al principio, como si el tiempo a su alrededor se hubiese salido de compás. Un parpadeo. Otro. Su piel palideció. Luego se volvió más grisácea. Las arrugas, esas que antes apenas dibujaban su expresión, empezaron a marcarse con una claridad cruel. El pelo, ya encanecido en las sienes, perdió el color del todo, como si alguien lo pintara de blanco frente a nuestros ojos.

—¡No! —grité desolada, comprendiendo lo que estaba haciendo—. ¡Para! ¡Beltrán!

Las lágrimas de horror me caían por las mejillas y a duras penas fui consciente de que yo también estaba paralizada.

Eso que estaba haciendo... eso que estaba haciéndole a su cuerpo... era lo mismo que James había hecho con el árbol en Hyde Park. Eso que nos hizo prometer no repetir nunca más. Lo estaba envejeciendo. Arrebatándole la vida.

Beltrán lo había aprendido de él. Y ahora lo estaba usando en su contra.

James respiró una vez, con dificultad. Luego otra. Sus dedos se aferraron brevemente a la tierra. El cuello se le encorvó. La espalda también. Como si algo invisible tirase de su cuerpo hacia abajo, año por año, momento a momento, comprimiendo toda una vida en apenas unos segundos.

Beltrán bajó el brazo.

Y retrocedió dos pasos, muy despacio.

La energía se disipó.

Lo que quedó en el centro del claro ya no era el hombre que nos había salvado más veces de las que podíamos contar. Era un cuerpo agotado, consumido por un tiempo que no le pertenecía.

Grité con una desesperación que me desgarró la garganta, un sonido que no reconocí como mío y, entonces sí, logré liberarme de mi propia parálisis. No recuerdo cómo. No veía nada a mi alrededor. No sé si había

más Rastreadores junto a mí, si Pablo estaba conmigo o si estaba completamente sola. Solo sé que conseguí llegar hasta el cuerpo de James, que me coloqué de rodillas a su lado y que mis dedos temblaron al rozar su hombro.

—James —jadeé sin aire, quebrada—. No. No, no, no, no.

Él me miró con dificultad.

Estaba aturdido, pero logró reconocermé y sonrió. Aun entonces.

Me sorbí la nariz, intentando calmarme, intentando pensar en cómo sacarlo de ahí, cómo conseguir curarle, mientras las lágrimas se deslizaban por mi rostro y caían sobre su ropa.

—Vaya. —Su voz era apenas un susurro—. Parece que esta vez... no he sido lo suficientemente... rápido.

—Calla —le supliqué, sacudiendo la cabeza con fuerza, como si pudiera espantar la realidad—. No hables. Aguanta. Aguanta, por favor, voy a curarte, voy a...

Pero lo cierto era que no tenía ni idea de cómo curar algo así. Sentí la mano de Pablo en mi espalda, calmando mi propio temblor. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba a mi lado, abrazándome con torpeza.

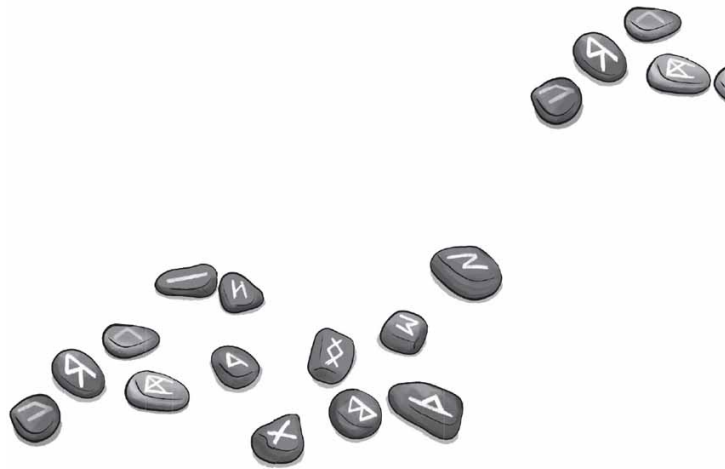
El relojero nos observó a los dos. Luego levantó un poco la vista hacia las copas de los árboles. Le costaba respirar. Pero volvió a sonreír una vez más.

—Gracias... —murmuró con voz rota— por regalarme esta última aventura.

Una última exhalación se escapó de sus labios.

Y luego cerró los ojos.

## 19 Pablo



El *shock* me había dejado sin aire.

James ya no estaba con nosotros. Su cuerpo había envejecido hasta morir delante de nuestros puñeteros ojos.

Y no habíamos podido hacer nada para protegerlo.

Se me vinieron un millón de imágenes a la cabeza. Su entusiasmo por estar allá donde pasaban las cosas interesantes, sus bocetos, su extraña afición por construir maquetas y réplicas de cosas para relajarse, la felicidad con la que nos invitó a nuestro primer desayuno...

James no se lo merecía.

No se merecía morir.

Y mucho menos así.

Había sido la forma más cruel posible de utilizar el Tiempo. Usarlo para arrebatar una vida.

Y había sido Beltrán quien lo había ejecutado.

Precisamente Beltrán.

Daniela lloraba a mi lado y yo tenía mi mano en su espalda, intentando consolarla sin ser capaz de prestar atención, ni por un instante, a mi propia

emoción. Estaba bloqueado. Quería gritar y vengar a James. Pero estaba absolutamente paralizado mirando su mano envejecida sobre el suelo. Porque esa mano envejecida yo la había visto antes.

En mis pesadillas. Reloj de arena azul, mano envejecida, Daniela cayendo. Siempre el mismo orden, siempre el mismo maldito orden.

El reloj de arena azul... ¿lo había visto en algún lado?

La mano envejecida en el suelo estaba justo delante de mí.

Estaba pasando, maldita sea. Mi sueño era una Revelación. No era una simple treta de Kairos. Lo que me enseñaba realmente iba a ocurrir. Pero si era una Revelación, entonces... entonces Daniela... Daniela iba a...

Tenía ganas de vomitar, y no sabía si era por las imágenes de mis pesadillas o por la ira que me recorría entero, pero me sentía incapaz de moverme. No podía mirar el cuerpo de James sin desmoronarme, así que lo único que podía hacer era tratar de evitar que Daniela se rompiera del todo o hiciera una tontería.

Porque todo apuntaba a que lo iba a hacer.

—¿Cómo has podido?! —Su grito desgarrado me confirmó mis sospechas.

Se dirigía a Capa Escarlata. Lo miraba desconsolada, con una mezcla de rabia y tristeza infinita. Sentía lástima por él, estaba seguro. Dentro de ese grito había una lástima tremenda. Una culpabilidad de la que no conseguiría desprenderse.

Sabía lo que pensaba. Sabía que se sentía directamente responsable de que Capa Escarlata existiera, de haberlo convertido en eso, por culpa de su traición.

Y ahora, siguiendo esa misma lógica, se sentía culpable por la muerte de James.

Daniela hizo el ademán de levantarse.

—Daniela —susurré deprisa—. Daniela, no lo hagas.

No tenía ni idea de qué pretendía, pero fuera lo que fuese no iba a llevarnos a ninguna parte.

No podía enfrentarse a Capa Escarlata.

No tenía nada que hacer.

Era mucho más poderoso que cualquiera de los dos.

Pero para mi sorpresa, Beltrán no aprovechó para arremeter contra ella, ni para hacerle lo mismo que a James ni para acabar con nosotros con un

chasquido de los dedos. Y eso que, visto lo visto, estaba claro que lo podía hacer.

Pero no lo hizo.

Daniela y Beltrán se miraron.

Solo se miraron.

Y yo los miré a los dos, mi corazón latiendo con fiereza sin atreverme a adivinar lo que iba a pasar a continuación. Si iban a matarse también. Si todo iba a acabarse. Si iban a perdonarse o si ya era demasiado tarde para eso.

—Beltrán... —La voz de Daniela fue apenas un susurro.

Él apretó la mandíbula.

—Soy Capa Escarlata —respondió, apartando la mirada.

No dijo nada más.

Se giró, haciendo ondear su capa, mientras Daniela se limpiaba las lágrimas con su antebrazo. Pero no llegó muy lejos. Para mi sorpresa, apenas caminó unos pasos con una lentitud exagerada y acabó apoyándose contra un árbol, como si se marease. Dejó caer el peso de su cuerpo sobre ese tronco.

Como si todo el peso de esa Cronomancia oscura lo hubiera debilitado.

Arrugué las cejas.

—Cubridlo —dijo entonces un Rastreador.

Por un momento, casi había olvidado que había más Rastreadores, que sabían que yo tenía la Runa y que teníamos todas las de perder. Y por un momento, por un brevísimo momento, también me había olvidado de él.

Lo vi ahí pasmado, de pie con las manos juntas y una expresión de horror detrás de sus gafas, con la mirada fija en James.

Claudio.

La ira me trepó desde las piernas hasta la garganta y fue absolutamente incontenible. Me daba igual que me capturasen, que fuese un movimiento estúpido y que no fuera a servir para nada. Caminé hacia él con fiereza.

Le di un empujón con fuerza y trastabilló.

No intentó defenderse ni devolverme el golpe, y eso me puso más furioso todavía. Me acerqué de nuevo y lo agarré por el cuello de la camisa.

—¿Qué? ¿Estás contento? —escupí—. ¡Habéis matado a James! ¡A James! Eres una basura.

Le di un nuevo empujón. Claudio lo soportó una vez más, pero esquivó el tercero y me hizo tropezar a mí.

Nos quedamos cara a cara, mi pecho subiendo y bajando a toda velocidad.

—Espero que entregar a James haya merecido la pena —espeté, sin aliento.

Claudio no respondió de inmediato. Miró hacia los Rastreadores que había a mi espalda, distraídos momentáneamente por la debilidad de su líder. Negó con la cabeza y habló en un susurro, como si no quisiera que lo escuchasen.

—Yo... no sabía... —murmuró—. Se suponía que no nos acompañaría. No lo sabía.

—¡Bien! Pues ahora lo sabes. ¿Qué se siente? Bueno, si es que puedes sentir algo. Eres un traidor. —Me aseguré de pronunciar la palabra con todas sus letras muy cerca de su cara—. Un cobarde.

Claudio tragó saliva.

—No lo entiendes, Pablo —dijo finalmente, con voz tensa—. Mi hermana...

Solté una risa amarga.

—Ah, ¿que eso sí que era verdad? —espeté, sin cuidado—. ¿Y en serio te lo has tragado? Que la van a salvar, van a evitar lo que pasó y os vais todos felices a casa, ¿no? De verdad, pensaba que el tonto de la clase era yo, no tú.

Claudio no replicó. Encajó el golpe de mis palabras en silencio.

Lo cierto es que no tengo ni idea de qué me hizo querer perder el tiempo en intentar explicarle nada, pero había una rabia dentro de mí que necesitaba salir a la superficie. Si había sido capaz de traicionarnos por una promesa de Kairos, al menos debía saber que además de cobarde era estúpido.

—No pueden evitar la muerte de tu hermana. Es imposible —insistí—. Piensa. Si tu hermana nunca hubiera muerto, tú nunca te habrías unido a los Rastreadores. Nunca habrías llegado aquí. Nunca habrías conseguido la Runa. Sabes lo que significa eso, ¿no? Que necesitan que pase exactamente como pasó.

El silencio entre nosotros se tensó como una cuerda a punto de romperse. Claudio parecía respirar con dificultad.

—Kairos te ha mentido —continué—. Te ha utilizado. No va a cambiar nada. Ni quiere, ni puede. Jamás imaginé que fueras tan tonto.

Claudio negó con la cabeza, pero algo en su expresión se había resquebrajado.

—Él... con la Runa... si los tres fragmentos se juntan... el poder que puede llegar a...

—No —solté, sin apartar mi mirada de la suya—. No puede. Y lo sabes. Paradoja temporal, ¿te acuerdas?

Le había escuchado explicárselo a Daniela con esas mismas palabras refiriéndose a la imposibilidad de salvar a Beltrán.

La duda brilló en sus ojos y lo observé con satisfacción. «¿Qué se siente al ver que utilizan tus propias palabras en tu contra, eh?», quise decirle, pero antes de que pudiera hacerlo, sentí que algo cambiaba en el aire.

Como el instante exacto en que el mar retrocede antes de un tsunami. Un zumbido, casi imperceptible al principio, recorrió el bosque.

Claudio se llevó una mano al costado, justo donde se intuía su *Ánima*, y se retorció de dolor.

Me giré hacia donde estaban los Rastreadores y busqué con la mirada a Daniela, que seguía junto a James, pero que ahora se había levantado, alertada por lo que estaba sucediendo frente a ella.

Capa Escarlata seguía apoyado contra el árbol, la espalda curvada, el cuerpo inclinado en una postura imposible que dejaba ver su torso, ahora desnudo. Se había abierto la camisa y su *Ánima*, que le abarcaba todo el pecho y le trepaba por el cuello, estaba plagada de trazos que latían como si respirasen con vida propia.

Había una expresión de dolor en su cara. La misma que surcó los rostros de todos los Rastreadores, que notaron arder su *Ánima* a la vez. Pero esa expresión también era de entrega. De abandono hacia algo más grande que él.

Y de pronto, desde el centro del pecho de Beltrán, justo donde se unían todas las líneas del tatuaje, emergió una fisura. Una rendija de luz roja, como una herida. Se abrió con un chasquido.

Daniela dio un par de pasos hacia atrás y la cogí del brazo, igualmente asustado, en cuanto vi que esa luz roja formaba una proyección en el aire y dibujaba una cara que había visto muy bien.

Un rostro que surcaba mis pesadillas.

Kairos.

Su rostro permanecía oculto por la capucha, excepto por la curva pálida de una sonrisa que se insinuaba entre las sombras. Las cicatrices parecían cubrir todo lo demás.

Por un momento, fui consciente de que probablemente la capucha que llevaban todos los Rastreadores homenajeara a su señor, a Kairos, que la llevaba para ocultar la deformidad de su propio rostro.

Me quedé paralizado.

Su sonrisa era igual que en mis pesadillas.

—Tenéis la curiosa costumbre de estar en el lugar adecuado en el momento preciso.

Su voz era grave y rota. Como en mis sueños. Y también, al igual que en mis sueños, sentí que hablaba dentro de mi cabeza.

—Os doy una única oportunidad —siseó aquella voz omnipresente—. Dadme la Runa. Uníos a mí. Convertíos en mis Rastreadores.

Por primera vez en mi vida, dudé. Miré a Daniela.

El reloj de arena azul, la mano envejecida, Daniela cayendo... «No puedes escapar de los hilos del Tiempo», me había dicho Kairos en sueños. Su frase parecía rebotar en mi cabeza, expandirse en mi pecho. «Los fragmentos de la Runa vendrán a mí, uno a uno. Tú decides si quieres unirte a mí o si prefieres hundirte con la chica».

Todo estaba sucediendo tal y como auguraba mi Revelación. Tal y como me advertía Kairos. ¿Y si, hiciera lo que hiciese, no podía evitar que Kairos se apoderase de la Runa? ¿Y si Daniela moría...?

Ella me miró con una expresión de determinación y fortaleza que envidié mucho y que, al mismo tiempo, me provocó una punzada de culpabilidad. Ella no lo sabía. Si lo supiera... ¿entregaría la Runa si lo supiera?

Abrí los labios, sin saber del todo lo que iba a responder, pero Daniela no me dejó opción. Como si hubiera percibido mis dudas, dio un paso al frente y habló por los dos.

—Jamás —respondió.

La miré, admirando que mostrase esa valentía hasta el final. Incluso ahora, cuando estaba claro que no teníamos ni una sola oportunidad de salir bien de esta.

Acababa de condenarnos a los dos.

Un gruñido a lo lejos me hizo mirar hacia Capa Escarlata. Seguía débil, apoyado sobre dos Rastreadores que lo ayudaban a sostenerse. Pero eso no evitó que hablara, aun con dificultad.

—Os vais a arrepentir de esto —nos dijo—. No deseáis ser un obstáculo para el Cronarca. El Tiempo no se pliega ante débiles como vosotros.

Sí, también había oído esa frase en mis sueños.

Todos los Rastreadores dieron un paso hacia delante, como si siguieran una coreografía marcada por el ritmo de la amenaza en la voz de su líder. Su mirada fue hacia Kairos, como si esperara una señal, una orden que no necesitaba ser dicha.

Kairos no habló. No se movió.

Solo alzó una mano.

Y, de pronto, la temperatura bajó.

Mis músculos se tensaron. Mi pecho se encogió con una presión invisible, como si el aire alrededor de nosotros se hubiera vuelto denso y pesado.

Sentí mi corazón reducir su ritmo, la sangre moviéndose con una lentitud antinatural, como si mi cuerpo estuviera dejando de responder a mis órdenes. Como si cada uno de nosotros fuese un engranaje más de su mecanismo y él estuviera girando la rueda con la yema de los dedos.

Intenté moverme.

Intenté hacer algo.

Me dolía tanto el pecho que me encogí sobre mí mismo, con las manos clavadas en el esternón.

Miré a Daniela y la descubrí haciendo lo mismo, encorvada y aturdida, sin entender lo que sucedía. Me miró. No hizo falta decir nada.

¡Nos estaba ralentizando el corazón!

No podía imaginarme que alguien pudiera hacer algo así. Era inconcebible. Un poder tan enorme que a su lado no éramos mucho más que un par de cucarachas. Podría pisotearnos y olvidarse de nosotros. No éramos más que eso. Una molestia de la que deshacerse cuanto antes.

No podíamos hacer nada contra él. Esta vez, no eran un grupo de Rastreadores: era el Cronomante más poderoso del mundo. Y ni Aldara ni Elisa ni Catalina vendrían a buscarnos.

Habíamos perdido.

La sonrisa de Kairos se ensanchó, como si leyese mi mente.

Por un momento, casi sentí que podría hacerlo de verdad.  
De súbito, Capa Escarlata alzó la voz, en dirección a Claudio.

—Rápido. La Runa.

Kairos aflojó la presión sobre mi pecho. No del todo, pero lo suficiente como para permitirme inhalar un poco más de aire, como si soltara la correa de un perro. Me enderecé despacio, sintiendo un leve mareo al hacerlo, y me encontré frente a frente con Claudio.

Genial, pensé. Una nueva oportunidad para traicionarnos.

Era como un puñetero *déjà vu*. Ya se había llevado la primera, y estaba a punto de arrebatarme la segunda delante de mis narices. Al menos, esta vez podía mirarle a la cara mientras lo hiciera, y me aseguré de que mis ojos le transmitieran muy bien todo lo que pensaba de él.

Lo miré de arriba abajo, sin esconder una mueca de asco.

Claudio tragó saliva.

Sus ojos se detuvieron en la Runa que llevaba agarrada a la muñeca, cubierta ligeramente por la manga de mi camisa, y supe que era cuestión de un instante que me la quitase y se la llevara a su líder, como la rata amaestrada que era. Así que cuando su mano se detuvo a medio camino, mi cerebro tardó unos segundos en procesarlo.

Vi la tensión en sus dedos, el modo en que los flexionaba, como si pesaran más de lo que deberían. Su mandíbula se tensó. Y entonces desvió la mano.

No hacia la piedra verdadera, sino hacia la otra. A la falsa. La que había creado James y que me había regalado. Todavía la llevaba guardada en el bolsillo de mi pantalón. Contuvo el aliento y la recogió, tirando de ella en un gesto firme y decidido.

Mis cejas se fruncieron con incredulidad mientras miraba el fragmento que ahora descansaba en su palma.

¿De verdad acababa de confundirse de fragmento de Runa?

Claudio me miró.

Hubo un leve asentimiento. Un gesto apenas visible que tal vez me estuviera inventando. O tal vez no. Unos labios ligeramente fruncidos que parecían decirme «Ahora estamos en paz».

Después, alzó la piedra falsa en el aire.

—La tengo. Podemos irnos.

Los Rastreadores intercambiaron miradas.

—¿Qué hacemos con ellos? —dijo uno de los encapuchados.

Claudio volvió a responder, sin apartar la vista de mí.

—Dejadlos aquí —dijo, con indiferencia—. Sin la Runa, no pueden ir a ninguna parte.

## 20 Daniela



Los Rastreadores desaparecieron dejando un halo de energía a su alrededor.

De alguna forma, esa Cronomancia oscura no se desvaneció por completo: quedó flotando en el aire como una niebla invisible, densa, que parecía adherirse a la piel y colarse en los pulmones. El bosque se había quedado sumido en un silencio absoluto. Ni un crujido de ramas. Ni un pájaro. Ni el viento. Solo ese silencio raro que deja el miedo cuando se marcha, pero amenaza con volver.

La imagen de Kairos también se había ido, aunque a mí se me había quedado clavada en la retina.

Tragué saliva.

James... James ya no estaba.

Tampoco su cuerpo.

Y todo parecía manchado por su ausencia.

Me acerqué al lugar donde había caído. Me agaché con lentitud, sin atreverme a tocar las cenizas. No sabía si por respeto o por miedo a

confirmar que era real. Que eso era todo lo que quedaba de él. Si cerraba los ojos, todavía podía escuchar su voz entusiasmada contándonos sus teorías sobre las resonancias temporales. Y ahora ya no estaba.

Había muerto por nuestra culpa.

Por mi culpa.

Yo le había hecho esto a Beltrán. Yo lo había convertido en un ser capaz de hacer algo así.

¿Cómo podría perdonarme a mí misma por algo así?

Me negaba a hacerlo. Me negaba a conformarme. Tenía que haber otra manera, un modo de deshacer lo hecho, una forma de rebobinar el tiempo, tal y como lo hacía con los objetos o con las heridas de Claudio.

—Daniela...

La voz de Pablo sonó lejana y me sacó de mis pensamientos como si alguien me hubiera tendido una mano en medio de una piscina demasiado profunda.

Parpadeé despacio, aturdida.

Estábamos en el bosque. Seguíamos en el bosque. Los dos.

Pablo tenía varias heridas en las piernas, se había manchado la ropa. Los Rastreadores se habían ido. Todos los recuerdos empezaron a cobrar forma y sentido en mi cabeza. Los Rastreadores se habían ido porque ya no éramos una amenaza para ellos. Tenían el fragmento de Runa. Con él, ya tenían dos.

Y nosotros... nosotros estábamos atrapados en algún lugar del tiempo.

Sin Runa.

Sin forma de volver a casa.

Pablo se acercó a mí despacio.

No dijo nada al principio. Se quedó a mi lado, mirándome con cuidado, asegurándose de que estuviera bien. Cuando por fin pude hablar, mi voz no fue más que un susurro.

—Lo hemos perdido todo —dije.

Pablo negó con la cabeza, pero no le dejé continuar.

—No vamos a volver a casa —añadí, con la voz temblorosa—. Estamos atrapados. Somos solo dos, no tenemos la Runa... Tenías... Tenías razón en todo. Claudio nos ha traicionado. Lo siento, lo siento tantísimo. Siento no haberte creído hasta ahora.

No supe que estaba llorando hasta que vi que Pablo me limpiaba las lágrimas con el dorso de su mano. Seguía negando con la cabeza, pero a

mí me parecía estúpido negar lo evidente ahora.

Me había portado como una tonta.

—Me lo dijiste un montón de veces y yo le creí, una y otra vez —seguí lamentándome, furiosa, y le aparté las manos para secarme los ojos—. No solo me ha engañado una vez, sino que le he dejado que nos engañase por segunda vez. Si estamos aquí, atrapados vete a saber cuándo, es por mi culpa. Te juro que si vuelvo a verle...

Dejé que mi amenaza inútil quedase colgando en el aire porque vi que a Pablo, para mi sorpresa, se le formaba una sonrisa en la boca.

—Igual no es tarde —me dijo.

Fruncí el ceño. ¿A qué se refería? ¿Cómo que no era tarde?

—Pero si estamos atrapados —me quejé—. Si nos han dejado tirados y sin posibilidad de movernos a ninguna parte y los Rastreadores ya tienen dos fragmentos de la...

Mi frase se quedó cortada de nuevo, esta vez por un jadeo que se me escapó por la boca cuando Pablo me mostró su muñeca.

Ahí, contra todo pronóstico, perfectamente aferrado a su piel, estaba el fragmento de la Runa del Tiempo. El corazón me dio un vuelco. Parpadeé muy deprisa y sentí la necesidad de tocarlo. De comprobar que era real y que no se me estaba yendo la cabeza del todo.

—¿Es...? —dije, sintiéndome algo tonta.

Pablo asintió.

—Claudio se ha llevado la falsa —me dijo—. La réplica de James.

—¿¿Qué?! —exclamé. No tenía ningún sentido—. ¿Se ha confundido?

Era imposible. Claudio no era tan estúpido. Conocía la Runa perfectamente. Y conocía la réplica. No había forma humana de que hubiera cometido un error tan tonto.

A no ser...

Mi mirada se suavizó y miré a Pablo, que confirmó mis sospechas asintiendo con suavidad.

—Creo que lo hizo a propósito —me dijo—. Por la forma en la que me miró, por cómo dudó...

Miré la Runa de nuevo mientras un millón de pensamientos atravesaban mi cabeza a toda velocidad. Claudio era un traidor. Acababa de aprender a aceptarlo, después de resistirme mucho. ¿Ahora debía asumir que había intentado ayudarnos?

—Un momento —dije—. ¿Y si es un truco?

Pablo ladeó la cabeza.

—No lo sé —contestó despacio—. Yo creo que esta vez iba en serio.

Tragué saliva. Él se encogió de hombros, mirando también la Runa.

—Te puedes imaginar que lo que menos me apetece en este mundo es defenderle, pero —hizo una pausa para respirar— creo que nos ha salvado el culo.

Lo miré a los ojos.

Le creía de verdad. Y la Runa..., bueno, la Runa era real. Algo así no se podía fingir tan fácilmente.

En cuanto me permití creerlo de verdad, sentí una ráfaga de alivio tan intensa que hizo que me temblasen las rodillas. Sentía unas ganas estúpidas de reír.

—Daniela —dijo Pablo, súbitamente serio, pero no quise escucharle—. Hay algo que quiero contarte, algo que llevo un tiempo pensando que...

Lo abracé casi sin darme cuenta. Sin escuchar lo que me decía. Sencillamente mi cuerpo flaqueó y cayó sobre el suyo con una facilidad que me sorprendió a mí misma, y enterré mi cabeza en su cuello sin preguntarme por qué.

¡Teníamos el fragmento de Runa! Y eso abría un rayo de esperanza que hacía unos minutos parecía imposible. ¡Podíamos salir de esta! ¡Podríamos volver a casa!

Los brazos de Pablo, al principio torpes y estáticos, acabaron por devolverme el abrazo y envolver mi espalda con cuidado.

Cerré los ojos, zambulléndome por completo en ese abrazo cargado de alivio, tristeza y felicidad que no sabía que necesitaba tantísimo. Y solo unos segundos después, cuando la cabeza de Pablo se apoyó sobre la mía, fui consciente de que había intentado decirme algo.

Me aparté lo suficiente como para poder mirarle a los ojos.

—¿Qué querías decirme? —le pregunté.

Pablo estaba muy cerca. Sus ojos marrones me miraban un poco aturridos, un poco sorprendidos. Entrecerró los labios, preparando su respuesta. Los cerró de nuevo. Tragó saliva y, cuando volvió a hablar, negó con la cabeza.

—Nada importante.

Reí por lo bajo. Esta faceta tímida de Pablo Gutiérrez había sido todo un descubrimiento.

—Bueno, ya me lo dirás en el insti —dije. Mi sonrisa contenía una pequeña amenaza—. Si es que esta vez me diriges la palabra en público.

La culpa se instaló en sus ojos. Los cerró y los volvió a abrir.

—Perdóname —dijo—. Soy un idiota.

Miré fijamente sus ojos color miel.

—Sí —respondí.

Para qué mentir, pensé.

Pablo sonrió. Yo también.

Y sostuvimos esa sonrisa un poquito más de lo estrictamente necesario, nuestras caras mucho más juntas que nunca, en medio de aquel bosque escondido en algún lugar indeterminado del tiempo.

De pronto, Pablo se aclaró la garganta y se apartó de mí lo suficiente como para liberar su muñeca y sostener el fragmento de la Runa con sus dos manos.

—Volvamos a casa.

Asentí.

Lo cierto es que no sabíamos si la Runa nos obedecería. Esto no era como invocar el Aquelarre. El Aquelarre era un instrumento de la Orden cuya única finalidad era ayudarte, pero no habríamos podido hacerlo aunque quisiéramos. Nos faltaba un Cronomante.

Sin embargo, esto no era el Aquelarre. Esto era la Runa del Tiempo.

Y desconocíamos hacia dónde nos iba a llevar.

No sabíamos si era una trampa. Si era un portal hacia otra parte. O si querría escucharnos y devolvernos a nuestro presente. Si algo estábamos empezando a comprender es que el Tiempo actuaba de una forma muy caprichosa.

No hacía falta decirlo en voz alta para saber que los dos pensábamos lo mismo. El miedo estaba en los ojos de ambos. Pero estábamos dispuestos a arriesgarnos.

Contuve el aliento antes de colocar mis dedos sobre la Runa.

Y el mundo volvió a temblar.



JARA SANTAMARÍA nació en Zaragoza en 1990 y actualmente reside en Madrid. Es periodista de formación y trabaja en el ámbito de la comunicación.

Su pasión por la literatura empezó cuando era muy pequeña, y en 2007 obtuvo el II Premio Jordi Sierra i Fabra para Jóvenes Escritores con la novela *Te comerás el mundo*.

Con su segunda novela, *Londres después de ti*, ganó el Premio Literario «la Caixa» / Plataforma.